

València
Històrica

2

~~1777~~

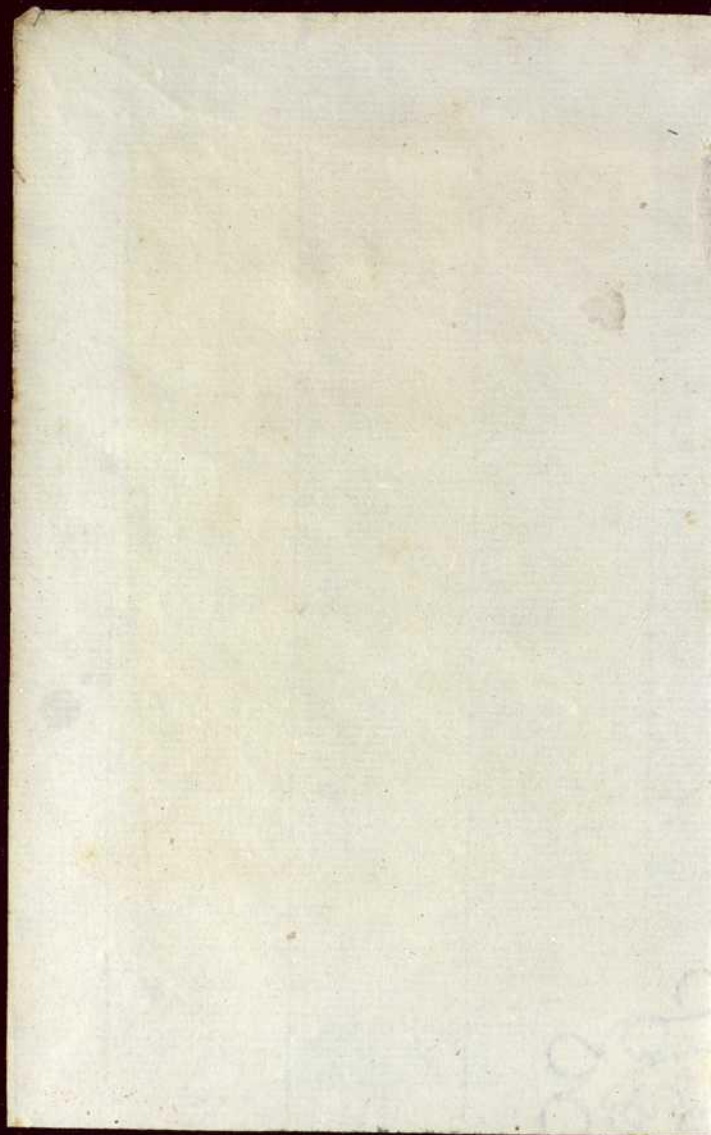
V
102-

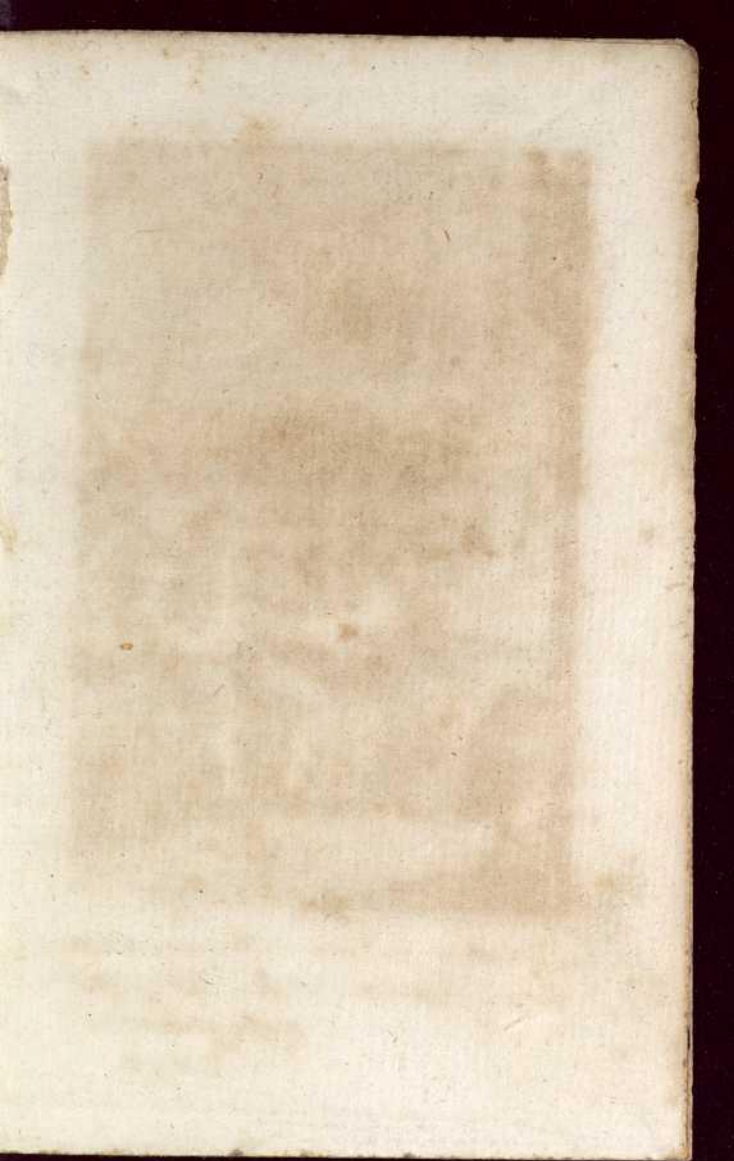
IV

3042

D 544286

L 1269753







Fran.^o L'Azar le m.^e y dib.^o

Fran.^o Jordan le g.^o

Extendió el rey el mapa de Francia, y cubriéndole con papel blanco, mandó a su hijo, que practicase las lecciones de geografía que le enseñaba.

TOM. II. p. 137.

EL CEMENTERIO
DE
LA MAGDALENA:

Ó LA MUERTE
DE LUIS XVI,

DE LA REYNA
Y DEL DELFIN DE FRANCIA.

POR
J. J. REGNAULT — WARIN.

TOMO II.

VALENCIA:
POR JOSEF FERRER DE ORGA
Y COMPANIA. AÑO 1810.
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

Se hallará en la Librería de Mallén.



Así para aterrar al vulgo, la guadaña de la muerte sacrifica grandes víctimas, y derriba cabezas ilustres.

YOUNG, noche 7.^a

R.8612

EL CEMENTERIO
DE
LA MAGDALENA.

NOCHE QUINTA.

Aunque este nuevo arresto, de que estaba yo muy ageno, privaba á la familia real del único hombre desinteresado con quien podia contar, é interrumpia al mismo tiempo mi comunicacion con los sugetos que favorecian á esta familia; no tardé sin embargo en entablar nuevamente la correspondencia con ellos, como veréis despues. Mas para no confundir los tiempos y los acontecimientos, me parece del caso, antes de hablar del sugeto á quien debí mi libertad, referiros la venida del mensajero y su conferencia con el monarca.

Presentado á S. M. por Manuel, dió

cuenta de su mensage, cuya relacion he extractado de la que el mismo remitió por escrito á Luis XVI., y que este monarca me confió posteriormente. Dice así.

NEGOCIACION

CON EL REY DE PRUSIA.

(Documentos justificativos, núm. 9.)

„SEÑOR:

En cumplimiento de las órdenes con que me honró V. M., y conforme á las instrucciones que me diéron sus confidentes, apresuré mi marcha, y pude avistarme con el general Dumouriez en ménos de diez y seis horas.

Habiendo conseguido hablarle á solas, no le oculté que era portador de un escrito de V. M. al rey de Prusia, añadiendo, que su resultado debia tener un influxo decisivo en el ejército, en Francia y en toda Europa.

Despues de haberme hecho el ge-

neral algunas preguntas relativas á la situacion de V. M. y de su familia, me franqueó un salvo-conducto, y ademas una escolta de dos oficiales. Parecióme que su semblante daba muestras de inquietud y de una meditacion profunda.

A pesar de los gloriosos triunfos y rápidos progresos del ejército del duque de Brunswich, S. M. prusiana estaba aun en la aldea de Glorieux cerca de Verdun, en donde habia establecido su cuartel general.

Admitido desde luego como parlamentario de Dumouriez, fui recibido con una familiaridad extraordinaria, de donde inferí, que los prusianos y los franceses no eran enemigos irreconciliables.

Pero apenas hube manifestado el verdadero objeto de mi mensaje, poniendo en manos de Federico Guillermo la carta de V. M., me miró con una admiracion difícil de explicar, y la leyó silenciosamente. Observaba yo

entretanto las impresiones que se retrataban en su semblante: á la sorpresa sucedió una señal ligera, aunque perceptible, de indignacion, y á esta siguió luego un enternecimiento muy manifiesto. Parecióme, Señor, que S. M. leyó varias veces el final de vuestra carta, y luego que hubo cesado en su lectura, arrojó un profundo suspiro, y aun noté algunas lágrimas en sus ojos, levantados tristemente al cielo. Despues verá V. M. lo que significaba esta pantomima.

Señor Enviado, me dixo Federico, la carta de S. M. cristianísima me ha conmovido profundamente, y os prometo que responderé á ella de un modo satisfactorio; pero necesito antes deliberar el asunto con mi consejo privado. Desde luego voy á dar orden para que se os trate con la consideracion que mereceis por vuestras prendas, y en calidad de confidente de mi primo. Mañana á esta hora, seréis llamado para

asistir á la sesion de mi consejo.

Pasaria en silencio las honras que debí al monarca prusiano, si no estuviese persuadido, que tratando á un mero confidente, qual era yo, con mas distincion que á un embaxador autorizado, se encaminaba todo el obsequio á V. M. perseguida: observacion que se dignará disimularme.

El príncipe Luis de Luneburgo, consejero aúlico de Federico Guillermo y su ayudante de campo, vino á avisarme que el rey me esperaba en el consejo, adonde me encaminé inmediatamente.

Estaban ya reunidos todos los individuos, entre quienes hallé, no sin sorprenderme, al general Dumouriez, que viéndome entrar me saludó como á persona conocida.

Sentado el rey comunicó á la junta los motivos de su reunion; pero antes de ventilarlos y de dar su dictámen los consejeros, S. M. insinuó, que el señor

EL CEMENTERIO

general Dumouriez deseaba aclararlos con observaciones muy importantes. Tomó éste la palabra, y dixo poco mas ó ménos lo siguiente.

Conocimiento muy superficial tendria de nuestra historia, quien no contase entre las causas secretas de las revoluciones que ha padecido la Francia desde Luis XIV. hasta nuestros dias, la rivalidad de las dos familias de Borbon y Orleans. En la muerte de aquel monarca, quando Felipe tomó posesion de la regencia, recibió el gobierno una nueva forma, y en todo el tiempo que duró la administracion de este príncipe, se siguió un sistema diametralmente opuesto al de su predecesor. La regla general que guiaba á éste era la reunion de los diversos poderes del estado; el regente por el contrario los dividió y contrapesó unos con otros, atrayéndolos á sí con la mira de fixar un despotismo céntrico en una circunferencia casi popular.

Si á la ambicion hubiese reunido este

príncipe mas firmeza de ánimo, hubiera sin duda abatido á la otra familia rival, afianzando á la suya en el trono frances; pero afeminado con los deleytes, reservó para sus descendientes la execucion de los designios, que él apénas habia proyectado.

Luis Felipe, padre del duque actual, no concibió siquiera el pensamiento de poner en execucion aquel proyecto. La devocion y el estudio ocupáron toda su atencion y su entendimiento; siendo consiguiente que quien se da á las especulaciones científicas ó á la religion, se cuide poco de los negocios terrenos.

El carácter flexíble de Luis Felipe José, su hijo, el valor, ó mas bien la temeridad que ha manifestado en ciertas ocasiones, le hacian parecer mas idoneo á los designios ambiciosos, que niunguno de su familia. Yo mismo lo creí así largo tiempo, y á decir verdad, no me desagrada.

Al gran talento y á las tramas de Ri-

cheliou debieron los monarcas la reconquista de su poder, que ostentó con el mayor aparato y vigor Luis XIV. en el reynado mas largo y maravilloso de la monarquía. Pero el cetro se envileció en manos de Luis XV., que solo sabia dirigir cacerías y festines.

El sucesor de este subió al tronó con buenas intenciones y costumbres arregladas; pero al caersele la corteza grosera que ocultaba su debilidad, conoció el público que este monarca lo seria en el nombre solamente.

Entretanto el erario estaba exhausto, la administracion nacional dislocada, y el imperio vacilante iba á despeñarse en un profundo abismo.

Sobrevino la revolucion, y no conociendo yo personalmente al duque de Orleans, creí que arrebatado de un noble amor á la patria y á la gloria, intentaba grangearse la una salvando á la otra.

Sin embargo, quando observé que malograba las circunstancias mas favora-

bles á una atrevida empresa, se desvanecieron mis esperanzas, y al mismo tiempo se disminuyó la estimacion con que miraba al duque.

Exerciendo despues el ministerio ví de cerca, seguí y observé atentamente á este personage, quien léjos de ser cabeza de su partido, me parece solo un juguete de éste.

Estragado, mas bien que irreligioso, vulgar y comun, quando debiera ser únicamente popular, temerario sin valor, fácil hasta tocar en el extremo de débil, avaro sin provecho, pródigo sin necesidad, activo para los deleytes, perezoso para los negocios, siempre vacilando, contempORIZANDO siempre, sin talento para hablar ni resolucion para executar, intrigante mediano, conspirador malísimo; tal es este hombre, que en el cuerpo vigoroso de un atleta encierra el ánimo afeminado de un sibarita.

Me consta por conducto seguro, que jamas se hubiera puesto al frente de una

faccion, guiándose únicamente por sus propias inclinaciones. El entretenimiento de conducir un birlocho con ligereza, la gloria de nadar diestramente, el honor de ginetear con gallardía, hubieran sido los únicos objetos de su ambicion; pero por desgracia de la Francia, el acaso le dió á conocer una muger á propósito para estimular aquella pasion.

Madama de Genlis, á mas de poseer el arte de agradar y seducir, tiene un espíritu activo y fogoso que, como todos los de su especie, están en continuo movimiento y atraen á quantos les rodean. Dícese, aunque no puedo asegurarlo, que no habiendo logrado el honor de presentarse á la reyna, juró vengarse de ella. Si esto es así, y Madama de Genlis ha tenido parte en el martirio de esta soberana, debemos confesar que cumplió su palabra con sobrada crueldad.

Como quiera que sea, desde el punto en que tácita ó expresamente consintió

el duque de Orleans en que levantase el estandarte su partido, vióse la Francia inundada de calamidades. Reuniéronse los hombres interesados y ambiciosos, cuya inquietud revolucionaria habia inflamado los ánimos; siendo de notar que entre tantos parciales alistados baxo las mismas banderas, apénas habria uno que estuviese por el caudillo. Debe esto atribuirse á lo que dixé antes, que el duque solo era un fantasma, y los partidarios de la anarquía, léjos de desear la mudanza de una dinastía que restableciese el órden, solo querian una confusión perpetua, á cuya sombra pudiesen soltar la rienda á sus pasiones.

Hízome temblar este desórden calamitoso que se iba empeorando de dia en dia, segun mis observaciones generales, y las particulares que hacia sobre el concepto público. Cesáron las opiniones sinceras y los sanos partidos: la soberanía despótica estaba odiada, la constitucional envilecida, una mu-

danza de dinastía se tenia por impracticable, y si se hablaba de república, era porque esta palabra, nueva para el pueblo, podia mejor que otra alguna confundirse por su abuso con los excesos de la anarquía.

De este modo la faccion anárquica se aumentaba de dia en dia baxo el patrocinio del duque de Orleans, aunque no con su proteccion, y entónces fué quando se adoptó ansiosamente quanto se encaminaba á trastornar el órden de la sociedad civil. Por una suerte fatal á los verdaderos republicanos abrazaban y aplaudian los facciosos las saludables reformas, que aquellos proponian, aunque á la verdad fuera de sazón; de manera que el odio de los realistas alcanzaba igualmente á unos que á otros: conducta malísima, pero fundada, cuyas conseqüencias perpetuarán el desórden.

Viéronse entónces numerosas cuadrillas de artesanos alucinados, que á

pretexto de faltarles trabajo excitaban alborotos y sediciones. Las tribunas y las asambleas deliberantes se llenaron de sugetos asalariados, desconocidos los unos á los otros, que se mudaban todos los dias, y adoptaban ardentemente toda proposicion encaminada á mantener el desorden, al paso que con sus gritos sediciosos desechaban quanto podia restablecer la paz. Asalariábanse tambien ramera, no para galardonar sus favores, sino á fin de propagar en quanto pudiesen el menosprecio de las buenas costumbres y la sed insaciable del deleyte. Pusieron en pública subasta cabezas humanas, y recibian salario los monstruos, que á semejanza de los Caribes ostentaban una cabellera ensangrentada. La policia antisocial y pérfida fomentaba cuidadosamente el robo, y recompensaba á los tahures: en qualquiera parte se encontraba uno de esos garitos infames, adonde van los jóve-

nes y confiados á disipar los caudales de sus padres. En los paseos públicos, en las calles y mercados no se oían mas que proposiciones feroces ó canciones obscenas: habia oradores de plaza, cuyo oficio era propagar con su lenguaje grosero la inmoralidad, la irreligion y la anarquía. Las esquinas y los monumentos públicos estaban llenos de pasquines escandalosos, con el fin de promover los delitos. En suma todas las pasiones desenfrenadas, á manera de monstruos espantosos, amenazaban á la presente generacion, ya corrompida, con un total exterminio; y por sobrescrito de tanta demencia y atrocidad se cometian en nombre de la libertad todos los delitos: invocaba los mas ilustres defensores de ella el que vivia mas licenciosamente, y el nombre del pacífico R... sonaba en los sangrientos labios del *verdugo* Jourdan.

Conociendo yo el carácter del duque de Orleans, hubiera sido poco jui-

cioso en imputarle estos atentados; pero por su desgracia, donde quiera que se refiriesen, siempre andaba mezclado con ellos su nombre: ¡feo baldon, que aun el transcurso de muchos siglos no bastará á desvanecer!

Tiempo hacia ya que habia yo de-
puesto la idea de establecer una nueva dinastía, cuyo tronco fuese el duque de Orleans. Con todo era indudable, que quanto mas crecia el torrente revolucionario, tanto ménos capaz se hacia Luis XVI. de contenerle: cierto era tambien, que aquel torrente amenazaba ya de modo, que sino se le oponia un fuerte dique llegaria á inundar toda la Francia y aun la Europa. ¿Pero donde podrá hallarse aquel? solo en la mudanza de dinastía, segun mi dictámen.

Del ministerio pasé al mando del ejército, y entónces creí que podria poner en execucion mi proyecto, atendido el influxo directo y absoluto que

tiene un general sobre sus tropas. Si hablase á otro que á V. M. acaso necesitaría justificarme, añadió Dumouriez, pero V. M. sabe muy bien que mi conducta solo ha tenido por objeto la tranquilidad de Europa, y el bien de mi patria.

No pareciéndome el duque á propósito para restaurar la monarquía, puse las miras en su hijo. Este jóven dotado de un gran valor, de un corazón generoso, de una filosofía sólida, y en fin de un carácter noble, debia, segun mi opinion, reynar en unos tiempos borrascosos, y gobernar á unos hombres inflamados con el fuego de la revolucion. Quanto mas meditaba este designio, tanto mas saludable me parecia, y desde luego me dediqué enteramente á ponerlo por obra.

Con todo no bastaba que el nuevo monarca fuese reconocido y proclamado por el ejército, mientras no estuviese de mi parte otro poder mas

fuerte que el de las bayonetas, á saber, la opinion pública; y era forzoso grangearmela.

Las circunstancias me parecieron sumamente favorables al intento. Por una parte los excesos de la anarquía, y por otra el impulso de los republicanos, podian servir á manera de máquinas, ya para derribar la autoridad vacilante, y ya para levantar la nueva. Solo restaba acomodar á mi empresa las tentativas ó los progresos de todos los partidos, evitando que se aprovecharan ellos de sus ventajas.

Miéntas que por medio de enviados leales, diestros gazeteros y oradores vehementes, se preparaba y dirigia la opinion pública en favor de la mudanza proyectada, un negociador inteligente inclinaba á V. M. y al Stathouder á que apoyasen el proyecto con sus armas. Solo la Inglaterra, á consecuencia del odio nacional con que mira á la Francia, prometió su

auxilio al duque de Orleans , constituido ya protector del latrocinio y de la anarquía.

A fin de reunir con mi industria otros medios á los que ya me habian proporcionado las circunstancias ó la casualidad , me pareció oportuno abocarme con aquel personage , y al mismo tiempo ver y sondear los hombres mas notables de todos los partidos.

Esto pasaba pocos dias antes del 10 de agosto. Los síntomas de la insurreccion se advertian ya en todos los semblantes y discursos. En vísperas de una lucha, de que pendia el destino del imperio y el del monarca , la corte apenas pensaba en hacer preparativos de defensa : por la otra parte iba á comenzar el ataque , y los que habian de dirigirle no sabian aun que especie de gobierno sustituirian al que intentaban aniquilar , en caso de quedar victoriosos. Manifestándoles yo mi pensamiento é indicándoles al duque

de Chartres como restaurador, me pareció que los lisongeaba, y con una adhesion formal se me mostraron agradecidos. De estos sin embargo exceptuo un corto número de republicanos, bastante animosos para conspirar contra un monarca, pero altivos en demasía para sustituirle otro.

Pocos dias antes del que iba á ser último en el reynado de los Borbones, pasé á verme con el duque de Orleans. Miéntras que todo el pueblo le suponía ya dispuesto á recibir la corona vacilante de Luis XVI., sentado él á una mesa espléndida, cercado de alhagüeñas cortesanas, y de cinco ó seis petardistas lisongeros, se distraía anticipadamente de las fatigas de su gobierno futuro: en tal estado no pude ménos de compararle con Sancho Panza, Gobernador de la ínsula Barataria.

A la disolucion de un grande imperio preceden siempre ciertos instantes terribles y espantosos, porque te-

niendo sus miras particulares cada qual de los conspiradores, da á sus acciones y movimientos una direccion personal. Esto es lo que yo observaba en la época de que voy hablando. Entre los conjurados habia unos asalariados por la Inglaterra, que protegian en la apariencia al duque de Orleans, pero en realidad solo aspiraban á la instalacion del duque de Yorck en el trono frances; otros solo querian la guerra, como verdaderos facciosos, para enriquecerse con los despojos de ella; el tercer partido, que por desgracia era el mas numeroso y exáltado, no tenia mas objeto que el exterminio de toda autoridad sin querer sustituirle otra; en suma esta bárbara canalla pretendia romper todos los vínculos sociales. Los medios de conseguir este fin debian ser el latrocinio y los asesinatos, y su recompensa una brutal satisfaccion de las pasiones. Los partidarios de la independencia públi-

ca, si por honradez no querian hacerse cómplices de tantos delitos, procuraban á lo ménos hacerlos provechosos á su sistema, ya por política, ya por falta de pundonor. En quanto al partido realista, flojo, pusilánime y dividido, carecia de recursos, así en su exístencia propia, como en el carácter del soberano que defendia. El corto número de realistas puros y desinteresados que sirviéron á la monarquía ó al rey por el bien de este, puede compararse, aunque en sentido inverso, con los amigos sinceros de la libertad, que por ella sirven hoy á la república.

Tal era el estado de las cosas quando se oyó la explosion. A pesar de las promesas de mis amigos, y del buen concepto de algunos, conocí que era conveniente diferir para otro tiempo mas sereno la instalacion del duque de Chartres. Parecióme que el triunfo de la anarquía seria tanto mas

horroroso quanto mas corto, y ménos duradero quanto menores obstáculos se le opusiesen. Si en vez de guarnecer la frontera hubiera marchado el ejército victorioso de V. M. á las orillas del Sena en los primeros dias de agosto, la mudanza se habria verificado y restablecido la tranquilidad, sin demora ni encarnizamiento.

En esto el duque de Orleans, con quien mantenía yo una relacion precisa como ayo de sus hijos, y cuyo partido contaba mucho conmigo, segun verá despues V. M., el duque de Orleans, repito, me aplazó para el dia 28 de agosto en su palacio.

El 27 en la noche paró á mi puerta un coche, y de él salió una señora, que sin nombrarse, pretendia hablarme á solas. Hícela entrar, y quedé sumamente sorprendido viendo á la duquesa de Orleans.

En un cuerpo debilitado con habituales achaques, encierra esta seño-

ra un corazón sensible y virtuoso. Aegena de las intrigas cortesanas y de las tramas de una revolución, pasaba sus pacíficos días (ahora tan inquietos) en la soledad de un retiro, que amenizaba con su beneficencia. Si aun mantiene algunas relaciones en la corte, procede ya de consideración al duque su marido, cuyos extravíos ha llorado siempre, excusándole, y ya principalmente del tierno amor que profesa á sus hijos, á quienes cuida y amonesta desde su albergue solitario, no perdiéndolos nunca de vista.

Entró en mi habitación trémula y descolorida, y sin poder apenas articular una palabra; lo qual me hizo recelar que habia descubierto ó sospechado mi proyecto, que nunca la confié (si bien era favorable á su hijo) conociendo la moderación de sus deseos, y su aversión á todo engrandecimiento. Pero no tardé en saber que el desasosiego procedía de otra causa.

Una de sus doncellas, cuyo marido servia tambien al duque, saludándola aquella mañana, habia dicho que pronto la trataria de *Magestad* en lugar de *Alteza*. Esta proposicion inquietó sobremanera á la duquesa, que por la primera vez de su vida trató de sondear los arcanos políticos, y de averiguar la conducta y los proyectos de su esposo: he aquí el resultado de su indagacion.

Una insurreccion concertada en los arrabales de San Antonio y de San Marcelino, cuyo cuartel general ha de fixarse en el palacio de Orleans, se apoderará á un tiempo de los cuarteles, prevenciones y demas puestos militares, del depósito de marina, en donde celebra sus juntas el consejo ejecutivo, de la tesorería y del salon destinado á las sesiones de la asamblea legislativa. Mientras se arresta con diferentes pretextos á los diputados menos favorables á este partido, otros ya ven-

didós á él resueltos á sostenerle, pondrán la necesidad urgente que hay de reparar los males de la patria, y restablecer el órden, sustituyendo un gobierno sólido y permanente al débil y vacilante que tenemos de diez y ocho dias á esta parte. Luego una diputacion crecídísima de todas las clases del estado pedirá por rey en nombre del pueblo soberano al duque de Orleans, cuyo busto coronado se pondrá sobre la mesa de la asamblea. Varios individuos de ella, afectando que contróvierten y aun contradicen la propuesta, cuidarán de disfrazar lo perjudicial de ella, presentándola únicamente baxo su aspecto favorable. Durante los debates que se alargarán de propósito, irán preparando y disponiendo los ánimos numerosos pasquines, oradores enérgicos y folletos repartidos en el público con profusion. Acabará de executarse esta revolucion á beneficio de cien carros de trigo que

se ha de repartir á los pobres, algunos centenares de cantaros de vino que se tendrán acopiados en diferentes barrios del pueblo, y un millon de pesetas que se deberá distribuir con economía y acierto entre la muchedumbre, añadiendo á esto reiteradas promesas de tranquilidad doméstica, de paz exterior y de felicidad general. El duque de Orleans arrebatado, por decirlo así, de su palacio por un pueblo que le idolatra, será llevado en triunfo al salon legislativo, y allí ocupará el nuevo monarca el sillón del presidente, convertido en trono. Su esposa, objeto del mismo entusiasmo, participará de iguales honores. Los reales consortes recibirán con beneplácito del pueblo y consentimiento del cuerpo legislativo, el juramento á los magistrados y demas empleados públicos, y lo que no es de menor importancia, el reconocimiento y homage de algunos embaxadores extranjeros. Un

ministro nuevo y elegido de antemano hará publicar en Paris la acta de este memorable acontecimiento, que llevarán á todas partes del reyno numerosos correos, ratificándose su justicia y necesidad con otra distribucion de moneda, acuñada con el retrato de *Felipe*.

La duquesa me refirió toda esta conjuracion con gran dolor y derramamiento de lágrimas, y yo al ver su espanto quando se le representaba la idea de suceder á la reyna y de serlo ella misma, comprendí que la ambicion jamas estimularia sus deseos. Dumouriez, me dixo, conozco que no dexará de tener un grande influxo con mi esposo un general tan distinguido como vos, que ademas sois ayo de sus hijos. Así que os ruego con el mayor encarecimiento, empleeis este ascendiente para disuadirle de tan fatal proyecto, del que ha de resultar forzosamente nuestra desgracia y no la

felicidad pública. ¡Triste de mí! Puesto que ha sido mi compañero en el amor, ¿por que no lo ha de ser tambien en mis proyectos? Una campiña fértil y risueña bastaria á dos esposos contentos y tranquilos; y si apetecia una corona, el amor se ocuparia en hacersela de las flores mas bellas.

Dexóme enternecido esta señora respetable, y á decir verdad, quando la ofrecí disuadir á su esposo, cuyo proyecto era diametralmente opuesto al mio, lo hice mas por ella que por mis particulares miras.

Luego que me quedé solo anoté quanto acababa de oir, y al paso se me ofrecieron mil reflexiones y temores. Conocí, que en la suposicion de llevarse á efecto prontamente aquella grande empresa, quedaba frustada la mia, en cuya execucion, segun mi dictámen, estribaba la salvacion del estado. Movidó de esta consideracion fui inmediatamente á hablar al du-

que , aunque era ya muy tarde.

Le encontré muy ufano con la esperanza alhagüeña de su triunfo , que le ocultaba los inconvenientes de la empresa. Después de haberme abrazado con sumo regocijo , se puso á darme parte de la conjuracion , reducida sustancialmente á lo que me habia dicho la duquesa , si bien variada en algunas circunstancias y en el modo de referirla. Quando el príncipe estaba mas engolfado en su narracion , entró un criado , y le habló en secreto. Que entren , dixo el duque en voz alta : el general no estorba ; lo que ha de saber mañana , que lo sepa hoy.

Dicho esto se encaminó á la puerta de la sala á recibir ocho personas que entraban , de las quales conocí cinco , á saber , Robespierre , Danton , Marat , Billaud-Varennes y un italiano llamado Rotondo ; los demas me eran desconocidos.

Señores , les dixo el duque , os

presento al general Dumouriez, con cuya amistad y fidelidad podeis contar. Billaud-Varennes y Danton me diéron la mano en señal de confianza: Robespierre me saludó friamente, y Marat se sentó en un sofá haciendo gestos.

Antes de sentarse los demas é imponer silencio, viniéron con bebidas los criados, pusiéronlas sobre una mesa, y despues nos dexáron solos.

Habló primero Danton, y dixo al duque: señor, quando creiamos entrar en el puerto, nos engolfa de nuevo la tempestad en el mar: difícil es el paso de un gobierno á otro, y quanto mas nos acercamos al término, mayores obstáculos se nos oponen.

¿Pues que hay de nuevo? preguntó el duque. El *incorruptible* os informará, respondió Danton señalando á Robespierre, y mirándole con una ligera sonrisa.

Mucho tiempo hace estoy repitiendo

do, dixo este, que los paliativos son perjudiciales y arruinan los imperios; verdad que se acredita mas en tiempos de conspiración: y puesto que solo el vencimiento absuelve del crimen una vez emprendido, es necesario, ó perecer, ó cometerle enteramente. Hablemos con franqueza: hasta ahora solo hemos conocido la especulativa de las conspiraciones; quando tratamos de pasar á la práctica, nos amilanamos. No es esta la doctrina de nuestros contrarios, y á fé mia que en esto soy de su dictámen: entretanto que aquí se ventila animosamente su prision ó su destierro, ellos decretan vuestra muerte. Duque de Orleans, ¿esperas subir al trono de aquí á dos dias? ¡delirio! de aquí á dos dias subes al cadalso.

Si señor, exclamó Marat, sino se da un golpe decisivo, vuestra muerte es inevitable, la nuestra tambien, y la Francia se rinde nuevamente á la

infame tiranía de los Borbones. Conspirando están los rigres destronados desde sus oscuros calabozos ; y nos consta positivamente que dentro de pocos dias van á asesinarlos.

¡Triste perspectiva ! añadió Billaud alzando al techo sus siniestros ojos y arrojando un profundo suspiro.

¿ No hay medio de evitarlo ? preguntó Rotondo con su acento italiano. Vamos Señores, repuso el duque, limpiándose el sudor que le corria de la frente, ¿ que remedio hay para todo esto ?

V. A. está muy acalorado, dice afectuosamente uno de los sujetos que yo no conocia ; y de improviso se levanta, toma de la mesa un vaso de limon, y se le ofrece al duque, el qual le apura de un trago, volviéndose con afabilidad al servicial cope-ro y exclamando : excelente á fé mia.

¿ Que remedio ? respondió Robespierre á la referida pregunta. La hu-

manidad, la justicia, la política y la historia están de acuerdo en uno; mas para ponerle en execucion se necesita mucho ánimo.

¿Le faltaria por ventura á S. A., dixo Danton, quando le rodean los atletas mas esforzados de la revolucion? ¿Acaso se necesita mas fortaleza para derribar un trono, que para erigir otro nuevo?

Levantándose entónces el duque, asió la mano de Danton y estrechándosela, le dixo: Ya sabeis que tengo en vos la mayor confianza. Llegó pues el momento de acreditarlo, repuso Danton: poned vuestra suerte en nuestras manos.

¿Y por que no se le ha decir la verdad claramente? grito Marat muy colérico: ¿acaso es ya rey, para que se la ocultemos? Señor; Cromwell para reynar mandó cortar la cabeza á Carlos I.

Y reynó tranquila y honorifica-

mente, añadió con zalamería Billaud-Varenes.

Hasta entónces habia yo guardado silencio ; pero horrorizado del discurso y ademan atroz del verdugo Marat , no pude contenerme , y exclamé : ¿ Que es esto , Señores ; intentan Vms. cometer un regicidio ?

Apénas pronuncié esta palabra, quando se levantan los conjurados dando furiosos gritos. Nada vale para contenerlos , ni la autoridad del duque , ni los vigorosos pulmones de Danton ; á nadie escuchan ni obedecen estos delirantes : me cercan , me amenazan y me cubren de dicterios y baldones. Involuntariamente echo mano á la espada , sin acordarme que la habia dexado en la antesala : este ademan redobla los gritos y el furor de los asesinos , pues no merecen otro nombre. Marat se tira á mí , y enfaza sus brazos y piernas en mi cuerpo : veo un puñal en las manos de

Rotondo, el peligro y la indignacion aumentan mis fuerzas: echo mano á Marat, le aprieto, le sofoco, y le tiro en un canapé, de donde rueda, y va á dar con la frente en el suelo. Esta accion vigorosa les inspira terror, y se calman todos. Quiero salir del gabinete, y el duque me ruega que no lo haga, olvidando una pendencia, que, segun su expresion, habia sentido en el alma Danton da una fuerte reprimenda á sus compañeros, y procura reconciliarlos conmigo, diciendo: que con poca diferencia yo era de su misma opinion y sistema, y nos brinda á trabajar de comua acuerdo en la empresa. El grande interes que tenia en el asunto me obliga á ceder, aunque con repugnancia, considerando que para satisfacer mi curiosidad y sacar fruto de ella, necesitaba disimular. El duque nos ofrece bebida, y aun nos la sirve por su propia mano. Marat algo abochornado

de la caída , me mira al soslayo , y Robespierre descolorido y trémulo habia tenido que sentarse.

Suscitóse de nuevo la terrible conferencia ; pero mi ligereza habia indispuerto los ánimos y refrenado las lenguas. En vano aseguraba el duque á los conjurados , que *yo era de su partido y opinaba como ellos* : la sencillez y franqueza con que hablé me habian descubierto , y en mi semblante estaba sin duda retratado el enojo y la sentencia de los conjurados.

La prudencia , que me restituyó un momento de reflexión , me estimuló á engañarlos. Señores , les dixé , juicio desacertado seria atribuir mi reconvenccion involuntaria á interes por el rey y desaprobacion de vuestras intenciones. Tan ageno estoy como vos de querer que se le restituya el cetro, é igualmente convencido , de que es necesario poner en el trono un monarca popular ; pero habiendo medita-

de poco en los medios que proponéis, y que á la verdad son extraordinarios, no puedo ménos de horrorizarme al oírlos. El espectáculo de un rey, precipitado desde el trono á un calabozo, y espirando al golpe de un acero, sorprende, y tal vez horroriza....

Robespierre, interrumpiéndome, dijo: Ahora que echo de ver vuestra equivocacion, os disculpo. No se trata aquí de un asesinato, sino de una causa criminal. Luis será juzgado y condenado como qualquiera otro delincuente: el verdugo le quitará la vida.

Mejor seria, dixo Rotondo, que pereciese en un alboroto popular.

Y en tal caso, ¿como se pondria á salvo la responsabilidad del cuerpo municipal? preguntó Billaud-Varenes.

No puedo ménos de confesar que todo esto me inquieta, dixo suspirando el duque de Orleans.

¡Que hombre tan particular! ex-

clamó Marat dando una patada.

Sacando entónces Robespierre un papel de la faltriquera, leyó un plan en que proponia, que el dia siguiente de su instalacion convocase el duque por departamentos una diputacion encargada de juzgar á Luis XVI. ; para lo qual se habian de elegir hombres seguros.

Danton al contrario fué de dictámen, que estas dilaciones salvarian al rey y acarrearian la ruina á los que le habian perseguido y formado el proceso; y sea qual fuere el éxito de este negocio, añadió, lo mas que de él puede resultar es la muerte de Luis XVI., y esta no basta. Debe desarraigarse enteramente este tronco, sino quereis que de él broten otros renuevos: esta planta es sobre manera fecunda. Por otra parte, ¿á que es ir á buscar tan léjos los instrumentos de vuestra justicia quando los teneis, por decirlo así, en la mano? ¿La insur-

rección soberana que hace un rey, no podrá deshacerse de otro? Además ¿que es la guillotina, sino un papirozazo en el cuello? Las vértebras reales de Luis XVI. serán tan dóciles como las del vasallo mas infeliz.

Tras este discurso propio de un antropófago, asomó en el semblante de los conspiradores una risa feroz, de que únicamente no participó el duque, en cuyo favor se meditaba el asesinato. Rotondo reia á carcajadas, hablando en secreto á Billaud-Varennes, que pensativo escuchaba con afectuada sonrisa las inhumanas chocarrerías de su feroz compañero.

Volviendo á tomar la palabra Danton, decretó, que la insurrección premeditada para coronar á Felipe diese principio á esta grande obra por el juicio solemne y suplicio de los presos del Temple; y para libertar al nuevo monarca de todos sus enemigos, y hacer que los adictos el antiguo

participasen de su infausta suerte, como anteriormente de su grandeza, se resolvió comprenderlos en la misma persecucion. La junta de vigilancia de la Municipalidad, presidida por Billaud-Varenes, debia encargarse de la execucion de este proyecto sanguinario, al que Danton, ministro de la justicia, habia de dar un carácter legal publicándole con todas las fórmulas de estilo.

V. M. puede discurrir las reflexiones melancólicas que me ocurririan durante esta infernal escena. Robespierre acababa de extender una especie de acusacion, y la estaba leyendo, quando de improviso entra la duquesa de Orleans sin preceder aviso. Su presencia repentina perturbó á los conspiradores. ¿Que quieres? gritó el duque, corriendo á ella como para impedirle que pasase adelante. ¿Es hora esta, añadió con brutal enojo, es hora esta de entrar en mi quarto? Siempre es hora, respondió ella con una voz an-

gética , para evitar un delito y una desgracia. ¿Que significa esta junta? ¿qual es el objeto de sus deliberaciones? ¿Quienes son estos señores que te rodean? ¡Ay esposo! ¿que vas á hacer? ¡No basta que hayas dexado de tratarme como compañera tuya , sino que tambien quieres castigarme como á enemiga! ¿Que dices? repuso Felipe, equivocado en el sentido de las últimas palabras. ¿Acaso temes que se atreva alguno á tu persona? No me entiendes , replicó la duquesa. Si estos temores naciesen de mi propio peligro , no me hubiera presentado aquí, pues no estimo en tanto la vida , que quisiese rescatarla pidiendotela de gracia : otro golpe , otro mas sensible puede atravesarme el corazon. Sí , ya estais prontos á descargarle , y he venido á impedirle.

Diciendo esto , se echó madama de Orleans á los pies de su esposo, que enternecido con tan inesperada

escena , la estrechó en sus brazos , y la llevó á un sofá , enjugándose las lágrimas.

Esta mudanza repentina del furor al enternecimiento acabó de perturbar á los conspiradores , que retirados en un rincon del aposento conferenciaban entre sí , miéntras la duquesa esforzando sus primeros golpes , procuraba alcanzar una completa victoria. Parecióme que debia auxiliarla , ya por que me habian horrorizado tantas sentencias de muerte , y ya por que me corria de ver á una dama abogar con mas energía que yo , en favor de la humanidad. Seguid , dixé al duque , el generoso impulso que ha comunicado esa señora á vuestro corazon. No tiñais con sangre los favores que quiera dispensaros la fortuna , y sobre todo no os hagais responsable de la vida de vuestro rey. La duquesa que ignoraba la mitad de la conspiracion , acabó de saberla por estas palabras , y

quedó como fuera de sí, inmóvil, pálida y silenciosa, á semejanza de un viviente herido por el rayo. Despues de un breve rato, volvió en su acuerdo con un torrente de lágrimas, y exclamó dolorosamente: ¿Que he escuchado? ¿Será posible que hayais concebido el designio atroz?... el dolor no me dexa proseguir.... ¡Dios mio! ¡La sangre de Luis XVI.... de vuestro pariente, de vuestro rey!.... ¡Triste de mí! ¿en que he delinquido para que el cielo me haya unido á un monstruo? Y diciendo esto, se levanta, vuelve al duque la espalda, y huye de él horrorizada. Señora; que nos perdeis, y V. A. se pierde tambien, exclamó Danton, deteniéndola. — Quitadme la vida para no presenciar vuestros delitos. — Señora, por Dios tranquilizaos, añadió el duque. ¡Por Dios! exclamó su virtuosa muger despechada: ¿te atreves á invocar su santo nombre, y no te aniquila? ¿Para

quando reserva su venganza? ¿Pero de que sirven mis voces? añadió mudando repentinamente de tono y de ademan. ¡Infeliz de mí! tal vez mientras yo me desahogo con inútiles amenazas, ya se está decretando y aun executando la sentencia regicida. Cruelles, insistió, dirigiéndose llorosa á los conjurados, ¿osaréis teñir vuestras manos en la sangre de San Luis! ¡Ay de vosotros! si lo haceis, con la vuestra se lavará esta mancha.... Pero no, no la derramaréis: confío en que sabréis respetar un monarca, que ha expiado sobradamente sus flaquezas con una larga prision y continuos abatimientos. Entre vosotros hay quien se honre con el nombre de padre: y tú, tú lo eres, Orleans, y el infeliz Luis XVI. lo es tambien. ¿Que seria de su inocente y miserable familia, si le arrancaseis de su seno? Una tierna, afable y tímida doncella, un niño no ménos amable que indefenso.... ¡infeli-

ces ! sus delicadas manos , manos de sangre real , están oprimidas con el peso de las cadenas. Pues bien : que las arrastren hasta el sepulcro , que espiren en el calabozo los que nació on para figurar ostentosamente en el trono mas ilustre del mundo ; pero á lo ménos perdonad la vida á su padre , al que fué vuestro rey , y es hombre todavía. ¡ Ah ! Señores , ya veo correr algunas lágrimas de vuestros ojos : no reprimais este desahogo de vuestro enternecimiento ; hacéos merecedores del poder siendo justos , y como justos , sed humanos.

Sin duda copio muy imperfectamente este quadro sublime y lastimoso , en que la virtud desconsolada bañaba con sus piadosas lágrimas las sangrientas manos del crimen. Los conjurados , bien por arrepentimiento , ó por política (aunque el tiempo ha hecho ver que esta última era el móvil de sus operaciones) deseesos de tran-

quilizar á la duquesa , le aseguraron la vida del rey ; y hasta ahora han cumplido su palabra.

Al dia siguiente tuve orden para salir de Paris á mandar el ejército, y apenas me incorporé con él , executaron en parte su plan los verdugos , sirviéndoles de pretexto , segun hoy nos informan , la invasion de V. M.

Parece , señor , que la intención de V. M. es quitar á los conspiradores aun la sombra de aquel pretexto , acomodándose á los deseos de Luis XVI. Tambien es este mi dictámen. Vendrá acaso un dia mas feliz , en que auxiliado no tanto con las armas quanto con la mediacion diplomática de V. M. , pueda yo poner por obra el proyecto que tengo premeditado para el bien de mi patria. Entretanto contened el fatal golpe que está para descargarse en la prision del rey , y si mi opinion vale algo en un conse-

jo tan ilustrado como el de V. M., os ruego entableis con los que manejan el timon de la anarquía en Francia, una negociacion que acelere el establecimiento de un gobierno regular, y la libertad de Luis XVI.

Habian escuchado Federico Guillermo y su consejo la relacion de Dumouriez con el vivo interes que debe inspirar, y acabada, opinó aquel unánimemente, que se retirase luego el ejército prusiano; y á costa de un breve discurso, pude tambien alcanzar, que se restituyesen los pueblos de Longwi y Verdun. Remito á V. M. el duplicado auténtico de los artículos secretos de esta negociacion, y adjunta la carta del rey de Prusia.

RESPUESTA
DE FEDERICO GUILLERMO
A LUIS XVI.

(Documentos justificativos , num. 10.)

Mi estimado primo: entrando en el territorio frances al frente de los antiguos tercios, que el gran Federico conduxo siempre por el sendero del honor y de la victoria, no me propuse otro objeto que purgar á la Francia de una horrible y monstruosa anarquía. Mas por desgracia, el medio empleado para restablecer el órden sirve de pretexto para ofuscarle mas. Siendo contra los deseos de V. M. y mis propias miras la continuacion de un triunfo que hace correr vuestras lágrimas y la sangre de vuestros amigos, he determinado retirarme á esperar en una neutralidad armada el

éxito de los grandes asuntos que se están ventilando.

Después de haber hecho presente á V. M. mi intencion como rey, sea-me dado manifestarle mis deseos como pariente y amigo. Si baxo estos títulos pudiese yo en las presentes circunstancias proceder segun el sentimiento de mi corazón, no se limitaria mi zelo á inútiles protestas.

Con esto, amado primo, ruego á Dios guarde la vida, y disponga la pronta libertad de V. M.

Firmado, Federico Guillermo.,,

Tal fué la relacion del mensajero, cuya lectura consternó á Luis XVI. conociendo la perfidia infame del duque de Orleans, la atroz política de sus consejeros, el *maquiavelismo* de Dumouriez y los rodeos diplomáticos del rey de Prusia. Lo que templó algun tanto el dolor del aprisionado monar-

ca fué la paz restablecida en las fronteras de Francia con la retirada de los prusianos, y el sobrehumano esfuerzo de la virtuosa duquesa de Orleans. Por donde se ve, que la Providencia mezcla siempre algun consuelo con los tormentos mas cru les, para darnos á conocer, que quando nos hiere su justicia, no nos abandona su misericordia, y que mide los castigos no tanto por su rigor, como por nuestra flaqueza.

NOCHE SEXTA.

Volvamos á mí, que por un nuevo accidente vine á dar otra vez en la Abadía.

Al entrar en esta prision me separaron de mis compañeros, encerrándonos en distintos calabozos. En el mio se presentaban á la imaginacion funestos recuerdos: habíanle ocupado en las ter-

ribles ejecuciones de setiembre M. de Montmorin, ministro del rey, Thierry, su ayuda de camara, y los eclesiásticos Rastignac y l' Enfant, ancianos respetables, que salieron con resignacion á recibir la muerte, de la capilla donde absolviéron á otros infelices mártires.

Solo pasé una noche en esta mansion horrorosa, pues al dia siguiente me trasladaron á la conserjería, donde estuve sin comunicacion unas dos horas, al cabo de las cuales me llevó un alguacil á la sala de audiencia.

A un grande bufete, que ocupaba el centro, estaban sentados dos sujetos vestidos de negro, con plumages en los sombreros que tenian puestos, y por distintivo les ceñia un cordon tricolor. Eran estos personajes el presidente, y uno de los ministros del tribunal extraordinario, establecido el 17 de agosto para juzgar á los sospechosos del nuevo delito de *contrarevo-*

lucion. Hiciéronme un interrogatorio muy superficial acerca de mi conexión con la real familia, con lo que manifestáron tener noticia del motivo de mi primer arresto: mas fuese por parecerles este segundo ménos importante, ó porque el interrogatorio se reducía á una mera fórmula, lo cierto es que no me molestáron con muchas preguntas. Acabadas estas mandáron que se me trasladase al Temple; por donde eché de ver que intentaban castigar mi zelo en favor de los presos, haciéndome partícipe de sus cadenas: y como esto era para mí un galardón, me encaminé alegremente á la torre, acompañado de los gendarmes.

Dexáronme en la antesala de la habitacion, donde dormí quando hice al rey mi primera visita; pero no estuve allí mucho tiempo, pues en breve me pasáron á la habitacion misma.

Grande fué mi admiracion é igual el sentimiento de ver al lado de una

mesa, ocupada por tres jueces, á los señores Malesherbes, Chamilly y Clergy, que estaban en pie con la cabeza descubierta; y del mismo modo me hiciéron poner á su lado. Entónces conocí, que estábamos ante el tribunal señalado ya por su rigor implacable.

El juez que hacia de presidente nos permitió sentar, y aun quedó á nuestro lado una silla vacante. Ocupóla en breve una señora, á quien hiciéron comparecer, y en cuyo andar magestoso, cabeza erguida, y mirar altivo, conocí ser la reyna. Es inexplicable la sensacion que me causó este aspecto inesperado, no estando hecho á ver la magestad real humillada y rendida al poder popular.

Al entrar la reyna nos levantamos los quatro, y esperando á que se sentase, el presidente nos mandó ocupar las sillas. Hube de obedecer, insinuando á S. M. con una mirada, quan-

to me costaba esta descortesía involuntaria.

En esto comenzó el proceso. El escribano leyó una acusacion corta y reducida á estos dos puntos: correspondencia de la reyna con los caudillos del partido emigrado que ha tomado las armas contra Francia, y medios con que han facilitado esta correspondencia los amigos de la reyna. Acusábanla del primer artículo, y á nosotros del segundo; pero contra nosotros resultaban indicios vagos, fundados mas bien en presunciones que en hechos, al paso que habia contra S. M. una especie de prueba material mas convincente.

En efecto uno de los jueces que hacia de relator, manifestó, en apoyo de la acusacion, un pañuelo de muselina guarnecido de una larga cinta de papel fino, en que estaba escrita la carta siguiente:

CARTA DE LA REYNA.

(SIN DIRECCION.)

(Documentos justificativos, núm. II.)

„Tenemos, segun me han dicho, dos partidos; uno para restituir al rey el poder hereditario que le transmitió Henrique IV., y el otro para afianzar su autoridad disminuyéndola. Entrambos se perjudican por su rivalidad, y al contrario reunidos pueden alterar las circunstancias y dar principio á nuevos acontecimientos. Para efectuar dicha reunion, á que accedé el rey, exígen de mí, que sacrifique mis derechos y mi ternura maternal, renunciando dos tronos é igualándome con la muchedumbre. Esto es lo que pretenden, y esto lo que respondo.

Excederia mi vileza y mi culpa á la de los sediciosos que me han encadenado, si comprase la libertad á precio tan indecoroso. Hija de un em-

perador, esposa de un monarca, y madre del Delfin de Francia, no admito otra alternativa, que morir ó vivir coronada: mi destino es el trono, ó un cadalso. ¡Sangre real de María Teresa! protesto conservarte pura hasta el sepulcro, así como te he recibido: y tú, ilustre niño, á quien la naturaleza hizo mi hijo, y las leyes harán mi soberano, nunca podrás quejarte, ni de mi amor, ni de mi respeto. Algun dia, quando arranques á nuestros opresores el cetro ensangrentado de tus abuelos, repetirás con gratitud: mi madre menospreció la vida y la libertad, por no comprarlas á costa del honor. „

Un corto silencio sucedió á esta lectura, durante la qual se notó en el semblante de la reyna una noble indignacion. M. de Malesherbes, filósofo acostumbrado á leer en la expresion del rostro los afectos del corazon, estaba admirado del carácter

heroico de la reyna : yo la observaba enternecido , y los jueces mismos no podian mirarla sin veneracion. ¿ Reconoceis esta carta ? la preguntó el presidente. — Quando la escribí no tuve mas objeto que expresar mi pensamiento : ahora que es pública , hago alarde de haberla escrito. — ¿ Quienes son vuestros cómplices ? — Esta pregunta supone otra , á la que hubiera respondido afirmativamente ? ¡ Cómplices ! ... ¿ y quien os ha dicho que los tengo ? — Vuestra carta , en que respondeis á una propuesta hecha anteriormente — ¿ Tan ingrata y vil me suponeis para revelar los autores de ella ? — La ley os lo manda — La justicia me lo prohíbe — Las pruebas que ha adquirido el tribunal por medios legales , acreditan que teneis al lado vuestros cómplices — Pues si lo sabeis , ¿ á que preguntarmelo ?

M. de Maleherbes perdió entonces su serenidad , y levantándose con

viveza, dixo: señor presidente, acabais de asegurar que conoceis á los sugetos á quienes escribia la reyna, dándoles el dictado de cómplices, y aun habeis añadido, que los tiene á su lado. ¿Por ventura hablais de nosotros? Aclarada en breve la verdad, respondió el presidente, se verá confundida la impostura, cuyo castigo tienen preparado las leyes.

Volviéndose de nuevo á la reyna, dixo: señora, ese heroismo que ostentais no es otra cosa, que un bello disfraz para encubrir el artificio. Por vuestra carta se justifica que hay dos partidos, el uno para restituir al rey la plenitud de una soberanía que el pueblo acaba de conquistar, y el otro para consolidar la autoridad real modificándola; encaminados ambos á sacar á vuestro esposo del encierro decretado contra él por los representantes de la nacion. Aunque estas dos facciones parecen irreconciliables, tene-

mos prueba de que hay entre ellas un punto de contacto. El primer eslabon de esta cadena , forjada contra nuestra libertad , está asegurado en la orilla del Rin , el último en Paris , y ya le tenemos asido.

Contenta y sorprendida la reyna al ver , que por una apariencia engañosa desconocia el tribunal la verdad del hecho , respondió al presidente : ya os he dicho que no solo reconozco la carta , sino que la considero como un título honroso. ¿Podrias sin la mayor injusticia hacerme causa de unos pensamientos naturales y generosos ? No negaré que he conspirado para restituir al rey la libertad y la corona ; pero ¿quien de vosotros no hubiera hecho lo mismo en mi lugar ? Qualquier monarca destronado conspira para adquirir de nuevo su trono , así como un preso para conseguir su libertad : á sus opresores toca el redoblar la vigilancia. Decis , que libro mis esperanzas en las

tropas reunidas á orillas del Rin : no es lo niego.

Cercada de perseguidores y de enemigos , ¿ quereis que no acepte el servicio de los que se han armado por mi causa ? ¿ Desdeñais por ventura á los que defienden la vuestra ? Estando los dos exércitos contrarios á la vista uno de otro , ¿ no han de hacer todo lo posible para vencer y conseguir su objeto ? ¿ Quales son ademas las leyes que me prohiben estas tentativas ? Vosotros fieros enemigos , rivales soberbios de los reyes , ¿ á qual de ellos imitariais autorizando unos decretos tan despóticos ? En quanto á las personas intermedias que os imaginais ya descubiertas , debo deciros con mi genial franqueza , que estais engañados. Una fiel paloma ha burlado la vigilancia de las centinelas , trayéndome por el ayre una lisongera esperanza. Ignoro quien me la haya enviado ; solo sé que debia llevar colgada ba-

xo sus alas protectoras la cinta en que iba escrita mi respuesta. Ahora bien, magistrados revolucionarios, ¿podrá espantaros una ave tímida? Si es preciso que se derrame sangre, venid al patio donde se me permite pasear, y allí podréis coger á este gran delinquente, y sacrificarle á la seguridad del estado.

No es posible formar una idea exacta de la inflexión irónica que dió á su voz la reyna, pronunciando estas últimas palabras, de la alegría interior que nos causó, y de la consternacion mezclada de despecho que alteró el semblante de los jueces. Despues de un silencio vergonzoso, durante el qual la reyna los miraba con un ceño triunfante, el presidente recogió en secreto los votos de sus compañeros, y en seguida nos declaró libres con voz muy turbada. Volviéndose luego á la reyna, dixo: señora, mis opiniones y mi deber no me permiten desear el

feliz éxito de vuestros anhelos, porque trastornaría el nuevo gobierno; pero el noble carácter, la grandeza y serenidad de ánimo son admirables en todos tiempos, y sé hacer el debido aprecio de estas prendas que tanto os distinguen. Levantóse la reyna, atravesó la sala con dignidad propia de una hija de María Teresa, y nos salió con una indiferencia tranquila. A Clery le fué permitido quedarse en el Temple, y yo salí de él con los otros compañeros, quienes inmediatamente se retiraron á la alquería de M. Malesherbes.

Edwino, á quien tenia sumamente inquieto mi nuevo infortunio, me abrazó con el mayor encarecimiento: la voz pública que le informó de mi segundo arresto, habia desfigurado en gran manera la verdad, y mi alumno me contemplaba condenado á morir en el cadalso, como Laporte y Durosoy. Por consecuencia el regocijo

que manifestó al verme otra vez libre, fué igual al temor que le habia acongojado. Observando yo que no se atrevia á hablarme de los presos, le dí nuevas de ellos. Admirado de la entereza con que habia triunfado la reina dixo: téngola por afortunada, pudiendo oponer á tantas desgracias una frente serena y un carácter inflexible; pero su infeliz hija no tiene otras armas contra sus enemigos, que su amabilidad y ternura. Aquí se detuvo Fitz-Asland sonrojado, recelando sin duda haberme incomodado excediéndose. Y pues, querido, le dixe, estrechando su mano, ¿como está vuestro llagado corazón? Cada vez, padre amado, se empeora mas la herida, me respondió: en vano me hace ver mi razon la distancia que me separa del objeto á quien idolatro, pues el amor, mas diestro é ingenioso, sabe encubrir aquel intervalo, y aun transformar los obstáculos del cautive-

rio en medios propios para alcanzar el fin. Efectivamente, ¿seria una cosa nueva hacer por reconocimiento lo que prohíbe la política? Si lograrse yo libertar á mi amada princesa de la horrible prision y de sus inhumanos verdugos, ¿á quien deberia mas que á mí? ¿No deberia su felicidad á quien la rescatase? ¡O! ¡si estuviese en mi mano, añadió con mayor exáltacion de afecto, sacarla de aquella morada tenebrosa donde yace! ¡Si me fuera dado arrebatarla con mis brazos cariñosos, y salvar tan preciosa carga en la ribera contrapuesta del mar! Allí donde no hay ambiciosos que derriban el trono de los reyes para levantar el de su fortuna, ni almas insensibles, á quienes no conmueve el llanto de una beldad, allí en el retiro apacible del campo, cifraria mi dicha ¡ó idolatrado bien! en hacerte venturosa, y aunque nacida para adornar un trono, podrias reynar en quantos corazones te

rodeasen. ¡Que gozo! ¡que ventura fuera la mia, si pudiese hacerte un solio enramado de flexibles vástagos, que encorbados formasen un pabellon verde y pomposo para guarecerte de los ardores del sol! ¡Que ventura, repito, ceñir tus inocentes sienes con una guirnalda de frescas flores, juntar al rededor de tí las zagalas de la aldea que te amarian por tu natural bondad, y conseguir por premio de tan puro afecto una sonrisa afable y tierna! ¡Ah! mi querido padre, añadió Edwino, llorando de gozo, ¿no es excelente mi proyecto?

En otras circunstancias ménos funestas y peligrosas para la familia real, léjos de tomar parte en los designios quiméricos de mi alumno, le hubiera disuadido de ellos y vuelto á la razon, por medio de la autoridad y ascendiente que me daban mis años, mi carácter, mi profesion y mis principios. Pero conmovido á vista de la cu-

chilla centellante, pronta siempre á caer sobre unas cabezas tan apreciables para mí, ¿podria ser escrupuloso en elegir medios para evitar aquel golpe? Faz-Asland por su ilustre nacimiento, sus riquezas, su amabilidad y sus conexiones podia influir esencialmente en la suerte del rey. El último acontecimiento, que acababa yo de presenciar, y en el que habia sido comprometida la reyna, desvanecia todos mis escrúpulos. Conociendo lo útil que me podia ser el amor en estas circunstancias, me desentendí de una moral demasiado severa, resolviéndome á valerme de aquel instrumento. Al mismo tiempo, como hubiera sido poco decoroso y aun arriesgado fomentar aquella pasion, que no aprobaba, aunque pretendia hacerla útil, me limité á indicar ligeramente á mi alumno los peligros de su amor, dexando á su invencion los medios de superarlos.

Pasáronse dos dias , en cuyo tiempo padecí una violenta fiebre , y no queriendo fiarme de persona alguna para continuar las averiguaciones y tentativas , me contenté con permitir á Edwino algunas salidas por la noche. Llegada esta , se encaminaba mi alumno , envuelto en su capa , y sin otra luz que la de los faroles , á una esquina solitaria que daba enfrente del patio del Temple. Ocupábase allí , ya en observar á los presos y á sus centinelas , (en lo que hallaba cada dia mayores dificultades , por aumentarse la estrechez de la prision) ya en tocar suavemente una flauta , y cantar algunas letrillas patéticas , á las que no correspondieron la primera noche , y sí la segunda , repitiéndolas en el fortepiano. Atribuyó Edwino á la reina la primera sonata con que le habian respondido , por ser muy viva y ligera ; pero habiendo sucedido á esta una música tierna y patética , se

imaginó que pulsaba las cuerdas María Teresa, y aun llegó á figurarse, que habiendo sido conocido, se encaminaba á él mismo la música del piano. ¡Feliz ilusion de los amantes, que hace mas alhagüenos los favores imaginados que los verdaderos y reales! Quítese al amor su cendal engañoso, y se verá quan reducidas quedan sus delicias.

Al tercer dia, que era el 21 de setiembre, se agravó notablemente la calentura que me atormentaba, y aun se hizo muy peligrosa, quando en el periódico intitulado, *diario de la tarde*, leí, que habiendo celebrado la convencion su primera junta, declaraba república á la Francia. No se entienda por esto que desaprobaba yo tal forma de gobierno, el mas razonable y natural, segun mi opinion. Acostumbrado desde mi infancia á una constitucion, en que están equilibrados el poder del pueblo y el del so-

berano , adoctrinado con los escritos de Delolme , y hecho á discurrir y juzgar de las operaciones de nuestro parlamento , no podia yo llevar á mal que se estableciese en Francia un gobierno , semejante á aquel en corta diferencia. Pero el nombre *república* en aquellas bocas sanguinarias me estremecia y horrorizaba , pareciéndome que al paso que decretaban el exterminio de la monarquía , deshonoraban la cuna de la independencia. Solo á los hombres virtuosos correspondia elegir el gobierno, que protege y recompensa las virtudes.

Manuel , que fué á visitarme al dia siguiente , desvaneció en algun modo mis temores , diciéndome : Los sucesos nos han arrebatado en su curso impetuoso , y hemos tenido que ceder : antes de hablar de gobierno democrático , pensabamos en amalgamarle con la monarquía , arraigándole en la opinion y en la moral del pueblo. Peor los partidarios de la anarquía , que

no creen haber llegado al término hasta haber traspasado todos los límites, querian un gobierno revolucionario, esto es, pretendian armar á los magistrados y á la muchedumbre sediciosa con los cuchillos del 2 de setiembre, que en cierto modo hemos arrebatado de sus manos. Si no ha sido completo nuestro triunfo, al ménos los hemos casi enteramente derrotado.

El establecimiento de la república, cuyo nombre ofrece un gobierno regular, aniquila la anarquía: Orleans y su faccion tiemblan ya en la cima de la *montaña*, y la eleccion de los sujetos destinados á ocupar las primeras dignidades de la asamblea, acaba de trastornarlos. Nos hemos descartado de los sangrientos verdugos que salieron de los Comunes; Petion es presidente, quiero decir la prudencia y la humanidad misma: tranquilizémonos pues en orden á la suerte del reyno y del *monarca*. En vano los mas viles fac-

eiosos andan esparciendo, que es absolutamente necesario que se sujete la conducta del rey á un juicio; el mayor número de los de la convencion es justificado y vigoroso, y no tolerará cosa alguna contraria á la justicia y á la verdadera libertad. Hablando entre nosotros, la mayor honra que pudiera hacerse á Luis, seria presentarle en un juicio, donde pudiese ostentar sus virtudes, y su enemigo no tendrá la imprudencia de dar este paso. Pero en suma, vayan como quiera los asuntos, estemos en esto. Petion nada ha perdido de su prudencia, Vergniaud de su eloqüencia, ni Guadet de su energía. Por consiguiente debemos confiar en la osada destreza de unos hombres que han quitado todo pretexto á las sediciones sanguinarias, obligando á un enemigo poderoso y vencedor á dexar desembarazadas nuestras fronteras. Verdad es que Dumouriez conspira; ¿pero acaso será mas temible que Artois ó

¿Cordé? Pocos dias se tardarán en despojar del mando á aquel traidor, y entónces podrá ir á recibir el premio de sus servicios en la corte de Berlin, ó en la de San James. Por lo que hace á nosotros, ménos ocupados en hacer bien que en evitar el mal, vamos á dar principio á nuestro ministerio público, debiendo cesar con él nuestras juntas secretas. A Dios, amigo mio: me veréis siempre caminando por la senda del honor y de la verdad.

Por estas últimas palabras comprendí, que tomaba otro aspecto la intriga política, á que habia dado el primer impulso Manuel, limitándose ya á defender la vida del soberano, y tal vez á restituirle su libertad; pero sin tratar ya como antes de pasar al hijo la corona arrebatada al padre. Los que componian este partido eran republicanos y filósofos: á los primeros tenia Toulan por ambiciosos; y pues ya manejaban el timon del gobierno, bien

por efecto de cálculo , ó por acaso, no habia que esperar quisiesen cederle. Aunque satisfecho de su honradez, por haberme dado pruebas de ella , no por esto los consideré defensores de una causa que ya era inútil para sus ascensos. Por resultado de mis meditaciones vine á concluir , que ya no quedaba otro apoyo que el de Toulan.

Entretanto Fitz-Aslánd , noticioso de que se alquilaba un quarto tercero fronterizo á la torre del Temple , me pidió permiso para tomarle. Condescendí , encargándole que no se arriesgase mucho , y él me aseguró que nada debia recelarse , pues en esto ni aun cabia la menor sospecha , tomando el quarto en su nombre y habitándole madama Melwood y su querida Fanny. Luego que estas señoras vivan en él , añadió , tendré el gusto de llevaros allá. A mas de tener allí una conversacion agradable , imagino que no os disgustará estar cerca del Temple. Os

dixe, que me prometia ser útil á los presos, y ya veis que empieza á cumplirse mi vaticinio.

Aunque me molestaba el mal todavía, visto el giro que tomaban los negocios, cuyo éxito aumentaba mi inquietud, me resolví á visitar á Toulan, quien al verme, se explicó así: los obstáculos se multiplican, y si queremos salir con la nuestra, es forzoso redoblar la actividad, la destreza y el vigor. La municipalidad acaba de decretar, que se ponga á los presos fuera de comunicacion, y de este modo se hace mucho mas difícil nuestra correspondencia con ellos. Por otra parte la faccion regicida no cesa de dirigir representaciones, pidiendo que se juzgue á los reyes; si esto se verifica, ¿qual será el resultado? Lo que mas nos interesa es el evitar dicho juicio, y del mismo dictámen es la reina, á quien pude hablar quatro palabras sobre el particular.

Despues de haber manifestado mi parecer, que coincidia con el suyo, pregunté á Toulan, si habia adelantado algo, y me respondió de esta suerte: mis partidarios y yo no desperdiciamos coyuntura alguna, para preparar los ánimos al gran golpe que tenemos proyectado. Observamos á los mal contentos, y procuramos aumentar su número; despertamos el orgullo de los nobles, separados de sus empleos por la revolucion; la avaricia de los comerciantes, con el peligro que amenaza á sus riquezas; el apego de los hacendados á sus posesiones, con la pérdida de ellas. Excitamos ademas el zelo de los eclesiásticos, cuyo sagrado ministerio se tiene por un crimen; el de los magnates, sumergidos de la cima del poder y la opulencia en la ignominia y el abatimiento; el de los sujetos bien acomodados, pintándoles perturbada su tranquilidad con el nuevo sistema; y en fin acaloramos á las

gentes dotadas de una imaginacion fogosa , entre quienes se cuentan muchas damas. Un gran número de nuestro partido reside en Paris , y podemos contar con su fidelidad : á la primera señal se pondrán sobre las armas acaudillados por sugetos leales. Por lo que hace á los auxiliares de las provincias , los creemos igualmente seguros , si nuestros corresponsales no nos engañan. En los países extranjeros podemos fundar iguales esperanzas de un éxito feliz. Sabemos por conducto seguro que el Emperador accederá á nuestra conspiracion : tambien contamos con el auxilio del rey de Cerdeña y de la reyna de Napoles. Ultimamente , si la España no se declara en nuestro favor , por lo ménos se mantendrá neutral , y aun tenemos probabilidad de que interpondrá su mediacion en el asunto , proponiendo las condiciones. Por lo dicho entenderéis , que así dentro como fuera del reyno

hemos manejado , estimulado y puesto en movimiento todos los intereses personales , reuniéndolos en un centro comun. Si me preguntais ahora quando comenzará á representarse este drama político , cuyo plan tenemos ya concebido , y aun preparadas sus escenas, responderé , que su execucion depende de las circunstancias y de los acontecimientos.

No me desagradó este bosquejo, pues á mas de una perspectiva lisonjera presentaba un designio mas noble , mas claro , ménos complicado y de objeto mas terminante que el de Manuel. La ambicion mas bien que el amor á la patria era el móvil de la última empresa , pues á excepcion de Malesherbes todos los partidarios de ella aspiraban , tanto á ser los primeros magistrados de la patria como sus libertadores. Por el contrario en el proyecto de Toulan , todos los deseos , todas las opiniones se encaminaban á un

solo obgeto , á saber el rescate , triunfo y restablecimiento de la familia real. Cierta es que para lograrlo , se necesitaba no solamente arrancar el cuchillo de mano de los sediciosos anarquistas , sino tambien las riendas del gobierno á los republicanos : operaciones que presentaban muchas dificultades. Acaso el decreto de una bárbara política hubiera confundido los unos con los otros , persiguiendo con la espada del rey á los amigos y enemigos de la patria ; pero esta injusticia horrible á mis ojos , lo era tambien á los de Toulan , el qual mas bien amante que realista , como ya he dicho , veia en el buen éxito de la conjuracion ménos la victoria de la soberanía que la de la reyna. Por tanto , aun suponiendo un resultado favorable , era preciso abstenerse , así por prudencia como por humanidad , de mancillarle con sangre inocente. La de los verdaderos y principales delinqüentes excitaba mi

compasion; pero derramar la de un hombre por haber pensado de diferente modo que el vencedor, solo cabria en la jurisprudencia del siglo XIII., en un maquiavelista, ó en los feroces caníbales.

Tales consideraciones nos movieron á resolver, que en presentándose la coyuntura, se confiase la execucion del plan á un corto número de sujetos de entereza, pero prudentes, á fin de que á los delitos, cometidos por el terror revolucionario, no se siguiesen otros mayores y de una peligrosa reaccion.

En quanto al vulgo, que nunca ve sino lo que le enseñan, estuvo en mera expectativa desde esta época hasta el 11 de diciembre, dia en que fué conducido el rey á la convencion, donde se le hizo el primer interrogatorio. Paso en silencio las precauciones tiránicas que usó la municipalidad con los presos, y la visita que les hicieron.

ron quatro individuos de la asamblea, por haberse todo publicado en los periódicos de aquel tiempo, y voy á referir lo que ellos no han dicho, ni la muchedumbre ha podido observar.

Se ha repetido muchas veces, que la necesidad es madre de la industria, y así es la verdad; pero á veces tiene esta su origen en un principio mas noble y no ménos ingenioso, que es el amor. El que Fitz-Asland profesaba á la hija del rey, á mas de idear el medio de verla y ser visto de ella, habia sabido entablar una correspondencia seguida, no entre mi alumno y la princesa (por no comprometer el decoro de esta) sino entre mí y los presos. Quedé en gran manera maravillado, quando me introduxo en la casa que tenia alquilada enfrente de la torre, donde fui bien recibido por madama Melvood, que me pareció digna de haber excitado en otro tiempo una pasion, segun el interes que

ann inspiraba. Como habia tantos motivos para estrechar nuestra union y confianza mutua, sin contar con el paysanage, en breve nos hicimos amigos. Amaba á Edwino como á hijo, y desde luego habia accedido á sus deseos, igualmente que Fanny, á quien no vi en esta primera visita, y entrambas habian dexado el quarto que habitaban en la calle del Sena por venir á ocupar este. El triste aspecto de aquella torre gótica, el espectáculo de los reyes que la habitaban hechos juguete de la fortuna, decian muy bien con la alma afectuosa y melancólica de madama Melwood. Esta tenia en su quarto un organillo portátil, cuyo sonido fuerte ó templado, segun era menester, correspondia á los que de tiempo en tiempo salian de las torrecillas del Temple. Mas no se habia contentado la industria de mi alumno con esta especie de comunicacion.

Encima de la habitacion de madama Melwood habia un gabinetillo de figura octágona, en que habia puesto Edwino una máquina óptica, por medio de la qual, escribiéndose qualquiera cosa en el quarto del rey con caracteres blancos señalados en un lienzo negro, venian estos á reflexarse, aunque del reves, en un espejo plano que los repetia en un vidrio convexo, donde se aumentaban y podian leerse. Esto bastaba para saber quanto ocurría en la prision, y recibir órdenes de los reyes, mas no para responderles ni darles noticias; y á fin de lograrlo, valíase Edwino de diversos medios. Si queria participarles las noticias del dia, empleaba la correspondencia oriental, es decir, ponía en la ventana varias jarras de flores de cierto modo concertado. ¿Ocurría algun acontecimiento imprevisto que era preciso noticiar á los presos? Entonces componia las palabras necesarias

con letras movibles de color resplandeciente , colocadas en un fondo obscuro ; despues ponía detras de una gasa transparente varias luces en medio del gabinete , y por este medio suplía de noche el ministerio que de dia hacían las jarras : tal era la correspondencia ocular. Había otra , como he dicho ya , propia del oído , que formaban el piano de la reyna , el organo de madama Melwood y la flauta con que acompañaba Edwino. No contento este todavía con aquella comunicacion tan escasa , llegó á idear en fuerza de repetidas experiencias una máquina , que le retrataba en lienzos preparados al efecto la imágen viva y colorida de los presos , y la ocupacion en que se entretenían. La primera vez que vió retratarse del modo dicho el cándido y bellissimo rostro de María Teresa , quedó estático y como fuera de sí , no pudiendo manifestar su enagenamiento y alborozo,

sino con las tiernas lágrimas que corrían por sus mejillas.

Parecióme que debía recompensar tanto zelo y esmero con una absoluta confianza de mis proyectos: y así se los comuniqué en presencia de su hermana y de madama Melvood, á quienes agradáron sobre manera. Todos convenimos en que la casa seria un despacho ú oficina intermedia entre el Temple y el partido favorable al rey; mas para no comprometer la seguridad de aquella, quedamos en no admitir sino dos personas de un carácter firme y seguro.

Miéntras que nosotros por medio del artificio preparabamos los auxilios posibles á la fuerza armada, se hacia mas y mas temible y escandalosa la lucha entre la faccion de la anarquía y el partido republicano. Desde el momento en que Louvet acusó públicamente á Robespierre, no resonaba en la tribuna nacional sino el grito

de todas las pasiones irritadas. En vano los prudentes, los amigos verdaderos de la patria, trataban de consolidar la fábrica del nuevo gobierno, mientras una horda feroz de salvajes hablaba solo de exterminio, tratando de inundar con torrentes de sangre la república cubierta de ruinas. ¡República! nombre que se estampaba en todas las paredes, en la fachada de palacio, en las bóvedas de los templos, y en la escarapela de los ciudadanos, al paso que el despotismo reynaba en todas partes, y la tiranía se apoderaba de toda la Francia. Marat escribía con pluma ensangrentada, y Hebert humedecía la suya en el hediondo cieno de las plazas: donde quiera se predicaba la doctrina de una libertad ilimitada con el acento de la inmoralidad.

Los progresos de la facción de Orleans eran notables y espantosos, y en proporcion iba disminuyéndose el

crédito de los republicanos de la asamblea; de suerte que Toulan tuvo ya por conveniente informar al rey del estado de los negocios, y S. M. respondió por la óptica telegráfica en los términos siguientes:

ESQUELA DE LUIS XVI.,

COPIADA

DE UN ESPEJO CONCAVO.

(Documentos justificativos, num. 12.)

„Después de dar gracias á mis fieles amigos en nombre mio, de la reyna y de mi familia, deseamos todos saber el número y las circunstancias de los que están declarados en nuestro favor. En Paris debe hacerse una averiguacion escrupulosa; correspondencia seguida con las cortes extrangeras, y un viage á las provincias. Meditad este plan, y comunicadme vuestro modo de pensar,„

No tardamos mucho en deliberar, pues los deseos del rey eran órdenes para nosotros. Aquella misma noche tuviéron junta los principales caudillos, á la que fuí admitido por la vez primera.

Componíase aquella de unos treinta individuos, á quienes presidia un personage que se tenia por emigrado en aquel tiempo. Tambien observé allí muchos sugetos notables en el gobierno antiguo, dos prelados, algunos sacerdotes, y un número mas considerable de empleados públicos, la mayor parte del cuerpo municipal. No hacia Toulan en esta junta el papel mas distinguido: contentábase con animar á los individuos que la componian, haciéndose así el mas útil de todos.

Habia yo adquirido una reputacion honrosa por adicto al rey, y en este concepto me recibieron con agasajo. Leí la carta de S. M. acerca de la qual debia deliberarse, y entónces

observé, que entre los realistas, como entre todos los demas partidarios, era el egoismo el móvil de todas las operaciones, segun me lo habia indicado Toulan. En los varios discursos que se pronunciaron, eché de ver que los nobles hacian poco caso de los magistrados, quienes en recompensa estimaban á aquellos bien poco; que los eclesiásticos menospreciaban altamente quanto no pertenecia al clero, y que si todos se reunian con los miembros de la municipalidad, era porque les obligaban á ello la necesidad y el interes. No me excederé en decir, que no habia otros dos como yo, que amasen al rey por su propia persona, y le sirviesen aun contra sus mismas opiniones.

Por lo demas fué sumamente satisfactorio el entable de los negocios, encaminados al triunfo del monarca. La opinion pública habia llegado ya á su madurez, y solo esperaba la señal pa-

ra manifestarse : en la municipalidad, en las juntas populares , y en todos los parages públicos estaban preparados los gefes. Una palabra del rey, una indicacion del que mereciese su confianza , iban á poner en movimiento esta grande máquina , que arrollando la tiranía debería dexarla aniquilada. Aun prometia mas feliz éxito la correspondencia en el interior y en los países extrangeros : aumentábanse de dia en dia las tropas de emigrados que mandaban el príncipe de Condé y el conde de Artois : el emperador habia prometido tentar la entrada en Francia al primer insulto que se hiciese al rey : la Inglaterra daba muestras de abandonar la faccion de la anarquía; y las potencias de segundo órden estaban dispuestas á seguir el impulso de las primeras. No eran ménos seguras ni favorables las disposiciones de los departamentos en especial los del poniente.

Observaba yo que estaba concebido el plan de la conspiracion con una uniformidad demasiado perfecta; todas sus partes se unian tan exáctamente que formaban un todo muy regular y simétrico: no habia el menor vacío ni defecto, de suerte que debia esperarse un éxito feliz; pero á decir verdad, esta grande union léjos de tranquilizarme me inquietaba sobre manera. En ninguna parte habia visto, sino en algunas novelas mal inventadas, executar sin obstáculo alguno semejantes empresas. Por otra parte me hacia temer la debilidad habitual del rey, quien contemporizaria y vacilaria aun en el momento decisivo. Este inconveniente, sin nombrar otros, que nadie preveia y de que ninguno hablaba, era suficiente por sí solo para retardar y aun disolver la conspiracion. Quiera el cielo, protector de la inocencia perseguida, decia yo, falsificar este funesto vaticinio.

Siendo tan satisfactorias las noticias que debia yo dar al rey, pareció inútil el viage de observacion á las provincias, porque ademas la correspondencia semanal que se recibia de ellas, daba grandes motivos de seguridad y de esperanza.

De este modo una junta de legisladores, trasformada en anfiteatro tumultuario, donde un gran número de atletas virtuosos y eloqüentes, pero esparcidos y sin cabeza, luchaba con un corto número de foragidos animosos y disciplinados; un gobierno versátil, vagando sin principios y sin brújula por las olas de una revolucion desenfrenada; una municipalidad usurpadora de la soberanía popular; un pueblo incierto de su destino, mal seguro en su existencia, extraviado en las cosas, engañado y seducido por las palabras; por otra parte un rey aprisionado, á quien unos preparan el cadalso, otros quieren restituir al

trono, en cuya vida se interesa la nación, temiendo al mismo tiempo el verle de nuevo coronado; en fin mientras que todos estos intereses tan encontrados inundan y asuelan el interior de la Francia, un ejército de héroes ceñidos de laurel, encadenando la victoria á sus banderas, dictan la paz á los mismos enemigos que le hacían la guerra. Tal era la situación general de las cosas, quando la convencion nacional comenzó el proceso de Luis XVI. Al anunciarse este asunto tan importante, los reyes espantados guardáron silencio, la Europa volvió su atención á la nueva república, y la Francia esperó con una tranquilidad aparente la decision de sus legisladores.

Llego á esta época memorable para siempre, caminando por la senda oculta que he seguido hasta aquí, sin osar entrometerme en el extenso y público dominio de la historia. Sus con-

fines, si puedo explicarme así, son los que pretendo recorrer; pero estando anexas á ellos muchas anécdotas interiores y domésticas, las considero desconocidas, y dignas por consiguiente de excitar el mas vivo interes. Una familia desdichada entretenida alternativamente por la esperanza, y amenazada por el castigo, pronta á sentarse triunfante en el trono, ó morir degollada en un cadalso, es el espectáculo mas propio para inspirar el terror y excitar la compasion.

Pero antes de dibujar este quadro, os daré una idea del interior del Temple, donde se presentaba una pintura doméstica.

Hacia ya algunos dias que se susurraba la causa que iban á formar al rey, á quien dimos aviso para su gobierno. Toulan que no se comunicaba ya con el monarca, habia advertido de ello á la reyna, la qual se lo insinuó á Luis en la comida; pe-

ro él léjos de disgustarse con la noticia, dió muestras de contento; porque la inocencia de su causa le hacia estar satisfecho de sus results. Quando supe que estaba bien preparado, le comuniqué quanto habia por medio del telégrafo consabido. En el regocijo que mostraba su semblante retratado por la óptica, conocí el gusto que le habian causado mis noticias. Al dia siguiente leí en el cristal de reflexo el convite que me hacia, de procurar la entrada en la torre á fin de hablarle, añadiéndome, que las princesas habian conseguido pasar parte del dia en su quarto, á quienes daria una satisfaccion completa si llevase en mi compañía al amable Edwino: mi hijo, decia tambien el rey, se acuerda de él todos los dias, y tendrá mucha satisfacion en verlo. En respuesta prometí á S. M. hacer quanto estuviese de mi parte para llevar á efecto sus deseos.

No era esto fácil, porque la tiranía de la municipalidad se hacia de cada vez mas feroz, y su vigilancia mas temible; y así era preciso burlar á la una y substraerse de la otra: para ello me auxilió Toulan proporcionando el medio. Hacia tres dias que el rey padecia mucho de fluxión de muelas, aunque sin quejarse, porque la reyna le habia persuadido, que seria una mengua pedir un facultativo.

Pero habiéndola hecho ver Toulan, que esta circunstancia presentaba la ocasion mas favorable, y tal vez la única de entablar una correspondencia con los de afuera, persuadió á su esposo que presentase su solicitud. Se respondió á ella como deseabamos, y en consecuencia fuéron llamados á la sala de la municipalidad el primer médico del rey y su cirujano ordinario, quienes recibieron de aquella patentes de entrada para ocho dias.

Llevóme en seguida Toulan á ca-

sa de dicho cirujano, sujeto muy adicto á la familia real, y muy interesado en sus desgracias. Luego que le advertí de mi designio, reducido á sustituirle en sus funciones, me traxo de su gabinete un estuche lleno de instrumentos, y me le entregó diciendo: creo que no me conozcan los que habitan y custodian el Temple; pero si fuese al contrario, podeis decir que vais por mí. Confiado en vuestro carácter, no recelo de mi seguridad, y solo me da que temer la vuestra.

Estaba ya hecha la mitad de la tarea, y era preciso completarla llevando conmigo á Edwino, segun prometí al rey. Acerca de esto consultamos con madama Melwood, quien nos dió el siguiente consejo, que fué adoptado; y se reducía, á no ir al Temple hasta que estuviese de faccion Fanny, que seguía sirviendo en el ejército nacional, siendo muy probable, que pues tenia tantos amigos en

diferentes cuerpos, no le fuese difícil mudar su guardia por la del Temple. Edwino entónces podría reemplazarla, logrando con maña ó con dinero hacer la guardia á la puerta del rey. Trazado así este plan, se executó del modo siguiente.

El dia 15 de noviembre fué destinada Fanny al puesto de reserva. Quando iba á marchar el destacamento destinado al Temple, á pretexto de una viva curiosidad pidió ir incorporada con él; lo que consiguió á pesar de algunas quejas, que ella supo acallar con el argumento irresistible del dinero. Al llegar se separó de sus compañeros, fué á buscar á mi alumno que la esperaba, y fué á reemplazarla ciñéndose sus armas. Hubo alguna dificultad para admitirle por ser desconocido; pero habiendo acreditado que era amigo del ciudadano Roziers, logró desvanecer todas las dificultades. A mas de esto convidó

á almorzar á sus camaradas , ofreciéndoles para la noche un solo de flauta. ¿ Quien podria resistirse á tan fuertes razones ?

A la vuelta de Fanny , luego que observé desde la ventana de su madre , donde estaba en observacion , que habian alzado el puente levadizo , me encaminé por calles excusadas á una , donde me esperaba un coche : entré en él y llegué al Temple. Conforme á mi carácter tímido y sin embargo emprendedor , sentí que me palpitaba el corazón , aunque al mismo tiempo se explayaba con la esperanza.

Abro la puertezuela del coche , y llega un centinela , al qual manifiesto el objeto de mi visita. Llama al oficial comandante , quien viene con quatro soldados. Baxo , y me conducen con buena escolta hasta el consejo de la administracion.

Antes de llegar á él , teniamos que atravesar un patio , donde entre siete

ú ocho soldados distingo á Edwino, que me conoce inmediatamente; acércase á mí sesgamente y dirigiendo la palabra á uno de sus camaradas, de modo que yo le pudiese oír, dixo en voz alta: á las quatro me toca la guardia, camarada, ¿y á tí? Apénas habia empezado el otro á responderle, quando ya habiamos pasado.

Siempre me ha parecido, que estando los magistrados en su tribunal deben tener presente la justicia, sin la qual el poder no es mas que un salteamiento; y el decoro, sin cuya compañía la justicia se asemeja al despotismo. Uno y otro estaban desterrados del consejo del Temple; sin duda porque los atributos característicos de la honradez convenian poco á unos jueces revolucionarios. Quando me presenté ante ellos, noté que disputaban con mucho acaloramiento, hablaban todos á un tiempo, paseaban por la sala precipitadamente, mezcla-

ban amenazas y palabras, gritos espantosos é injuriosos denuestos: tal ha sido poco mas ó ménos el carácter de todas las asambleas originadas de la revolucion. Pero despues he dexado de maravillarme, considerando la importancia de los intereses que dividian á sus individuos, las fuertes pasiones que en ellas se excitaban, la condicion y el carácter de los oradores y la naturaleza de sus arengas.

Mi presencia restableció el sosiego entre los disputantes. El que los presidia subió á una especie de tablado, donde me preguntó con un tono aspero mi nombre, el objeto de mi visita y el título, que justificaba mi entrada en este lugar formidable. Satisface á estas diversas preguntas, evitando sin embargo decir mi primer nombre: despues manifesté la patente que me habia prestado el cirujano del rey, que no me devolviéron los jueces pesquisidores hasta haberla registrado

todos. No se limitaban á esto las precauciones; registráronme las faltriqueras, el forro de los vestidos y la copa del sombrero; me hicieron quitar los zapatos; abrieron el estuche, sacaron todos los instrumentos; y despues de haberse asegurado de que yo no ocultaba cosa alguna sospechosa, decretaron, que uno de ellos me acompañase al quarto de Luis. En el camino observé, que se habia aumentado el número de las rejas y de los carceleros, entre los quales noté, que los nuevamente empleados tenian un semblante mas fiero y atraidorado que los antiguos.

— Manifestábase en mi semblante la compasion que oprimia mi corazon, y esto desagradó al municipal que me conducia. Para el oficio que exerceis, me dixo, me pareceis demasiado sensible. — ¿Y esto es por ventura un delito? — No, pero es reprehensible, y es una debilidad compadecer á los ene-

migos de la patria. — No me compadezco yo de este como tal, sino como hombre desventurado. — El se tiene la culpa. — Por lo mismo es mas digno de compasion. — Ademas, que se halla muy bien con su infortunio, pues no le ha hecho perder el apetito, ni el sueño. — La religion le alienta, y su inocencia le coasuela. — El municipal arrugó las cejas, y despues de un corto silencio me dixo: no me pareceis un gran republicano. — Pues creo que un republicano debe tener mas virtudes que otro alguno, y la humanidad me parece la primera. — ¿Pero no veis, pobre demonio, que todo eso es *moderantismo*? — Yo no sé lo que entendeis por *moderantismo*; pero si es lo mismo que *moderacion*, tendré siempre á mucha honra el poseer una qualidad, que hace mas amables las virtudes que uno tiene, y suple por las que le faltan. — Con tales principios jamas se hubiera

cimentado la libertad — Pero tampoco estaria inundado en sangre el pedestal de su estatua.

Hubieramos continuado nuestro diálogo, á no haber llegado á la puerta del rey que aun no estaba abierta, por no haber dormido S. M. en toda la noche. Clery se asomó á una re-xilla del postigo, y yo dirigiendo la palabra á este fiel criado le dixé: avise Vm. á Luis, que está aquí el practicante de su cirujano. Clery, á quien habia yo dado á entender mi desig-nio con una mirada, vino inmediata-mente á responderme, que seria reci-bido con mucho gusto del rey. Alzá-ron las barras, abriéron los pestillos de la puerta, y entré.

La presencia del municipal que me acompañaba, me impidió ofrecer al augusto preso los respetos de mi su-misa veneracion; pero si mi lengua es-taba enmudecida, me di á entender con las miradas. El rey las compren-

dió, y me pareció que leía en sus ojos enternecidos la satisfaccion que le causaba mi presencia.

Para acreditar que era un verdadero cirujano, pedí permiso para registrarle la boca.

Dixome entónces el municipal: en la ocasion presente puedo servirlos, porque soy boticario: si el señor, añadió señalando al rey, necesita algunos medicamentos, tengo la botica mejor surtida de Paris. En esto S. M. arrojó un grito dolorido, que me sugirió la idea de libertarnos de un testigo tan incómodo, haciendo uso de sus ofertas. Despues de haber visto las muelas al rey le dixi: no creo que sea absolutamente necesario sacar la que os incomoda, porque no está dañada, y en mi dictámen bastará un emoliente para quitar la hinchazon. Puesto que el ciudadano se ha servido ofrecer sus servicios, los accepto, y voy á poner una receta que se ser-

virá ir á preparar , y entretanto yo esperaré el efecto de ella , con tal que de este modo no me oponga á los decretos del consejo. Nada teneis que hacer con él , replicó el municipal , pues solo yo soy responsable de vuestra persona. Siendo así , repuse , á vos toca determinar , si merezco vuestra confianza. Mucho mas que pensais , me dixo : verdad es que no os tengo por un grande republicano ; pero el que se atreve á manifestarse así en esta torre y ante un individuo de la municipalidad del 10 de agosto , es un hombre de bien indudablemente. Os dexo pues aquí baxo palabra de honor , persuadido de que no daréis al señor malos consejos , aunque os compadezcáis de él ; y así escribid la receta , que estoy pronto á marchar.

Hízelo tan gozoso y aturdido , que apenas se podia leer. Garrapatos del antiguo estilo , dixo el boticario tomándola. ¿ Pues en que conoceis los

carácteres del nuevo? replicó el rey, que se habia puesto de buen humor con la condescendencia de aquel. Dícese comunmente que la medicina moderna no exíge que uno sepa leer, ni escribir; y esto no impide que sanen los enfermos. Ni que rebienten, dixo el municipal dexándonos.

Este hombre es grosero, dixo Clergy, pero tiene juicio y podriamos sacar partido de él.—¡Ay mi amado abate! exclamó el rey, dándome la mano que besé con respeto, ¡quanto he padecido desde nuestra última vista! ¡Con que ya se trastornó la antigua monarquía! ¡el gobierno que ha producido tantos reyes buenos y tan pocos malos, que ha hecho á tantos hombres felices, y tan pocos desventurados! ¡y en sus ruinas se funda una república! De este modo no es á mí solo, á quien arrojan del trono, sino á toda mi descendencia: despojan de todo á mi muger, á mis

hijos y á mi hermana, que ni aun tienen un asilo adonde acogerse, y pueden tenerse por dichosos en habitar una prision y existir en ella. Crueles son estos golpes. ¿No es así? Pero todavía hay otros mas fatales. Amigo mio, añadió este príncipe derramando lágrimas, me han separado de mi familia: mi infeliz muger, mis queridos hijos y mi hermana padecen separados de mí, y yo tambien padezco sin su vista. Apénas podemos hablarnos quatro palabras al tiempo de comer y un rato despues, pues siempre nos están acechando unos centinelas tan duros, tan mal criados y tan insensibles.... ¡Ah! estas gentes nunca han sido infelices. — Señor, convendrá que os quexeis á la convencion. — Pero esta me remitiria á la municipalidad. Clery tiene un criado muy fiel, que trae los diarios envueltos en ovillos de hilo, y por ellos veo los debates de la nueva asamblea.

¡Que hombres, que principios, que pasiones y que language! Acaso no faltan entre ellos hombres de talento y de virtud; ¡pero que débiles! ¡que desatinados! Sin duda van á perderse: sus contrarios groseros, feroces y audaces serán sus asesinos. Sí, amigo, serán degollados, y yo iré delante de ellos.—Desechad estos tristes vaticinios, señor.—Al contrario yo los fomento y los tengo presentes todos los dias. ¿Quién querrá vivir para ser testigo y juguete de tales atrocidades?— Señor, estas durarán poco tiempo: el uracan es terrible.— Sí, terrible, interrumpió el rey con acento de desesperacion, la tempestad aniquilará muchas cabezas, correrá mucha sangre....

Jamas habia sentido con mas viveza este desgraciado monarca el horror de su situacion. No traté de consolarle, porque su corazon lastimado no podia recibir entónces alivio algu-

no; y por tanto me contenté con acompañarle en su sentimiento, llorando con él amargamente. Clery contemplaba silenciosamente y en pié esta escena lastimosa. ¡Oh Providencia! Luis en un calabozo regaba con sus lágrimas la cadena regicida, y Robespierre y Orleans, sentados en soplidos ensangrentados, dictaban sus decretos soberbios á la nacion envilecida. De improviso reprimió su llanto el monarca, y levantándose con rostro sereno, me dixo tranquilamente: basta de gémidos, M. de Fermont; perdonadme este ímpetu que no he podido evitar: empleemos mejor el tiempo que nos proporciona la suerte.

Habiendo puesto Luis xvi. de centinela á Clery en la puerta interior del quarto, me abrió la de la torre-cilla, que le servia de gabinete. Sentado yo junto á un bufete en que escribia el rey, me dixo: quando reynaba soliais aconsejarme que mantuvie-

se con firmeza el peso de la corona; ahora que estoy aprisionado me aconsejaréis sin duda, que sufra el de mis desgracias con resignacion. Pues bien, mi querido abate, á pesar del enternecimiento que me ha excitado vuestra inesperada presencia, sabed que el cielo me ha concedido esta gracia. Exceptuando algunos males físicos, gozo de una perfecta salud: la tranquilidad de mi espíritu es inalterable, y quando leo las anécdotas que tratan de mí, se me figura que repaso una historia extraña. No puedo desear á mis amigos sueño mas pacífico, que el que disfruto todas las noches. A buen seguro que el de mis perseguidores será mas agitado; pues mientras le llaman en vano baxo los dorados techos del palacio de que me han desterrado, yo le gozo en medio de estas tristes paredes. Finalmente si padezco algunas inquietudes y pesares, solamente es por mi familia, cuya fu-

tura suerte me espanta. ¡Oh Dios mio! á vuestra sagrada proteccion la encomiendo; servid de padre á mis hijos quando yo cese de existir. Al decir esto levantó al cielo sus ojos, resplandecientes ya con la gloria de los justos, y despues volviéndolos á mí sosegadamente, se quedó por algunos minutos silencioso. — Si no me engaño, dixo otra vez, el instante fatal no está léjos: tienen jurada mi muerte y debo estar preparado para ello: á este fin os he llamado, para que me aconsejéis lo que debo hacer.

No se puede oír sin conmoverse, discurrir sobre la muerte á un hombre lleno de vida y robustez; y el religioso terror que excita una deliberacion tan importante, se aumenta en la boca de un rey. Contemplando ademas á este monarca, poco hacia el mas poderoso y respetable de la Europa, detenido ahora en los hierros de una opresion bárbara, y acechado

sin cesar por los ardientes ojos de la tiranía, ¡que cúmulo de reflexiones tan melancólicas pueden ofrecerse á la imaginacion!

Mucho antes de mi arresto, continuó Luis XVI., y mas aun pasado algun tiempo, un copioso número de plumas y de voces calumniadoras ha reunido contra mí las acusaciones mas odiosas, imputando á mala fé los errores procedidos de las circunstancias, excitando contra mí el aborrecimiento, quando debería inspirar tanta compasion, y pidiendo que se me castigue como delinqüente, quando deberían compadecerme como desdichado.

¿Que puedo yo oponer á estos clamores tan injustos? el silencio y mi corazon. Pero si una endeble voz no puede oirse en medio de la tempestad que truena al rededor de mí, debo al trono que la providencia me ha confiado, debo á mi hijo, y á mí mismo comportarme con decoro, apelan-

do al tribunal de la historia y de la posteridad. Los sediciosos pueden abrir mi sepulcro anticipadamente ; pero yo pondré encima de él este monumento.

Diciendo esto sacó el rey de su cartera un cartapacio que me entregó, y en cuya portada leí estas palabras : *Proyecto de mi testamento*. No es ahora tiempo , añadió , de examinarle : os le confío , y deseo que le registreis con toda la escrupulosidad de vuestra conciencia y de vuestras luces , poniendo al márgen vuestras observaciones. Tal vez otro acaso tan feliz como este , nos proporcionará la satisfaccion de vernos otra vez.

Manifestando al rey quan enternecido y honrado me dexaba su confianza , procuré lisongearle con algunas esperanzas , diciéndole : no hagamos tanta injuria á la humanidad , suponiendo que la convencion , esto es , la flor del patriotismo y del honor frances , siga las órdenes sanguinarias de

un partido. Ora consulte á sus propios principios, ora tenga que ceder á su interes, soy de dictámen que léjos de condenar á V. M., se declarará incompetente para juzgarle. La cabeza de la nacion solo es responsable á la nacion misma; pero como esta no puede formarse simultaneamente, corresponde este encargo á sus delegados. Veamos pues, qual es el poder de la convencion. Redúcese este, á reconocer, separar, contrapesar y organizar las autoridades públicas. Suponiendo que posea el poder constitutivo, se excluye de ella por consecuencia el poder judicial, puesto que la primera decreta solo sobre asuntos generales, y la segunda aplica á particulares casos las decisiones de la primera. He aquí unos principios de donde se deduce, que si intentan hacer causa á V. M. solo será ante un tribunal nacional; pero en este caso se opondrá á lo mismo el interes de los

que ahora gobiernan. Ya traten de consolidar la república que han establecido, ya tengan el designio de sustituir una nueva dinastía á la antigua, ¿como lograrán el consentimiento de la Francia, la adhesion de las potencias extranjeras, y la estimacion de toda la Europa, arrastrando al pie de un tribunal al que han arrojado del trono? Señor, en todas las circunstancias de mi vida he mantenido la franqueza de mi carácter y la independencia de mis opiniones: en los dias de vuestro mayor poder os respeté bastante para no adularos; en los de vuestra desgracia debo deciros igualmente la verdad. Ahora bien, señor, ¿podemos imaginarnos que la nacion mas apreciable del mundo, por ser la ménos servil, sufra que se someta á las humillaciones de una causa criminal, á los debates de una acusacion, á la necesidad de una defensa, y á la suerte arriesgada de un juicio,

un hombre que fué su rey? No. Por mas despreocupado que se haya hecho un pueblo, le es muy difícil contemplar sin sentimiento una cabeza privada de la corona. ¿Pues que seria, si esta misma cabeza, tanto mas infeliz quanto fué mas respetada, se viese en peligro baxo la espada de la ley? El instante mismo señalado para su caída, seria el de su triunfo: en el cadalso mismo se veria erigido un trono; una nueva diadema reemplazaria los instrumentos del suplicio, y los regicidas sacarian por fruto de su audacia criminal el horror, la vergüenza y el anonadamiento. Observad, señor, que estas ideas superficiales que solo indico, no llegan al fondo de la causa criminal que suponemos. Solo insinuo á V. M. algunas de las objeciones, que la opinion pública y aun la misma preocupacion oponen á vuestros enemigos. Repito de nuevo que vuestra vida les es necesaria; que su ma-

yor mal seria el que hiciesen á V. M., y que la cuchilla alzada sobre vuestra cabeza no acabaria de caer hasta cortar las suyas. Ojala, me respondió Luis, ojala se convenzan de estas verdades para usar de su triunfo con moderacion; pero á decir verdad, mientras vea entre los nuevos representantes los asesinos de setiembre, conservaré pocas esperanzas. No creais por esto que me falta valor, no: sabré sufrir con resignacion y morir como soberano.

Esta firmeza de ánimo, esta especie de heroismo, que las desgracias y el cautiverio diéron al débil Luis XVI., han sido muchas veces el objeto de mis reflexiones y el texto de mis comentarios. ¡Que contrariedad tan señalada, entre Luis reynante y Luis aprisionado! ¡Contraste singular! que burla todas las especulativas del corazon humano, y hace fallidas todas las probabilidades. Quando Luis XVI. era el primer monarca de la Europa,

lo podia todo y nada hizo; quando cesó su poder, empezó á pensar como hombre y á portarse como héroe. El peso de un cetro fué excesivo para sus débiles manos, y soportó noblemente sus cadenas. Sentado en el trono excitó mas de una vez el menosprecio; encadenado en una torre inspiró siempre respeto.

No es este el lugar oportuno de investigar las causas de estas maravillosas contrariedades, cuyo análisis necesitaria toda la sagacidad de una metafísica sutil. Sin embargo indicaré dos de ellas, la una nacida del corazón del rey, y la otra de su temperamento. Procedia la primera de una creencia sólida en la religion, que le hacia menospreciar las grandezas perecederas por aspirar á la inmortalidad; y la otra de un humor flemático, y de un espíritu indolente. Puesto por la fortuna en un teatro brillante, donde para hacerse notable es necesario obrar,

pero condenado por naturaleza á estar casi inmóvil, Luis vió levantarse y dar vueltas al rededor de sí el torbellino de los acontecimientos que debiera haber contenido, y al contrario se dexó arrebatarse de él: degradado y cautivo, dexando de ser ya el juguete de las circunstancias, encontró por la vez primera, sino el destino mas glorioso, por lo ménos la situacion que mas le acomodaba. No incomodaba ya á sus oidos el estrépito de las grandezas y el tumulto de las revoluciones, á las que sucedió un largo silencio.

En seguida de esta conversacion con el rey, me confió los entretenimientos en que pasaba sus ratos ociosos, diciéndome: antes que me hubiesen quitado mi familia, me divertia en pasearme con ellos: los juegos pueriles de mi hijo, la graciosa amabilidad de mi hija, la resignacion de mi hermana, la grandeza de ánimo, el ca-

rácter elevado y la varia instruccion de la reyna, me hacian olvidar la tristeza y peligro de mi situacion. A la sombra de unos grandes arboles que hermostean el jardin, cercado de los objetos que mas amaba, para que nada faltase á mi felicidad, hablabamos de cosas gratas á la memoria. ¡Recuerdos crueles, y al mismo tiempo halagüeños! Mi corazon solo os conserva, sin atreverse á confiarlos al labio. ¡Ah M. de Fermont, quanto daño me han hecho mis hermanos!... Detúvose Luis como sorprendido y espantado con esta exclamacion involuntaria, que se le escapó á pesar suyo, y luego añadió: ahora que no me permiten desahogarme con mi familia, procuro entretener el tiempo con la lectura, conociendo que el estudio suaviza todas las pesadumbres. La lectura de los viages me aleja del trato habitual de unos hombres á quienes amo, aunque me persiguen; me lle-

va con la imaginacion á las naciones que llamamos bárbaras, porque se acercan á la naturaleza, y que en mi entender dotadas de virtudes que no ha alterado la cortesanía, cumplen sin trabajo con todas las obligaciones anexas al hombre. En aquellas poblaciones felices, favorecidas con un clima apacible, con un terreno templado y abundante de los frutos mas apetecibles, vive y reposa la libertad que no sirve de pretexto al latrocinio; la igualdad, con cuya máscara no se disfraza la anarquía; y la fraternidad, que reúne, no en medio de lanzas amenazadoras, sino baxo una guirnalda de flores, los pechos nacidos para amarse. Por lo que hace á la historia, me instruye igualmente en los arcanos de los gabinetes, y en los secretos profundos del corazon humano. Ya veo las naciones postradas silenciosamente baxo el azote sangriento de un Domiciano; ya una muchedumbre enloquecida y albo-

rotada á la voz de Mazaniello ; en otra parte se me representan millares de soldados degollados por el hierro de los sarracenos ; mas allá un tropel de gentes ciegas , engañadas y mutiladas por ministros fanáticos y supersticiosos ; en todas partes los pueblos miserables juguetes del despotismo de los reyes , del orgullo de los sediciosos , de la ambicion de los conquistadores. ¡ Oh Dios ! ¿ habeis criado al hombre y permitido la institucion de la sociedad civil , para hacerle presa de unas pasiones desenfrenadas ?

Continuando Luis xvi. esta conversacion , me manifestó un tesoro de noticias reservadas en su memoria , que inspiraban á su imaginacion las ideas mas lisongeras , y á su juicio las reflexiones mas sensatas. Entónces conocí , que si una educacion viciosa , como la que generalmente se da á los príncipes , no habia disipado enteramente el origen de sus virtudes y de

su talento, habia sin embargo desarrollado las calidades que le fueron dañosas y causaron su pérdida, á saber la timidez y la debilidad. Luis XVI. incapaz de ser un rey malo, como tampoco un gran soberano, hubiera podido dar el exemplo demasiado raro, de un monarca virtuoso é instruido.

En esta conferencia supe tambien que se ocupaba en traducir del ingles el último viage de Cook, que no estaba traducido en nuestro idioma. Pero no era esta la única obra en que el rey se habia ocupado: instruido profundamente en la geografia, habia reducido á sistema regular el *tratado de los Rios*, cuya descripcion y nomenclatura habia ideado Luis XV. Finalmente, por esta aplicacion continua al estudio se echaba de ver, que si Luis volvia de quando en quando su atencion á las grandezas pasadas, consintiendo en que se le recuperasen, era ménos por su deseo y pesar



de la perdida de ellas, que por condescendencia con la reyna y afecto á sus hijos.

Hacia ya mas de una hora que nos habia dexado solos el oficial de la municipalidad, y que el rey estaba conversando familiarmente conmigo, quando entró en el quarto su familia, á quien miré con enternecimiento, y ella se me mostró regocijada en verme de nuevo. Las princesas, vestidas con la mayor sencillez y decencia, tenían cubierta la cabeza con pañuelos de muselina, refaxados como un turbante, y anudados á un lado. El retiro habia hermo세ado la mas jóven, que tenia unas facciones bellas y nobles, y una tez blanca y sumamente fina. La tranquilidad estaba retratada en el semblante de Isabel, al paso que en el de la reyna, arrugada ya por los pesares, se descubria la violencia de una alma atormentada con los trabajos y la meditacion. Por lo

que hace al príncipe, aumentaba el interés de este tierno quadro con su ingenua y candorosa sonrisa, rubio cabello, sencillez y viveza en sus acciones. Advertíase un contraste lastimoso entre la impetuosa seguridad del tierno príncipe, que jugaba con sus cadenas, como si fueran dices, y la gravedad altanera de la reyna que reprimía sus lágrimas, y rechazaba con fiero disimulo los insultos de sus verdugos.

La reyna y su cuñada sabian todos los dias los progresos de la conspiracion, porque Toulan, que seguia sirviendo su empleo de comisario municipal, les daba cuenta exâcta de ello. Su explosion y el éxito que tendria, inquietaban mucho á Isabel, como tambien á la reyna, aunque sin intimidarla; pues siempre encontraba en su grande espíritu recursos contra las desgracias, y al mismo tiempo sabia inspirar al rey una confianza, que

ella misma no tenia tal vez. En suma podemos decir, que ella sola comunicaba vida y movimiento á los personajes débiles y honrados que la cercaban.

Estabamos entónces tratando asuntos demasiado importantes, para que me viniese á la idea mezclar con ellos el nombre de Edwino: la reyna fué quien se acordó de él la primera, y supo con satisfaccion, que habia hallado medio de llegar hasta el quarto del rey. Al oír el nombre de mi alumno el jóven Carlos, dexando un castillo de naipes que estaba haciendo, corrió á preguntarme, si veria aquel dia á su *buen amigo*. A lo que respondí, que era muy regular. Siendo así, me dixo, me alegraré mucho; pero no faltará quien se alegre mas que yo, añadió mirando á su hermana con graciosa sonrisa. Estas pocas palabras, que hicieron sonrojar á María Teresa, me diéron á entender que Fitz-Asland

no suspiraba inútilmente, y que á pesar de la distancia de lugares y gerarquías, el amor que se burla de los obstáculos y cerrojos, se habia hecho entender por medio del telégrafo y de la óptica. Hallándose las cosas en este estado, me pareció conveniente abandonarlas al acaso, no queriendo por un rigor tal vez laudable en sí, pero inoportuno en las circunstancias, apretar mas el nudo á las ligaduras de los presos.

La fortuna que habia comenzado á serles favorable continuaba del mismo modo. A la hora indicada Fitz-Asland vino á reemplazar al centinela de la pueria exterior, y por un agujero de la reja tuvo la honra de besar la mano al rey, á su hijo y á las princesas. Manifestáronle SS. MM. el gusto que recibian de verle, y le hicieron varias preguntas, á que respondió con discrecion, pero sin la viveza que tuvo en la primera confe-

rencia. Luis le habló particularmente sobre la mecánica, de que tenia este príncipe un gran conocimiento; aprobó los ensayos que mi alumno habia hecho en esta ciencia en utilidad suya, y le prometió una digna recompensa para en adelante. Durante este coloquio, interrumpido continuamente por la reyna con preguntas ajenas de él y relativas á la opinion de las gentes en óden á ella, estaba yo observando á la princesita, que sumergida en un silencio pudoroso, no perdía una palabra, un ademan, ni una mirada de su amante. Este contento con hablar delante de ella, no desperdiciaba ninguna de sus prendas, y para darlas mejor á conocer, sobrevino un accidente tan favorable como imprevisto.

Un ruido que oimos en las rejas de afuera, nos hizo creer que volvia el boticario municipal. Retiráronse los presos al medio del quarto, y Edwi-

no , apoyado en su fusil , se puso á silvar ; pero todas estas precauciones nos parecieron inútiles , viendo entrar á Toulan. Dixo este al rey , que su compañero preparando el medicamento de mi receta se habia quedado sin sentido sofocado con el humo del carbon. Que agravándose este accidente se habia dado parte al consejo , quien eligió á Toulan en lugar de aquel para tener cuidado de los presos y de mí. Dexo á vuestra consideracion el regocijo que nos causaria esta noticia.

Quando entró Toulan , habia quedado entreabierta la puerta primera del aposento del rey : mandó al carcelero que se retirase , puso á Clery de centinela en la segunda puerta y mandó entrar á Fitz-Asland. Esta reunion de circunstancias favorables y de vasallos fieles enternecieron vivamente á la familia real : hubo algunos minutos de silencio , durante el qual recompensó aquella nuestro zelo con lá-

grimas y palabras interrumpidas, pero enérgicas, con que respira y se desahoga una alma afectuosa.

Queriendo economizar los favores de la fortuna, hicimos una breve reseña de los sucesos acontecidos hacia quatro años, y particularmente de los mas modernos, que habian acarreado tantas desgracias á la familia real. Examinamos su actual situacion: despues recapitulando los recursos que le quedaban, comparados con las necesidades y los peligros que le amenazaban, llegamos á la cuestión siguiente: ¿Que uso se debia hacer de los primeros para evitar los segundos? en una palabra, ¿de que modo y con que señal se daría principio á la conjuracion?

En estos debates en que se ventila la libertad, el honor y la vida, largo tiempo agitados por los contrarios vientos de todas las pasiones desenfrenadas; en estos instantes decisivos, en que se trata de salvar de un

proxímo naufragio al inocente, los espíritus reconcentrados en sí mismos con el terror del peligro, están en una continua reaccion, y se explayan con la perspectiva futura del vencimiento. Esta es la ocasion propia para sondear los arcanos del corazon humano; porque entónces la naturaleza libre de las trabas políticas que se honran con el nombre de decoro, se muestra con toda su genial franqueza, y se la sorprende, por decirlo así, en sus mismas operaciones.

En iguales circunstancias, pude penetrar á fondo el corazon del rey y de su esposa: conformes los dos en el mismo designio, solo discrepaban en los medios y en la época de la execucion. Luis se inclinaba á los mas benignos, y queria diferir aquella para el momento en que su causa tomase mal aspecto: la reyna estaba determinada á señalar el restablecimiento político de su casa con he-

chos severos , descargando algunos golpes sangrientos. Mi adhesion á este partido , dixo la misma , no procede de pura venganza , sino de prudencia y necesidad. Si me dexase llevar de mi encono , pagando con justas represalias los tormentos que padezco , aniquilaria á esos reptiles ponzoñosos que nos los ocasionan. Una razon serena, un cálculo seguro , me han hecho ver que la ruina de los caudillos arrastra consigo la de sus partidarios : mueran pues estos gefes , á fin de que podamos nosotros vivir , y para que así expien sus delitos afianzando tambien nuestra seguridad : con este rigor oportuno se adquiere un soberano el poder de ser justo y el derecho de ser clemente. Por lo que hace al dia que va á decidir , si volverá la Francia á someterse al yugo antiguo de sus reyes ; quando mas le apresuréis, mas inutilizaréis el esfuerzo de los facciosos. No permitais que estos den á

la Europa el escándalo de un juicio entablado contra mi esposo: importa mucho no borrar jamas de la memoria de los pueblos la persuasion útil de que el poder de los reyes dimana de Dios, y que solo á él son responsables de su conducta ¡Ah! si Luis XVI. ménos dócil al influxo de la nueva filosofía que ha dexado correr sin estimarla; si Luis XVI. hubiera apoyado con la fuerza aquella máxima que afianza los tronos, no nos veriamos hoy en la necesidad de idear medios para recuperar la corona que hemos perdido.

La discusion se dilató mas tiempo, sin hacerse por esto mas importante, resultando de ella, que ni adoptamos la ligereza de la reyna, ni las dilaciones del rey, limitándonos á hacer nueva reseña de nuestras fuerzas comparándolas con las del enemigo, para sorprenderle en el día del ataque. Determinamos tambien que Toulan pre-

sentase de allí á dos dias al rey por escrito el plan de la execucion, y que al pie pusiese S. M. su poder especial.

Arreglado así todo, dixo el rey: ya nos hemos ocupado bastante en mis cosas; entreguémonos ahora al desahogo que proporciona la amistad. Decidme, ¿no debo estar sumamente agradecido á la Providencia, que me ha deparado tantas satisfacciones por esta parte, al mismo tiempo que me despoja de mi poder fastuoso? Véome privado del cetro y de la corte; pero nunca he estado mas gozoso en el seno de mi familia, que recompensa mi ternura, haciéndome olvidar mis infortunios.

En seguida se acercáron las princesas á la ventana y formáron corro. Ocupadas las tres en bordar disipaban el tedio inseparable de la grandeza, con el entretenimiento de un honesto trabajo. Sobre una mesa, en que solia escribir Clery algunas ma-

ximas morales para el príncipe *extendió el rey el mapa de Francia, y cubriéndole con papel blanco, mandó á su hijo, que practicase las lecciones de geografía que le enseñaba, dando pruebas con esto de su docilidad.* Decid tambien de mi agradecimiento, amado padre, añadió el príncipe: y luego se puso á delinear con ligereza y exâctitud las divisiones, el nombre de cada departamento y de cada distrito, el curso de los rios, y las montañas mas notables.

A la leccion de geografía siguió otra de historia, en que exercitaba Luis la memoria y el talento de su hijo, especialmente con sucesos de revoluciones. Habia hecho el rey un extracto sucinto, pero bastante puntual, de los mejores autores antiguos y modernos; y este dia trataron el augusto maestro y su discipulo de la revolucion que arrojó del trono al famoso Dionisio, quien armado de una pal-

meta en vez de cetro, se ocupaba en enseñar á muchachos en lugar de gobernar vasallos. Era bien conocida la alusion, y el rey se la hizo entender mas de intento á su hijo. Ya ves, Carlitos, le dixo, que no soy el único monarca destronado, que temple el rigor de su desgracia con el estudio. Dionisio enseñaba á leer... ¿Y enseñaba á sus hijos? preguntó el príncipe con una mirada y un acento tan tierno, que las princesas suspendieron áun tiempo su trabajo, y María Teresa corrió á estrechar á su hermano en los brazos del monarca enternecido. Esta escena sencilla y tierna excitó á un tiempo nuestro gozo y sentimiento.

Acabóse la conferencia con un rato de música. Edwino, sin haberme prevenido, habia adaptado á la música de un romance conocido la letra siguiente, que cantó dignándose acompañarle la reyna con el piano;

En este umbroso bosque

La tierna tortolilla

De en rama en rama salta

Doliente y abatida.

De amor sentidos ayes

A su consorte envia;

Y el eco así repite

Sus quejas expresivas:

Unidos nuestros pechos

Felices ser podrian,

Gozando en paz dichosa

Mil plácidas caricias.

Mas si de aquí distante

Mi ardiente amor esquivas,

¿Qual otra, dí, volverte

Podrá tan firme dicha?

Escucha mis gemidos;

Qual yo tierno suspira;

Y fino corresponde,

Y torna á tu querida.

NOCHE SEPTIMA.

Ocho dias despues de aquella conversacion , que participamos Toulan y yo á los que dirigian la conjuracion , recibí una esquila de Manuel , en que me informaba , que al dia siguiente la convencion nacional , reunida en una junta de comision general y secreta , iba á ventilar con toda madurez la suerte de Luis XVI. Acompañaba á dicha esquila una licencia para poder entrar en la sala de juntas : Acabada ya mi comision chîrúrgica , no hubo otro conducto para avisar al rey este nuevo incidente , que por medio del telégrafo.

Si se hubiese hecho pública esta sesion de la asociacion mas poderosa , que hubo jamas en Europa , hubiera bastado para fixar la opinion acerca de sus mas notables individuos. Libres

estos de la vigilancia de los tribunos, los vi abandonarse sin reserva alguna á la pasion que los dominava. Qual se entregaba al fanatismo político; qual á una exâgeracion revolucionaria; este buscaba los aplausos; el otro manifestaba toda la astucia del engaño; algunos iban tras el amor de la gloria; otros tras los honores supremos; el número mayor se dexaba llevar del ímpetu de un patriotismo, respetable en su origen, terrible en sus choques y pernicioso en sus resultados. Voy á bosquejar, en quanto me lo permita la memoria, las cosas mas notables de esta escena verdaderamente teatral, y de la mayor importancia por los actores que la representaban, por la cuestión que en ella se ventiló, por el acaloraminto de los debates, y por el influxo que ha tenido en el destino del rey, de la Francia, de la Europa y de todo el mundo.

Luego que entré ví, que Gense-

mé era presidente ; el lado izquierdo, llamado *la Montaña*, estaba lleno de arriba á abaxo ; en el centro habia bastante gente , y á la derecha casi nadie. Barrere estaba subido en la tribuna ; reynaba un gran silencio , y todos escuchaban con interes á este diestro orador , cuyo talento flexible parecia que se acomodaba á todas las voluntades y opiniones. Cada qual escuchándolo , se imaginaba oir la expresion de su propio pensamiento , y en este concepto reunia todos los votos.

En el órden moral , decia Barrere , hay ciertas verdades matemáticas en que todos convienen , así como todos admiten los hechos incontestables de la física. Pregúntese á cada uno de nosotros , que figura tiene el sol , y responderémos á una voz , que redonda. Pregúntesenos tambien sobre los bienes de la esclavitud y males de la libertad , y nos parecerán estos preferibles á aquéllos ; porque siendo po-

co numerosos unos y otros, queremos naturalmente la mayor suma de bienes, de la qual solo hay que separar una cantidad pequeña de males.

Pero quando vengamos á los medios de formar la mayor suma de estos bienes y la segregacion mas considerable de estos males, entónces falta la unanimidad, el problema divide las opiniones, y los debates comienzan.

Tal seria el punto en que nos hallariamos, sino nos reuniese el interes comun de la patria. ¿Quien de vosotros pondria en cuestión la libertad de ella?

Dos opiniones principales y al parecer irreconciliables dividen la convencion. Los partidarios de la primera se imaginan, que interesa á la gloria de este pais y á la justicia de la asamblea, citar ante el tribunal de la opinion un mortal que fué rey. Los que siguen la segunda, contemplan

tan sólido al nuevo gobierno , que les parece inútil para añanzarle la humillacion de un monarca , y aun creen que las naciones confederadas solo esperan este pretexto á falta de justo motivo, para armar contra nosotros á los pueblos preocupados. Cada uno pues halla en su patriotismo y en su conciencia la causa y el apoyo de su dictámen; y así cada qual debe felicitar al que le parece mas opuesto á su parecer, puesto que abrazando á un adversario , puede estrechar á un verdadero republicano.

Tras esta reunion fraternal , que reconcentra en un punto los corazones destinados á fundar la libertad , ¿excitaréis todavía una cuestión , cuyo interes particular debe envolverse y sepultarse en el interes general? ¿Que importa al bien de la república , que Luis duerma en un salon de las Tuillerías ó en la torre del Temple? ¿Por ventura valen mas su existencia moral

y su muerte política, que el tiempo que emplean los republicanos en ventilar aquellas? Dexad dormir al hombre arrojado del trono, ó mas bien desembarazad el suelo de la libertad de los escombros de este mismo trono, quiero decir, de las instituciones monárquicas; póngase en circulacion la sangre del cuerpo social extenuado, y de este modo se establecerá solidamente la república.

¿Es este, exclamó Danton sin dexar su puesto, es este el language fiero y enérgico de un amigo de la libertad, ó el de un vil partidario de la tiranía? Aprobar todas las opiniones, ó despreciarlas todas, es no hacer nada. La sangre me hierve, quando oigo tratar de indiferente el medio que proponemos. ¡Indiferente, gran Dios! Sí, lo será para los que lisongean, igualmente á la república que á la soberanía, así como los que pasan de los brazos de una cortesana á los

de otra. Pero nosotros pontífices de la igualdad, aunque nos traten de Druidas, le juramos un sacrificio digno de ella; y si vuestro patriotismo volátil no se hubiese evaporado el día en que hicisteis un esfuerzo para proclamar á la república, la cabeza del tirano hubiera rodado á nuestros pies y su sangre hubiera teñido la toga de los legisladores; pero entretanto que llega esta hora, empiece su causa criminal.

Sí, continuó Robespierre que habia subido á la tribuna, empiece su causa; veamos en un banquillo al que se sentaba en un trono, y padezca la soberanía la humillacion de ser acusada en la persona de Luis. Pero guardémonos de un acaloramiento, que suele ser sumamente dañoso quando sale de la imaginacion exáltada, y no del corazon sereno; pues son tan terribles los ardores del estío que agostan la vegetacion, como los hielos del norte que desecan el jugo nutritivo. ¿Por-

que nos hablan de cortar cabezas, de verter sangre? ¿Porque nos pintan á la libertad armada de un puñal? Esta hiere sin duda, pero quando la ley dirige sus golpes; mata, pero no asesina: Demos un carácter solemne al juicio del rey: comparezca delante de vosotros que representais á la nacion. Como ella, sed desapasionados; mirad solo á la patria, y mas que á esta á la justicia.

Robespierre, dixo Saint-Just, ha presentado en pocas palabras los principios de la politica, las reglas de la moral, y la teórica de las revoluciones. Legisladores, solo tengo que añadir una palabra: la patria se engaña á veces por zelo y á veces por intereses; la justicia inflexible, no comete errores, y en caso de cometerlos los enmienda. Juzgad pues al rey, y la justicia os dirá, si se le ha de absolver ó condenar.

Otros oradores hablaron despues de

estos, variando solo en algunas circunstancias; y así todos votaron por la misma opinion. Hasta entónces ninguno se habia opuesto, y ya me pareció que *la montaña* victoriosa conseguia el decreto sin discusion. Ya asomaba en el semblante de casi todos sus individuos la sonrisa del vencimiento, quando Vergniaud sube á la tribuna, y con una voz penetrante y sonora explica su dictámen con estas palabras: busco entre vosotros legisladores y no hallo mas que amotinados.... Al decir esto suena en *la montaña* un sordo murmullo; el orador le desprecia y sigue. No diré como Barrere, que nos debe ser indiferente la suerte del preso. ¿Y porque? ¿acaso por haber sido rey ha dexado de ser hombre? ¿no padece? ¿será un delito el compadecerle? atreveos á echarmelo en cara.... Los clamores de las víctimas de setiembre os impondrán silencio. Centenares de gritos se oyen

En un tiempo en diversos puntos de la sala: unos dicen; *silencio, silencio*: otros á la abadía con él. — *Abaxo Vergniaud, que es un realista* — *Dexad hablar al estadista* — *Dexad cantar al canario de la Gironda*. El presidente repiquetea la campanilla, y Marat escalando la tribuna grita así: en honor de la asamblea pido que se prohiba hablar á Vergniaud: en honor de Vergniaud, responde este, pido que se apruebe la propuesta de Marat. Crece el ruido, el tumulto se aumenta: treinta individuos de *la montaña* por un lado y veinte diputados por el otro saltan á la tribuna, y hablan todos á un tiempo. Algunos gritos agudos penetran por esta confusa vocería, que no dexa oír el repiqueteo de la campanilla: en todos los semblantes se pintan las pasiones desenfrenadas con caracteres espantosos. Danton parece agigantado, pálido Robespierre, y Orleans encendido. Marat envuelto en un

sucio ropage está desasosegado en la tribuna, pateando y dando manotadas, mientras que Vergniaud con rostro sereno y sonrisa desdeñosa espera el momento favorable, para lanzar á sus viles antagonistas los victoriosos dardos de su eloqüencia.

Llega por fin el instante favorable, y aprovechándose de él, exclama el orador: ¡Que gozoso estaria yo con las armas que vosotros mismos me suministráis, si esta lid no fuese tan sangrienta para la patria! ¿Que es esto? ¿Pretendeis gobernar imperios, y no sabeis moderar vuestras pasiones? ¿Queréis ser libres, no sabiendo ser justos? ¿Queréis dictar leyes al mundo, no sabiendo arreglar vuestros deseos? ¿Que espectáculo ofreceis á mis ojos espantados? Los gladiadores á pesar de su ferocidad se limitaban á defender su vida, y vosotros os disputais la de un semejante ¿No os han saciado de sangre los bárbaros asesinatos de se-

tiembre? En vano para disculpar la sed sangrienta que os devora, decís que es sangre de un rey. A esto os respondo, que ese rey es hombre, y que si tocáis á su cabeza, millares de ellas serán cortadas despues de la suya. Veo la cuchilla en las manos de Cromwel, y no queriendo que tenga el *pretendiente* un sucesor real, insisto en que no sea juzgado Carlos I. Que diga, á quien llama Cromwel. Me engaño, replicó Vergniaud, honrando con tal nombre al cobarde, ó bellaco que aspira á ocupar su lugar. Cromwel no estaba estragado por los vicios, ni corria desde las casas de dissolution á encenagarse en la sangre de los asesinatos. Cromwel, dotado de un talento extenso y poderoso, sabia amoldar un reyno y fundar á su arbitrio una república; pero el sugeto de quien hablo, y cuyo nombre reservo, no sabe mas que destruir, y le comparo al genio del mal que ha salido del in-

fierno á infestar el mundo. ¡ Virtud angélica ! ¿ no nos enviarás otro espíritu benigno que le arranque su poder ?

Vergniaud , y con el un gran número de diputados , probáron que el proceso intentado contra el rey era injusto é impolítico al mismo tiempo. Finalmente me dilataria demasiado si me detuviese en referir todos los discursos que se pronunciáron repentinamente en aquella sesion , digna de memoria , y por desgracia condenada al olvido. Hiciéronse en ella las propuestas mas extraordinarias para desviar los espíritus del objeto principal : allí escuché proposiciones feroces y réplicas eloqüentes ; expresiones llenas de furor ó grosería y arengas cultas , discretas y enérgicas. En fin tras ocho horas de un combate terrible , en que el crimen osado combatia con fuerzas superiores á la eloqüente , pero débil virtud , se decretó llevar á la convencion nacional la propuesta de juzgar á Luis XVI.

Conthon, de quien no he hablado, pero que desde luego me pareció uno de los mas sanguinarios, aunque ocultaba sus inclinaciones feroces con el disfraz de la modestia, se encargó de extender el discurso, y de presentarle inmediatamente.

Aquella misma noche participó mi alumno al rey el resultado de la junta convencional, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes, que el monarca le comunicó en estos términos, poco mas ó ménos.

La demasiada precipitacion puede malograrlo todo en vez de salvarnos: aunque creo la noticia que me comunicais, sin embargo no recelo funestas conseqüencias. No tendrán mis enemigos tanta osadía: esperemos un poco.

Contrario á este fue el parecer de la reyna, informada de todo por Toulan, con quien se explicó así: no hay que perder mas tiempo; harto se ha

desperdiciado hasta ahora. Si damos lugar á que se forme causa al rey, es inevitable su muerte, y todos nos perdemos. Nuestros enemigos son unos tigres que nos acusarán aun de sus propios delitos: castigemos los que han cometido ya, y evitemos los que pudieran cometer en adelante. Prepárese todo para de aquí á dos dias: reunid los nobles descontentos, los eclesiásticos desposeidos de sus beneficios, los magistrados envilecidos, los hacendados recelosos, los negociantes, y en fin quantos tengan que perder por el nuevo sistema. Asegurad el influxo de los agentes extrangeros, uniformando tambien las opiniones de todos con un juramento, y estimulando su interes con lisongeras promesas. No confieis lo arduo de la empresa sino á los mas adictos, esto es, á los que van á perderlo ó á ganarlo todo. Paréceme que apuntan bien vuestras baterías; pero el acierto consiste en el modo de ma-

nejarlás, y entónce formarémos juicio. Sobre todo repito, que de aquí á dos dias, ó volvamos á ocupar el trono, ó nuestros cadáveres ensangrentados sacien el furor de esos verdugos. Admirado Toulan de la heroyca resolucion de la reyna, prometió corresponder fielmente á su confianza.

Efectivamente el enardecimiento de S. M. quadraba muy bien con el de este jóven, que no hallaba otro obstáculo para el buen éxito de la empresa, sino la indecision del rey; pero la reyna se ofreció á vencerla, diciendo: la extremada bondad de mi esposo raya en flaqueza, pero á pesar suyo le salvarémos.

Empleóse el resto del dia en citar á los caudillos de la conspiracion para una junta general, que habia de tenerse la noche siguiente en la isla de los cisnes.

A eso de media noche salimos de casa Edwino y yo muy embozados y

con sombreros alicaidos. Pasaba esto, como os he dicho ya, en el mes de diciembre: el cielo encapotado lanzaba sobre nosotros una copiosa nevada que llevaba de un lado á otro en espesos remolinos el helado tramontana. A costa de muchos rodeos evitamos el encuentro de las patrullas, el paso por los cuerpos de guardia, y la visita de los registros. Atravesando el campo de Marte, llegamos á la orilla del Sena, donde estuvimos aguardando un rato; hasta que, precedida la seña en que nos habíamos convenido, oímos el rumor de un barquichuelo que venia hacia nosotros cortando las olas. Entramos en él, y el barquero nos pasó silenciosamente á la orilla opuesta, en donde nos recibieron y abrazaron cinco sujetos: exáminoles á la escasa vislumbre que reflexaba la nieve, y no puedo conocerlos; busco á Toulan; le llamo y doy el santo que era: *Valor, fidelidad*, y léjos de responderme, mí-

ránse unos á otros, se retiran y se hablan con misterio. Empiezo entónces á recelar algun engaño: Edwino teme lo mismo y debaxo de la capa prepara sus pistolas. Finalmente el mas pequeño de los cinco sugetos referidos se me acerca, me quita el embozo, y mirandome atentamente pregunta si soy *el abate Sieyes*. ¡El abate Sieyes! exclamé sorprendido. ¿Por ventura sois vos?::: Nada temais, me dice, soy Dumouriez. General, le repliqué, no quiero abusar de vuestra indiscrecion involuntaria; en retorno de ella, voy á confiaros mi nombre. No hablais con Sieyes, sino con el abate Fermont. No sé si Dumouriez me conocia, ó si la sorpresa le hizo olvidar mi nombre, y aun mi existencia; pero lo cierto es que para hacerme entender de él, tuve que referirle brevemente qual era mi designio, quales mis pensamientos en órden al rey, y los pasos que habia dado para libertarle. Aca-

so me tendréis por imprudente en haber revelado á semejante hombre un secreto tan importante; pero á mas de repugniarme un largo disimulo, sobre todo quando me sorprenden, juzgué de pronto que me podia ser muy útil este general á vista de la opinion que habia manifestado al rey de Prusia en favor del de Francia. Por otra parte me constaba, asi por la relacion del mensajero enviado á Federico Guillermo, como por varias conuersaciones que habia yo tenido con él, que Dumouriez demasiado imprudente para caudillo de una conjuracion, queria ser tenido por cabeza de partido, aunque le faltaba la habilidad adecuada á esta empresa; no porque careciese de talento, sino por la diferencia tan grande que hay entre las maquinaciones del gabinete y la trama complicadísima de una conspiracion. E escuchóme Dumouriez muy atentamente, guardando bastante entereza en esta ocasion, m

habló del siguiente modo. Señor abate, en retorno de vuestra confianza, voy á haceros depositario de la mia. Aunque no me ha traído á este sitio el mismo objeto que á vos, con todo no son contradictorias nuestras miras, y creo que podeis muy bien cooperar á mi designio. Acaba de entablarse nuevamente por intervencion del rey de Prusia, á solicitud mia, el proyecto que desbarató el enviado particular de Luis XVI., y se reduce á disipar la anarquía, colocando en el trono frances á un descendiente de Henrique IV. que sea tan formidable en la guerra como sabio y prudente en tiempos pacíficos. Yo, como autor del plan, estoy encargado de asentar sus bases, y de elegir los medios de la execucion; y no pudiendo presentarme en Paris hasta nueva orden, avisé á Sieyes para que se viese aquí conmigo, á fin de ventilar ciertos puntos en que le considero impuesto. Esta cita ha cho-

cado, por decirlo así, con la vuestra, ocasionando una mutua equivocacion; pero no me pesa, puesto que podemos sernos útiles uno á otro.

El general pasó luego á descifrar-me los pormenores de su proyecto, que admitido igualmente por las potencias en cuyo nombre trataba, venia á reducirse á manejar con destreza todos los partidos, á transigir con sus principales gefes ó cabezas, á superar indirectamente los obstáculos, y á reunir mañosamente todas las opiniones en favor de su protegido.

Ofrecia sin duda este plan muchos beneficios, siendo el principal de ellos la extincion de la hoguera revolucionaria, y el oponer un dique á la sangrienta inundacion que amenazaba á la nueva república. ¿Mas por ventura se habian previsto todos los obstáculos? Y en caso de ser así, tendrian bastante fuerza los muelles destinados á contrastar la resistencia? ¿De que

modo podria persuadirse al duque de Orleans, que era incapaz para reynar, y á sus amigos, que no eran á proposito para embaxadores, generales ó ministros? A estas dificultades respondió Dumouriez, que los ducados de Berlin y las guineas inglesas lo allanarian todo. En hora buena, repliqué: pero ¿acaso se comprará con oro el consentimiento del rey? y aun dando por sentado que acceda á abdicar por sí, ¿lo hará tambien por su hijo? ¿querrá sacrificar el derecho de sus descendientes en linea recta á la ambicion de los parientes colaterales? ¿Y como se vencerá la indomable entereza de la reyna que no halla medio entre el cadalso y el trono? En esto, repuso Dumouriez, podeis ser sumamente útil al rey vuestro amigo, y al duque de Chartres que os dará pruebas de su estimacion. Combatid la conciencia y el carácter de Luis XVI. con las armas que os suministran la religion y las

circunstancias. Si no nos engañan los informes de vuestros agentes, va luego á formarse causa al rey, y en este caso, ¿quien no echará de ver las funestas resultas, que pueden seguirse de un negocio tan semejante en todas sus circunstancias al de Cárlos Estuardo? ¿No ha dicho Danton en plena asamblea, que á los monarcas se les debe descargar el golpe en la cabeza? Esto es lo que conviene avisar al rey; esto lo que debe hacersele temer, proponiéndole un remedio á mal tamaño; remedio, añadió Dumouriez, con enardecimiento, seguro é infalible, y es el siguiente: que renuncie en favor del duque de Chartres el derecho que tiene á la corona, y le aseguro la vida, y la de su familia, su libertad y un retiro tan honroso como tranquilo. Por muy indigna y perjudicial que me pareciese esta propuesta, no tuve por conveniente el contradecirla. Finalmente el general negociador, des-

pues de haber aguardado largo tiempo á Sieyes que no pareció, se separó de mí con la esperanza de que le daría una respuesta pronta y favorable, á cuyo fin me encargó la direccion de ella á Passy baxo un nombre supuesto.

Estimo sobremanera al rey, me dixo Edwino, por sus virtudes y genial bondad; sabeis quanto amo á su adorable hija; y con todo no quisiera verlos libres á tanta costa. Espero pues mi querido maestro, que ni aun daréis parte á los presos de tan indignas condiciones.

Aseguré en esta parte á mi alumno, cuyo pundonor templó de algun modo el dolor que me causaba la humillacion del monarca, respecto de quien todos se contemplaban con derecho, ó para pedir su muerte, ó para poner en venta su vida.

Era ya muy entrada la noche, y no parecian los sugetos citados que esperabamos. El barquero que nos ha-

bia pasado el rio, se fué á conducir á Dumouriez y á sus compañeros, entre quienes es de creer se hallase el primogénito de Orleans. No sabiendo pues en que emplear el tiempo, que se hacia mas largo con el frio y la oscuridad, nos dimos á reconocer la isleta en que nos hallabamos. Apenas hubimos andado unos cien pasos, quando nos detuvo un centinela preguntando en voz alta, *¿quien vive?* Al pronto no supe que decir; pero ocurriéndome que podria ser Toulan, ó alguno de su bando, respondí: *Valor*; y me correspondieron con la palabra de *Fidelidad*. En seguida nos conduxo el centinela hasta la entrada de un subterráneo, y abriendo una trampa que le cubria nos introduxo en una estancia alumbrada por una triste lámpara.

Aquí estaba reunida la junta, de cuyos individuos me habia separado la poca exâctitud con que se diéron

las señales. Parecióme conveniente callar el encuentro que habia tenido: Toulan que acababa de manifestar á la junta el estado de las cosas, y el deseo de SS. MM. propuso que se tomase juramento á todos los individuos reunidos, quienes tuviéron á bien nombrarme para que se le recibiese. Entónces cada qual arrodillado delante de una mesa que servia de altar, y puesta la mano sobre los evangelios, juró *emplear todas sus fuerzas físicas é intelectuales en la restauracion de la monarquía, en el rescate y libertad del rey y de su familia.* Era ciertamente magestuoso el espectáculo de aquella noche, en que reunidos baxo la escarpada boveda de una caverna, y á la trémula luz de una lámpara sepulcral, treinta personajes señalados por su distinguida gerarquía, y repentino aniquilamiento, y respetables por su acrisolada lealtad, prometieron sacrificar á la causa del rey

su reposo y seguridad, sus vidas y haciendas. El silencio y la tristeza de la noche, los rugidos del uracan que se oían encima de nosotros, la hora intempestiva, la reunion de treinta sujetos tan diferentes en inclinaciones, intereses, semblantes, y aun en los mismos trages: y en medio de ellos (teniendo delante aquel libro divino, prueba de la religion y prenda de nuestra salud) un sacerdote en pie ofreciendo al cielo con su mano propiciatoria el juramento augusto y los respetables objetos que le inspiráron; la contraposicion de su esplendor eclipsado con la usurpada brillantez de sus enemigos: todo en fin concurría para hacer á aquella ceremonia, sublime por su sencillez, solemne por su oscuridad, y magnífica por su misma pobreza.

Acabada que fué, se ventiláron con enardecimiento, y se determináron con entusiasmo los medios y el

día en que se habia de executar la empresa. A este fin se decretó la muerte de seis enemigos capitales del rey y principales cabezas de partido, á unanimidad de votos, excepto el mio, que me negué á dar, por parecerme que no podia, sin algun genero de sacrilegio, mancillar mi carácter sacerdotal con sangre humana, aun siendo esta de un delincuente. Quando llegaron á tratar del castigo que debia imponerse al duque de Orleans, me sorprendí al ver que le imponian una pena menor que la de sus cómplices. Procedian así con él, no por considerarle ménos culpable que los demas, sino por estar persuadidos de que jamas lo hubiera sido tanto sin el influxo de sus pérfidos consejeros; de suerte que aun los espíritus mas irritados miraban con cierta indulgencia la debilidad del duque, considerando que algunos detestables ambiciosos le habian traido á tales extremos.

Sin embargo, pesadas bien todas las circunstancias, se decretó finalmente contra él la sentencia de muerte, ya para evitar que la impunidad de su traicion alentase á otros que reservadamente siguiesen sus pasos, y ya por que él mismo, cercado de nuevos sediciosos, no osase tramar otra conspiracion. A fin de acompañar este severo juicio con el terrible aparato que excita el temor y asegura la obediencia, se dispuso que se comunicase al acusado para su defensa un breve traslado de la sumaria formada de antemano por una comision de siete miembros del parlamento, dos de ellos pares de Francia y los únicos que se pudieron reunir; y esto hecho se procediese luego á la execucion del modo mas solemne. Por lo que hace á los cómplices del duque, acusados por la opinion, convencidos por sus mismos delitos bien notorios y escandalosos, y condenados por la razon y la jus-

ticia , se decretó entregarlos , bien á comisiones militares , bien á la justicia ordinaria , para que los castigase como á los foragidos mas desalmados. El destierro de los mas señalados revoltosos ; el encierro perpetuo de otros ménos atroces y peligrosos ; una vigilancia celosa para espiar á los que hubiesen abrazado las opiniones revolucionarias , y su exclusion general de los empleos públicos , eran otros tantos medios para aniquilar el partido contrario. Observé con gusto que todos se contentaban con esta última precaucion ; es decir , con excluir perpetuamente de los empleos públicos á todos aquellos que se habian declarado republicanos , sin tomar parte en los atroces desig-
nios de los *anarquistas* : por que haciendo esta distincion tan señalada entre unos y otros , se manifestaba cierta estimacion á los republicanos , y el odio debido á los agentes del terror revolucionario. Efectivamente los

primeros eran solo de temer por sus opiniones y conducta opuesta al sistema de gobierno que se trataba de restablecer ; y por consiguiente si la justicia exígia que se tuviese alguna consideracion con ellos , la prudencia aconsejaba que no se les emplease. En quanto á los emigrados , como no constaba aun , si reuniéndose en la otra parte del Rin , habian tomado las armas con intencion de guerrear contra la patria , quedó indecisa la cuestión sobre restablecerlos en sus antiguos puestos , á pesar de las vivas reclamaciones de algunos partidarios suyos, que , á decir verdad , se habian mostrado mas rigurosos que otro alguno en los medios adoptados.

Fixóse para la noche siguiente la execucion de este grande proyecto , de que pendia la suerte de la Francia y de su monarca. Las doce era la hora aplazada , y la señal en que nos convenimos fué el incendio del Temple,

y un cañonazo disparado en el Puente nuevo, cuyo puesto avanzado estaba por nosotros. De resultas de tan espantosa novedad era de esperar, que todos los habitantes de Paris saliesen de sus casas, y que de este modo se poblasen de gente las calles y plazas.

Al mismo tiempo las tropas que seguian el partido del rey, distribuidas en todos los barrios del pueblo, debian apoderarse de los puntos mas importantes, de la tesorería y armería, y del palacio de Orleans, impidiendo por todos los medios posibles la reunion de los diputados en la sala convencional ó en otra cualquiera parte. Así mismo una division de tropa, escogida y mandada por gefes inteligentes y experimentados, habia de dar muerte á los principales rebeldes, y en caso que estos tuviesen aun algunos defensores temerarios, acabar con todos ellos executivamente.

Al restablecimiento de la monar-

quía debía tambien preceder el pronto arresto de los individuos del consejo ejecutivo, de los administradores del departaminto del señor, de los miembros mas corrompidos de la municipalidad, de un gran número de jacobinos y diaristas sediciosos, y demas propagadores de los excesos de la anarquía. Miéntras que todo esto se verificaba á un mismo punto, Luis XVI. y su familia, libres de la prision á favor del incendio, habian de retirarse á casa de madama Clary Melwood, donde cuidaríamos de ellos Fanny, Fitz-Asland y yo, que tambien tenia el encargo de aconsejar á SS. MM. y á la familia real (luego que me avisasen los realistas de su victoria) que saliesen á caballo por las calles de Paris, escoltados por mucha tropa, para reconquistar con el acero en la mano el trono de Carlo-magno, de San Luis y de Henrique IV.

Tal fué en suma el plan que se

concertó , dexando á la prudencia de los gefes los medios parciales que considerasen oportunos al logro del intento. Por último se determinó despachar correos á las provincias y á los paises extrangeros con la noticia de la conspiracion , para comunicar el impulso del centro á toda la circunferencia , y apoyarse en las fuerzas de los confederados.

Esta sesion inflamó á mi alumno, fortaleciendo mas y mas sus pensamientos generosos. Mi amada María Teresa , decia , va á subir otra vez á la cumbre de la grandeza , y á alexarse de mí para siempre : acabó ya el proyecto de una vida pastoral ; pero no importa : sea ella feliz , y yo quedaré satisfecho , pudiendo decir con orgullo quando la vea en el trono : he aquí la obra de mi amor.

Léjos estaba yo de abrigar el mismo entusiasmo ; no por que fuesen inferiores á los de Edwino mis deseos

de restablecer á la familia real, sino por que el momento de la execucion me parecia terrible y espantoso. Figurábame ya ardiendo á Paris en una guerra civil, desencadenadas las pasiones mas violentas, abierto el camino á las venganzas personales; é inundada en sangre la tierra. Qualquier partido que venciese, la perspectiva siempre era para mí la misma, con la diferencia del objeto: siempre se me representaban millares de hombres arrancados á la sociedad por una muerte trágica y prematura, y nunca he podido dar entrada en mi pecho al sistema feroz, que trastornando las ideas y los afectos naturales no dexa que el hombre se compadezca de su semejante, si es un enemigo; como si por ser uno ingles ó frances, republicano ó realista dexase de pertenecer á la misma familia que puebla la tierra.

No estaba yo comprometido en la empresa con juramento alguno; pero

mi conciencia, el pundonor y la virtud me estimuláron á participar al rey quanto habia pasado en aquella noche memorable, y aun me pareció conveniente noticiarle mi encuentro con Dumouriez, persuadido de que en la actual situacion de las cosas, seria una suma imprudencia el ocultar la verdad. Luis me respondió en estos términos.

ESQUELA DE LUIS XVI.,

TRASLADADA DEL ESPEJO CÓNGAVO.

(Documentos justificativos, num. 13.)

"M. de Fermont: por la amistad que me profesais os ruego, y en caso necesario os mando con toda mi autoridad, que de ningun modo cooperéis á los proyectos consabidos: el de Dumouriez me horroriza, y el otro me hace temblar. Decid pues á los que le han ideado que suspendan la

execucion , y que solo tendré por vasallos fieles á los que me obedezcan. ,,

Contexté sin dilacion á S. M. que le acreditaria mi zelo y estimacion sirviéndole , no como yo deseaba , sino segun las órdenes que me habia comunicado.

Era ya preciso manifestar la carta del rey á los gefes de la conjuracion. En otro tiempo habia yo conocido á los principales de ellos en la corte; pero ahora que andaban fugitivos y precisados á ocultarse , no me era posible saber su paradero. Encaminéme pues á la casa de Toulan , y habiéndome dicho que estaba en la municipalidad , me dirigí allá inmediatamente ; pero luego supe que acababa de salir para el Temple , en donde no podia presentarme sin ser conocido; por consecüencia me ví precisado á esperar , aunque estaba viendo llegar por instantes la hora fatal , y qual-

quier dilacion podia ocasionar una ruina inevitable.

Al cabo de dos horas volvié Toulan con el rostro encendido, ojos centellantes y descompuesto el cabello. Salgamos, me dixo, pues tengo que hablaros. Entramos en un coche de alquiler que nos llevó al jardin de la Armería: de tiempo en tiempo se le escapaban á Toulan algunas exclamaciones interrumpidas con profundos y largos suspiros, y entretanto que se serenaba, le leí la carta del rey; pero esta léjos de aquietarle, púsole mas irritado y furioso. No hay remedio, exclamó, siempre pusilánime ese monarca indolente, que no sabiendo discurrir ni obrar por sí mismo, siquiera no dexa á otros que piensen y trabajen por su bien. ¡O princesa augusta y desventurada! ¡quanto os compadezco al considerar vuestro grande ánimo, sujeto al de un esposo tan indigno! Pero no importa; sabrémos vencer quan-

tos obstáculos nos oponga : se verá precisado el cobarde , ó á mostrarse valiente , ó á perecer á puñaladas. Aunque me indignaban las expresiones injuriosas , el tono y ademán violento de Toulan , le rogué sin embargo que se explicase mas. ¿ Y que podré deciros , me respondió , que no sepais ? ¿ Acaso esa carta y mi enojo necesitan explicacion ? Insistí , á pesar de esto. Pues bien , continuó el municipal , sabed que me encaminé al Temple algun tiempo despues que por una prudencia tímida y de mi desaprobacion , disteis cuenta al rey de nuestros proyectos. Halléle acompañado de su familia , y apenas hube cerrado la puerta , quando corriendo á mí , me dixo con brutal furor : ¿ Con que habeis resuelto perderme ? sois un ambicioso , y solo intentais labrar vuestra fortuna baxo un pretexto laudable ; pero desengañaos , que yo , léjos de dar mi beneplácito , os prohibo continuar en una empresa de-

satiada , que solo puede acarrear me la deshonra y la muerte. La reyna , tan agradable como animosa , se levanta al oír estas palabras , y acercándose á su esposo , le dice : ¿ Porque castigas así el zelo de Toulan ? ¿ acaso será él delincuente porque tú seas débil ? ¿ es justo tratar como enemigo al que quiere ser tu libertador ? No admito sus servicios , respondió el monarca , porque ocasionarian su ruina y la nuestra. ¿ Con que prefieres la vida ignominiosa que pasamos en esta torre , á la gloria del triunfo que nos espera ? ¿ y desatiendes los sacrificios de una nobleza leal , por ocuparte solo en tu propia tranquilidad ? Hasta aquí has consentido y auxiliado nuestros esfuerzos , y ahora que se acerca el momento de la lucha , ¿ dudas ? ó por mejor decir ¿ evitas el combate ? ¿ Pero porque debo yo extrañarlo ? ¿ no hiciste lo mismo en otras situaciones igualmente críticas ? castigaste por ventura el atentado de 28

de febrero? ¿No sancionaste el crimen inaudito de 20 de junio, deshonrando con el gorro de los foragidos unas sienes que habia ceñido la diadema? ¿no se desplomó baxo tus plantas fugitivas el trono, en que debias morir con el cetro en la mano? ¿y á quantos mas delitos ha dado lugar tu debilidad? Aun hoy mismo, hoy que un valor sin límites y una lealtad á toda prueba quiere castigar aquellos, ¿vacilas? ¿reusas tu beneplácito? ¡Oh! ¡quanto tienen que agradecerte los conspiradores! ¿Quien es mas cómplice de ellos que tú? Pero vana será la esperanza que fundan mas en tu miedo que en su audacia. Descendiente de los mas augustos progenitores, hija de la inmortal María Teresa, esposa del rey de Francia, y madre del heredero de la corona, sabré justificar estos títulos: á pesar tuyo, sabré arrancarte de esta prision; á pesar tuyo ceñiré con la diadema tus pálidas sienes, y en fin

á pesar tuyo volverás á ser rey y la Europa te tendrá por hombre.

Durante este discurso, el rey ató- nito y recostado en un sofá, se en- tregaba á una profunda y triste me- ditacion: sus hijos sollozaban abraza- dos de madama Isabel, y esta lanza- ba dolientes suspiros levantando al cie- lo sus ojos llorosos; pero la reyna sin cuidarse de este espectáculo, me di- rigió la palabra, diciéndome: Toulan, vuestro zelo me ha dexado satisfecha; continuad dándome pruebas de él. An- tonieta os lo ruega, añadió, lanzándome una mirada irresistible; y, tu rey- na te lo manda, concluyó erguiendo la cabeza con magestuosa dignidad. Despidiéndome estaba ya de SS MM., quando levantándose el rey y asiéndome fuertemente del brazo, me dixo con voz colérica: yo te lo prohibo segunda vez; triste de tí, sino me obedeces: y diciendo esto nos dexa y se encierra en su gabinete.

El amor de Toulan, que la reina fomentaba con una alhagüena esperanza; la humillacion que le habia hecho sufrir el rey, y tal vez alguna dosis de ambicion que suele mezclarse, á pesar nuestro, en las acciones mas indiferentes, habian trastornado enteramente su juicio, y así le dexé muy pesaroso y convencido del mal éxito de su proyecto, puesto que desaprobándolo el rey, no haria mas que acelerar su ruina, la destruccion de su partido y el triunfo de los facciosos.

Madama Melvood, con quien fui á conferenciar en seguida, se espantó de ver estampada en mi semblante la desesperacion, y luego que se instruyó del motivo, me aconsejó dar otro paso para convencer al monarca. A consecuencia de esto subimos al gabinete octágono, desde donde dirigí á S. M. una esquila concebida en los términos mas executivos; pero por desgracia mia no tuvo respuesta. En mi

estado de suma inquietud osé penetrar, por medio del espejo reflexivo, hasta la habitacion, y en cierto modo hasta el mismo pensamiento de Luis XVI. ¡Que espectáculo tan tierno se presentó entónces á mis ojos! El monarca reclinado en su lecho, apoyada la cabeza en una mano, y con la otra enxugándose los ojos, estaba acompañado de su hermana y su hija arrodilladas á sus pies, y á dos ó tres pasos de allí el jóven Carlos, abrazado de su madre, parecia que la suplicaba ardientemente con expresivas miradas se acercase á su esposo. Esta escena duró algunos minutos hasta que Luis, al parecer ablandado y enternecido, tendió los brazos á la reyna, con los ojos llorosos, convidándola, segun mi juicio, á una reconciliacion. Antonieta, cuya entereza se rendia siempre á la impresion de la amistad y á los impulsos de la naturaleza, se arrojó llorando á los brazos de su esposo, quien

despues de haberla estrechado tiernamente escribió este renglon en la máquina telegráfica: *haced lo que tengais por mas conveniente; accedo á todo.* Fui luego á llevar esta respuesta á Toulan, quien la recibió con bastante indiferencia, asegurándome que en nada alteraba las últimas disposiciones.

Era ya entrada la noche, y no estaba léjos la hora señalada para dar principio á la empresa: fui á esperarla con Edwino á mi puesto, es decir, á casa de madama Melwood.

Oscurécese mas y mas la noche; pero yo observo desde el gabinete quanto pasa en las calles y en los patios del Temple, velando en el precioso depósito que encierra aquella prision. Estaban entónces separados los presos: un veloncillo puesto sobre el bufete del rey alumbraba la estancia: dexábase ver este monarca, antes tranquilo con sus cadenas, inquieto y pensativo en el momento que iban á rom-

perse. Ya da algunos pasos acelerados; ya se para, suspira profundamente y se sienta con ánimo de escribir, mas apenas ha escrito dos líneas, se levanta y pasea de nuevo. Repentinamente se arrodilla, levanta sus inocentes manos al Arbitro de los imperios y rey de reyes, y, segun su expresion, entiendo que le ruega, aleje de la Francia los males de que se ve amenazada.

Doce veces suena la campana del relox, y doce veces se me hiela la sangre en las venas. Hijo mio, dice el abate de Fermont, interrumpiendo su historia y dirigiéndose á mí; esta noche no es parecida á aquella. Ahora el apacible fuego del sol poniente templá la frescura del otoño, y ese hermoso y resplandeciente cielo sugiere pensamientos grandiosos y sublimes; pero otro espectáculo muy diferente ofrecia aquella noche desastrada. El helado septentrion soplabá entónces con furia espantosa, miéntras un espeso tol-

do de nubes, cargadas de nieve y hielo, ocultaba el azulado firmamento, en cuyo inmenso espacio resonaban de tiempo en tiempo fúnebres clamores seguidos de un silencio espantoso.

Poco antes de media noche me pareció que distinguia á la luz de los faroles una ráfaga de humo blanquecino, que salia de uno de los ángulos de la torre. Esta es la señal, dice á madama Melvood estrechando su mano: no tardaremos en oir el cañonazo. Al mismo tiempo entra Edwino con su hermana diciendo: ánimo, que todo va bien: la señal está dada, y en breve oiremos el cañonazo.

Despues de un breve rato se dexa ver en medio de un torbellino de humo negro y denso una viva y rápidallama, que parecida á una columna en su origen, se extiende poco á poco y se divide en varios ramales de fuego ondeantes y flexíbles, que suben á encender las antiguas almenas. Al

resplandor del incendio las gentes se conmueven, se inquietan, y se reunen: el rey atónito al ver la hoguera, se asusta mas que ninguno. Oyense alaridos por todas partes, y la campana del Temple toca á rebato. La muchedumbre acude atropelladamente á los patios del palacio, y aunque no habia yo oido el cañonazo del puente nuevo, no dudo que ha comenzado la conspiracion acordada. Madama Clary piensa lo mismo que yo: Fitz-Asland sale á informarse; pero yo estaba tan persuadido de la verdad del hecho, que me puse á preparar lo necesario para recibir á la familia real ya libertada.

Esperando estuve el resultado un quarto de hora, maravillado de no oir el cañonazo, y de cada vez mas inquieto con los progresos del incendio, y con los gritos y el alboroto de la muchedumbre, temblando que aconteciese una desgracia á la familia real

y á mi alumno. Entretanto las bombas se empleaban ya en apagar el incendio, despidiendo tan grandes raudales que me ocultaban la ventana del quarto del rey, adonde dirigia mi vista de tiempo en tiempo. Este accidente aumenta mi temor é incertidumbre, y sin poder contenerme salgo del quarto dexando á madama Clary. Al bajar la escalera tropieza conmigo un hombre; retrocedo, y mirándole con atencion conozco á Edwino, ¿pero en que estado? sobresaltado y trémulo, desgarrado el vestido, erizado el cabello y ensangrentado el rostro. Quiero preguntarle, y me lleva por fuerza al gabinete, en donde se reposa y cobra aliento, limpiándole madama Melwood la sangre y el sudor que le corria de la frente, y preguntándole por su hija. Yo tambien quise saber del rey y de su familia, y esperaba la respuesta con gran sobresalto.

Tranquilizaos, nos dixo Fitz Asland;

ninguna desgracia ha tenido mi hermana: el rey y su familia han escapado del puñal de los asesinos: estos no existen ya, y los augustos presos respiran. Por lo demas se ha desbaratado el plan de la conjuracion, y el rey vuelve á verse oprimido con mas pesadas cadenas: Toulan y otros seis personajes estan presos. Cada palabra de mi alumno era un golpe mortal; mas á pesar del terror que me inspira, le ruego se explique mas; y él lo hace en estos términos:

Recorriendo en compañía de Fanny las filas de los soldados armados y los corrillos del pueblo indefenso, observaba todos los semblantes, y escuchaba todas las conversaciones, y por ninguna señal pude rastrear que se hubiese descubierto la conjuracion, ni tampoco si los ánimos estaban dispuestos á apoyarla. Solo noté, que en algunos corros separados hablaban en voz baxa, y queriendo acercarme á ellos,

fui rechazado con aspereza. En esto comienza á levantarse entre la muchedumbre un murmullo sordo que toma mas y mas incremento: decíase que estaban en gran riesgo las vidas del rey y de su familia. Oír esta voz, atravesar por medio del pueblo reunido, llegar al Temple y subir la escalera á pesar del innumerable gentío que la embarazaba, todo esto lo hicimos mi hermana y yo en un momento. Llegamos á los primeros postigos, y ya los habian forzado: con el sable en mano nos abrimos paso hasta las segundas rejas defendidas por dos carceleros; pero un tropel de gentes armadas las abre y pasa adelante. Ocurrióme de repente el pensamiento de meterme en medio de los armados, dándoles á entender que mi designio era igual al suyo. Sus ferozes semblantes, sus insolentes dicterios y la clase de armas que empuñan, me hacen conocer evidentemente que son asesinos. Como yo

llevaba uniforme y esgrimia el sable en medio de todos, me ceden desde luego el primer lugar; y aunque preveía el riesgo que me amenazaba, solo trato de libertar á los presos de la muerte. En efecto llegamos al tercer postigo, y el que le guardaba huye arrojando las llaves, y me apodero de ellas. Entretanto resuenan al rededor de mí los gritos de muerte, y ya solo se trata del genero de suplicio con que han de espirar los desdichados presos. Observando á quantos me rodeaban, solo descubro hombres frenéticos, de cuyas espantosas bocas no salen mas, que amenazas y maldiciones. Sin embargo no era tan considerable el número de los asesinos como el de los curiosos, pues habiendo yo preguntado á todos si era su inteneion sacrificar á Luis XVI., no tuve mas respuesta que un triste silencio, en medio del qual cinco á seis voces solas pidiéron su cabeza. Al oírlo grito, que seria

inhumanidad horrorosa asesinar á unos presos, que, aun dado caso fuesen culpables, estaban indefensos, y por otra parte habian de ser juzgados segun la ley. La mayor parte de los que me escuchaban aprobáron mi pensamiento; pero al contrario los asesinos gritan rabiosos, me cercan, me acosan y me amenazan con sus armas. Apártolos de mí con el sable, amenazando de muerte al que tenga la osadía de acercárseme; y repentinamente al terrible esplendor del incendio que alumbraba este horroroso espectáculo, veo centellar junto á mi pecho un desmedido alfange: evito el golpe; pero no tan bien que dexé de herirme, aunque levemente. La vista de la sangre redobla mi esfuerzo: descargo furiosos golpes acá y allá, y hie-ro á dos asesinos. En esto un empujón violento quebranta la puerta, y los foragidos tratan de entrar por ella; pero yo los contengo. Repito los gol-

pes, y uno de los asesinos cae muerto; los dos ya heridos abandonan el combate, y los demas huyen. El aspecto del rey, que se presenta entonces con reposo y magestad, detiene á la muchedumbre Herid, les dice, bañaos en la sangre de vuestro rey; pero á lo ménos perdonad á mi esposa y á mi inocente familia. Estas palabras, dichas con cierta firmeza patética, enternecen y espantan á los facciosos: unos avergonzados baxaban al suelo la vista, y otros vertian lágrimas: en fin todas las olas irritadas de esta tempestad espantosa iban á estrellarse á los pies del monarca, amenazado antes por ella. A esta sazón llega un oficial de la municipalidad, manda á la gente que se retire, y tranquiliza al rey diciéndole: dos conspiraciones estaban tramadas contra vos, la una para sacaros de la prision y colocaros de nuevo en el trono; y la otra para terminar con un asesinato vuestra vida y

la de vuestra familia. Esta trama ha sido deshecha por la vigilancia de la municipalidad y de los republicanos. Acaban de ser arrestados varios personajes que seguian vuestro partido, y entre ellos Toulan, cuyo delito va á descubrirse por entero. Por lo que á vos toca, miéntras esteis baxo la responsabilidad del tribunal, el puñal podrá amenazaros, pero nunca heriros.

Fanny, que entró al acabar Edwino su relacion, nos dió mas recientes noticias. Decíase de pública voz, que habiendo asegurado la reyna al oficial municipal que estaba de guardia en su quarto, que aquella noche seria la última de su prision, entró en sospecha el magistrado, y al punto dió cuenta á la municipalidad: que esta recelosa ya desde el interrogatorio que en 17 de agosto habia hecho el tribunal á la reyna, á Clery, Chamilly, Malesherbes y á mí, y confirmadas ahora sus sospechas por la indiscrecion de la misma

reyna, mandó inmediatamente poner centinelas dobles en los puestos mas importantes, y guardar con mayor vigilancia los cañones, mudando al mismo tiempo el santo: que quando el fuego se manifestó en la torre del Temple, Toulan, sospechoso ya á la municipalidad y observado siempre por ella, se habia presentado en el cuerpo de guardia del Puente nuevo, en donde esperaba ver á sus amigos; pero en vez de esto, fué arrestado allí con dos de sus compañeros, dos presidentes de secciones y un oficial general: que á este se le encontró una lista de conjurados, entre quienes habia varios personajes señalados, así en el antiguo gobierno como en el nuevo, muchos de los quales habian sido arrestados, y á los demas se les estaba buscando: finalmente, que los presos mas encerrados que nunca, sufririan una inspeccion mas vigilante, y que la municipalidad estaba tratando de los medios

mas rigurosos para afianzar su existencia, la seguridad de la prision, y su propia responsabilidad.

Estas nuevas me hiciéron conoer, que ya no habia probabilidad alguna de libertar ni restablecer á la familia real; ora hubiesen desbaratado el plan los republicanos, ora los anarquistas. Con todo en el primer caso, me restaba aun la esperanza, ó por mejor decir la certeza de salvar la vida al rey y á su familia, y aun de alcanzar su libertad en adelante. Pero admitiendo el otro supuesto, ¡ que perspectiva tan triste se me presentaba acerca de los ilustres presos! Sumergidos nuevamente estos infelices en un abismo de calamidades, no les quedaba mas recurso que el zelo de un fiel servidor como yo, interesado en la conservacion de una familia tan desventurada, que aun excitaba la compasion de sus enemigos. Antes pues de separarme de madama Clary, hice saber á Luis el resultado

principal de aquel funesto día, protestándole que mi zelo y desinterés duraría tanto como mi existencia. Hace mucho tiempo, me respondió el rey, que estoy resignado á todo, y el último acontecimiento no ha hecho mas que fortalecer mi resignacion. Compadezco á la reyna y á mi hermana: mis inocentes hijos me enternecen, y en favor de ellos solamente reclamo vuestra amistad. Por lo que hace á mí, creo que podeis orar por mi reposo eterno, como si estuviese difunto. — No pude leer entonces ni repetir ahora estas líneas patéticas, sin sentir una violenta opresion de corazon y derramar amargas lágrimas.

El día siguiente, que era el 3 de diciembre, fué muy alborotada la session del cuerpo convencional, en donde se hicieron las propuestas mas atroces con toda la insolencia de la anarquía victoriosa, llegando á tal extremo, que algunos pidieron la muerte de Luis en el término de veinte y qua-

tro horas. Es verdad que los republicanos hicieron los mayores esfuerzos para desvanecer tan inhumanos pensamientos; pero quando la asamblea, ya mas sosegada, propuso esta quëstion: *¿ si el rey ha de ser juzgado, y si lo ha de ser por ella?* todos votáron por la afirmativa, contra la opinion que habian manifestado hasta entónces, y faltando á la palabra que me habian dado por medio de Manuel. Sin duda procediéron así, recelosos de las tentativas que el abatido gobierno hacia para restablecerse. ¡Extraño enlace de los sucesos que preparan el destino del hombre! Los mismos esfuerzos que se hacen para enfrenar su curso, solo sirven para comunicarle mayor fuerza y rapidez: así un torrente impetuoso arrollando quantos diques se le oponen, corre con mayor furia y desenfreno.

NOCHE OCTAVA.

Falto de ingenio y de destreza, no intento delinear el quadro sublime, reservado al buril de la historia, de un rey cautivo que defiende su vida contra un senado que le acusa. La historia, repito, juzgará si Luis fué culpable: yo solo quiero retratarle como un particular desventurado.

Desde el dia en que se trató de libertar al rey hasta la víspera del de su muerte, estuvo interrumpida toda comunicacion entre él y yo, pues sus centinelas redoblaron las precauciones, y Clery no volvió á salir de la torre. Quanto se introducía en ella era escrupulosamente registrado, y aun la máquina telegráfica vino á ser inútil, á causa de las celosías que se pusieron en las ventanas de la habitacion de S. M., de suerte que no volví á ad-

quirir mas informes sino por medio de M. de Malesherbes. Este respetable anciano, que habia sido dos veces ministro de Luis en el tiempo de su prosperidad, tomó á su cargo, como un distinguido honor, la defensa del monarca perseguido. Todos los dias, al volver del Temple, hacia exáctas apuntes de quanto observaba, permitiéndome despues sacar un extracto de ellas, el que suplirá mi narracion, por lo que respeta á Luis XVI.

APUNTAMIENTOS

ACERCA DE LOS ULTIMOS DIAS

DE LA VIDA DE LUIS XVI.

(Extracto de las memorias de M. de Malesherbes)

Despues del funesto resultado de las conferencias de la calle del arbol seco, y decretada mi libertad por el tribunal de 17 de agosto, me retiré á mi

casa de campo, persuadido de que mi permanencia en Paris, podria serme perjudicial, y de ningun modo útil á mi soberano.

Pero quando supe que la convencion habia decretado, que Luis XVI. fuese juzgado por ella, determiné consagrar á su defensa los dias que me restaban de una vida congojosa. Considerábame dichoso, si á precio de ella pudiese evitar un crimen á mi patria, libertando del suplicio al mas honrado de los hombres y al mas desventurado de los reyes. Desde luego imaginé, que ninguno me haria la injusticia de creer, que un hombre envejecido con honor en el ministerio, defenderia á un acusado si le tuviese por culpable; y qualquiera debia suponer inocente al rey viendo que Malesherbes le defendia.

Tal en efecto fué la opinion que todos los buenos formáron de mí, al leer mi carta de 11 de diciembre: la

asamblea la aprobó, el rey me dió gracias por ella, y el público manifestó que la aplaudia.

Antes de escribir esta carta, fuí á verme con Vergniaud, en quien confiaba mas que en todos los demas diputados, á causa de su sencillez, gran talento é irreprehensibles costumbres. Le descubrí mi proyecto, que aprobó desde luego; pero la faccion de la anarquía le hacia ya recelar y desconfiar de todo, aunque sin aterrarle. Los facciosos, me dixo, que citando los escritos filosóficos, los truncan y desfiguran, solo han retenido esta máxima terrible de Raynal: *Las naciones envejecidas solo pueden regenerarse con arroyos de sangre.*

El 10 de diciembre por la noche, víspera del primer comparecimiento del rey ante la asamblea, puso un criado en la antecámara del rey varios candeleros, y en el hueco de uno hice introducir la carta siguiente, escrita en vitela con tin-

ta indeleble preparada de modo, que la cera derretida no pudiese alterarla: Clery fué quien se la entregó al rey.

CARTA ANONIMA

DIRIGIDA A LUIS XVI.

(Documentos justificativos, núm. 14.)

„SEÑOR:

Permitid que un antiguo criado de V. M. os acredite su estimacion, indicando la conducta que debe observar V. M. desde el principio en la causa que tratan de formaros.

La mayor parte de la nacion y aun de la asamblea convienen en la incompetencia de esta para juzgar á V. M. Varios representantes son á un tiempo acusadores, testigos y jueces; otros son criados inmediatos de V. M.; algunos se han declarado enemigos, y uno de ellos es pariente de V. M. Paso

en silencio el establecimiento y formación de dicho cuerpo, que no tiene semejanza con tribunal alguno.

Estos son otros tantos motivos para impedir que se entable la causa. Así que á la primera pregunta que se haga á V. M. responded, que no teneis por competente y legal á la asamblea; que habiendo confesado, reconocido y proclamado la soberanía de la nacion, estais pronto á responder al tribunal que nombre esta, con tal que se limite á ejercer el poder judicial, que consiste en la aplicacion de la ley á los casos particulares, y no trate este asunto como un objeto de legislacion.

Este es, señor, el escudo mas firme y el único que podeis oponer á los tiros de la malevolencia, del error, de la preocupacion y de la ignorancia. Entorpecida la convencion con este obstáculo insuperable, se verá en la necesidad ó de nombrar un tribunal supremo, si accede á vuestra de-

manda, ó de no molestaros, si la desprecia. Pero si á pesar de esta reclamacion ó protesta continuase en la formacion del proceso, incurrirá en la exêcracion del genero humano, por quanto esta conducta es contraria á todos los principios de justicia.,,

DIA 12 DE DICIEMBRE.

Ayer fué conducido Luis XVI. del Temple á la convencion nacional.

Durará largo tiempo en la memoria de la generacion presente el dia, en que precedido de veinte cañones y escoltado por cien mil hombres, atravesó Luis el ancho recinto de la corte para comparecer en el salon convencional; y aunque esto acaeció al medio dia poco mas ó ménos, parecia media noche, segun el silencio que reynaba. Todavía está presente en mi imaginacion aquella inmensa fila de hombres armados, su acompasado andar,

y el rechinante sonido de las pesadas cureñas. Cien mil soldados caminan, y solo se observa un movimiento: en medio de estas falanges silenciosas rueda con lentitud un coche de color oscuro, en cuya delantera va sentado Chauvette, procurador de la municipalidad, con maligna sonrisa, y á su lado Herbert, cuyo rostro gracioso corresponde mal al sucio farraguista llamado el *Padre Duchesne*. Enfrente de estos dos sugetos se dexa ver el rey de Francia, su prisionero.

¿ Donde están ahora los gritos de alegría, las demostraciones de regocijo que en otro tiempo cercaban el carro triunfal del monarca, quando ostentaba su magestad y soberanía ante los pueblos deslumbrados y enloquecidos? El desden injurioso, las señales mortificantes del aborrecimiento y un pasmo silencioso y triste, ocupan ahora el lugar del amor y del contento. Si la gratitud ó la compasion hacen corret

algunas lágrimas, forzoso es enxugarlas en algun parage solitario y libre de miradas suspicaces. Ya no se muestra el pueblo como amigo, sino como un juez grave y severo, y los mas están aguardando en la mayor inquietud, que los sucesores del rey acusado permitan á los ciudadanos decir su opinion francamente.

Gobiernos de la tierra, ¡ que leccion se os acaba de dar! Y tú, Luis XVI., hombre excelente, pero débil monarca, ¡ quanto padeces por no haber sido constantemente severo ú virtuoso!

Disfrazado con un sobretodo blanquecino, y con un gran sombrero que me permitió tener puesto el portero de la convencion, á causa de mis achaques, ví comparecer á Luis con la serenidad de un hombre que tiene tranquila la conciencia, sin mostrar ni la altanería propia de su clase, ni la timidez que pudiera inspirarle aquella situacion.

Barrere, en calidad de presidente, comenzó el interrogatorio con voz turbada, y entretanto reynaba en las tribunas y en la asamblea toda un profundo silencio. Orleans retirado en un rincón de *la Montaña*, y escondido tras de Danton, acechaba de continuo al acusado, que respondió á todas las preguntas con grande serenidad de ánimo.

Por lo demás, sea que el monarca recelase algún engaño en mi carta, ó que le faltase facilidad para explicarse, ó mas bien que su natural franco y sencillo sobrepujase el temor de los riesgos que le amenazaban, lo cierto es que en lugar de recusar á la asamblea como incompetente, reconoció la legalidad de ella, no solo respondiendo á las preguntas que le fueron hechas, sino tambien reconociendo todos los documentos presentados por el secretario Valazé. ¡O Luis XVI. ! ya te has hecho cómplice de

tus asesinos; tú mismo acabas de asent-
tar el primer escalon de tu cadalso.

Este dia no se señaló con algun
acontecimiento memorable; solo obser-
vé que en medio de su actitud seve-
ra mostró el pueblo mucha imparcia-
lidad en las opiniones, diverso en esto
de los oradores exáltados que derraman
tanta hiel en la tribuna pública. ¡In-
sensatos! que se imaginan grandes por
que huellan la grandeza aniquilada; á
semejanza de los espadachines cobar-
des, que se precian de valientes acri-
billando á estocadas un cuerpo ina-
nimado.

Freedman, mi fiel criado, presen-
ció una breve escena, que puede ser-
vir de muestra para conocer la opi-
nion general. Al entrar en la plaza
Vendôme el coche del desgraciado mo-
narca, gritó un foragido: *A la gui-
llotina*. Este grito feroz en medio de
tanto silencio excitó un descontento
universal, y un hombre, al parecer

artesano , respondió á aquel bárbaro: cobarde , espera á lo ménos que la ley decreta si merece la muerte : respeta entretanto al desgraciado.

DIA XIV.

Atravesando varias verjas y puertas de hierro , un cuerpo de guardia lleno de fumadores y beodos , y un gran número de carceleros , llegué á la prision de Luis , que al verme corrió á mí con alegre semblante. El aspecto de un monarca encarcelado me hizo una impresion tan profunda , que sin poderme contener me arrojé á sus pies : hubiérame parecido esto una humillacion vergonzosa en el tiempo que dictaba leyes desde el trono ; pero á la sazón lo tuve por un homenaje debido á la desgracia y á la virtud.

A pesar de mi avanzada edad , soy aun susceptible de vivas y profundas conmociones , y la que entón-

ces sentia me causó un temblor tan manifiesto, que hubo de alentarme el monarca. En efecto me estrechó la mano con gran ternura y me abrazó; pero esto no hizo mas que aumentar mi consternacion en términos, que no podía mirar al monarca sin derramar copiosas lágrimas.

Clery cerró la puerta dexándonos solos para que pudiesemos conferenciar con desahogo; pero un oficial de la municipalidad le reprendió severamente por ello. Al oír el rey las voces, se levantó y me conduxo á una torrecilla estrecha, en donde entablamos la conversacion mas interesante.

Antes de ponerla por escrito debo observar, que el rey emplea los ratos ociosos en la lectura y el estudio, y que su gabinete encierra un gran número de volúmenes, de que ha leído ya mas de doscientos desde que entró en el Temple.

Habládme francamente, me pre-

guntó, ¿que juicio formais de mi causa?—Señor, el modo de entablarla es contrario á la razon y á la justicia.—No es eso lo que pregunto: sino ¿que harán conmigo?—Señor, la mayor parte de la asamblea y de la nacion opina, que triunfaréis de la desgracia y de vuestros enemigos.—¡Mis enemigos!—¿como es posible que los tenga, si yo no lo soy de persona alguna?—Las desgracias, señor, se imputan siempre á los gobiernos.—En tal caso yo soy delincuente.—Entónces callé, y Luis no tardó en preguntar de nuevo: ¿Opinais que debo defenderme?—Hace poco que me tomé la libertad de aconsejar á V. M. que léjos de responder á un interrogatorio ilegal, recusase á la convencion como juez incompetente; pero reconocida ya en calidad de tal, creo que V. M. debe preparar su defensa.—¿Y á quien se la confiarémos?—Ninguno mas hábil para el caso que

M. Tronchet — Decis bien ; pero será preciso hablar en el tribunal : para esto se necesita buena voz y energía, y M. Tronchet es demasiado viejo. — Pudiera pedir V. M. á M. Deseze , que es un abogado de mucho mérito y fama. — Pensarémos en ello. — En esto abriéron la puerta del quarto , y entró una diputacion de la convencion nacional , compuesta de Cambacerés, Thuriot , Salicetti y Dupont de Bigorre. El primero tomó la palabra y habló con mucho decoro y sensatez : reduciase su mision á manifestar á Luis, que Target se habia negado á defenderle , y que otros varios ciudadanos lo solicitaban. El rey les dió gracias, y no admitió á ninguno de los que le proponian , y dirigiéndose en seguida á los comisarios , les dixo : Señores , hace dos dias que no veo á mi familia , y creo que no puede ser la intencion de la asamblea el privarme de ella ; y así os ruego que la hagais

presente mi deseo , al que no dudo accederá. Estad persuadido , respondió Cambacerés , que la asamblea sabrá conciliar siempre los derechos de la humanidad con los deberes de la justicia. Desearia tambien , añadió Luis, que me franqueasen recado de escribir. Es extraño , replicó Cambacerés volviéndose á sus compañeros y á dos comisarios municipales , que se practiquen semejantes vexaciones con quien no está declarado reo : no es esta la voluntad de la convencion , ni hace mucho honor á la municipalidad semejante conducta. Uno de los municipales respondió ciertas palabras vagas y altisonantes , que no satisficieron al diputado , quien añadió : de aquí á una hora habrá ya resuelto la convencion lo que juzgue mas conveniente acerca de esta despreciable contienda entre un preso y sus centinelas. El municipal baxó la vista sonrojado , y volviéndose á su camarada , dixo en voz

baxa , aunque perceptible : es un tirano este Cambacerés. Mucho peor todavía , respondió el otro , que es un *moderado*. Luis al oirlo no pudo ménos de sonreirse. Habiendo salido del quarto la diputacion convencional , quiso entablar de nuevo nuestra anterior conversacion ; pero en vano , porque el deseo de ver y de abrazar á su familia , habia embargado enteramente la imaginacion del rey distrayéndole de los negocios. Así es que solo habló del carácter magnánimo de la reyna , de las virtudes de madama Isabel , de las gracias de la jóven María Teresa , del talento y gracejo del niño Cárlos. Despues hablamos del abate Fermont y de su alumno , á quien el rey elogió , y en seguida me preguntó por Toulan , cuyo arresto sabia ya , añadiendo : la vispera misma de su desgracia le prohibí emprender cosa alguna en mi favor , porque me recelaba un mal resultado , y porque no se de-

ben arriesgar tan grandes golpes sin tener cien mil hombres por una parte, y cien millones por otra.

DIA XV.

Empleé la mitad de la noche en exâminar un legajo de documentos relativos al proceso del rey y en leer varios dictámenes por escrito, publicados por ciertos representantes, que en mi entender han abusado en gran manera de la elocuencia y de la lógica. Efectivamente esta última encaminada á rectificar las ideas y coordinarlas metódicamente, ha venido á ser por medio de estos espíritus falaces y tumultuarios, el conducto del sofisma ó el instrumento de la ambicion; y el colorido seductor de la elocuencia solo ha servido para disfrazar los pensamientos mas feroces y los razonamientos mas antipolíticos. Estos facciosos respiran en todos sus escritos la

pasión furiosa que los anima: encarnizados y violentos acometen á un monarca vencido, ante quien se postraban humildemente en otro tiempo. ¡Y estos mismos se consideran dignos jueces! ¡estos se llaman amigos de la libertad! ¡Abuso culpable! ¡error lastimoso! La justicia es una deidad severa, y al mismo tiempo compasiva, que busca la inocencia con el mayor zelo, y encuentra al delincuente con pesar. La libertad no es una furia, que agita las antorchas ardientes ó empuña el acero, sino la hija de la naturaleza, dimanada de la divinidad, que solo concibe nobles pensamientos, ejecuta sublimes acciones, y por medio de la virtud encamina á los hombres á la felicidad.

Con estas ideas me quedé trastornado, quando Freedman entró á despertarme, para poner en mis manos una esquila en que un sugeto pedia abocarse conmigo inmediatamente, pa-

ra conferenciar sobre el asunto que me ocupaba. Mandéle entrar, y se me presentó una persona desconocida.

Luego que nos dexáron solos, me dixo que era Dumouriez á quien yo contemplaba en el campo de batalla. A pesar de su talento, amabilidad y gracia en la expresion nunca pude estimarle, y esta antipatía procede sin duda de haber descubierto la falsedad de su corazon. Por la conversacion siguiente se echará de ver, que no me he engañado en mi juicio.

DUMOURIEZ. Gracias daria al destino que me permite ofrecer mis respetos á la persona que mas aprecio en Francia, si el motivo que me trae no disminuyese el precio de este favor.

MALESHERBES. ¿Puedo saber, caballero, con quien tengo la honra de hablar?

DUMOURIEZ. Soy uno de aquellos hombres desgraciados que no tienen voluntad propia. (*En esto baxó la*

vista como sonrojado.) Se adelanta muy poco, añadió, en trocar el bien sólido de una vida oscura con los ruidosos inconvenientes de la celebridad. Soy Dumouriez. (*Pronunció el nombre con una negligencia afectada, que fingí no haber observado: mi indiferencia sorprendió, y aun ocasionó un ligero disgusto al general.*)

MALESHERBES. Servíos pues decirme el motivo de la visita, con que me habeis honrado, ciudadano general.

DUMOURIEZ. ¡Ciudadano! Creia yo que M. de Malesherbes pronunciaba muy rara vez semejante palabra; y á la verdad es cosa dura ser partícipe en este título con (*vaciando*) el ciudadano Marat.

MALESHERBES. Rousseau le tomó tambien Finalmente evitemos rodeos, ¿en que puedo serviros, señor general?

DUMOURIEZ. Antes de todo debo alabar el zelo heroico que os anima

á defender al rey , quando están conjurados contra él la cobardía y la traicion. En verdad me agrada ver al rey mas desventurado cliente del hombre mas virtuoso.

MALESHERBES. Si no fuese un militar quien me habla , creeria que intentaba engañarme , puesto que me adula.

DUMOURIEZ. La opinion pública que jamas adula está de acuerdo conmigo en este punto (*Un intervalo de silencio.*) Quando tomasteis á vuestro cargo la penosa ocupación de defender al rey , fué sin duda con intencion de libertarle de los inminentes peligros que le amenazan.

MALESHERBES. Mi intencion ha sido manifestar la verdad á la convencion que le juzga , y á la Francia que juzga á la convencion. De esta demostracion tan fácil dimana necesariamente la inocencia y el triunfo del rey.

DUMOURIEZ. Ese raiocinio es con-

forme á vuestras esperanzas: permitidme reflexionar segun mis temores. De la verdad demostrada resulta forzosamente la inocencia de Luis, y por consiguiente su condenacion.

MALESHERBES. Si no confesais que los individuos de la convencion son sumamente perversos, ¿que otro dictado podré daros?

DUMOUR'EZ. ¡Oxala pudiese yo merecer el mas injurioso! pues aun á costa de mi honor salvaria la vida del que fué mi rey.

MALESHERBES. Tambien lo fué mio, y no ha cesado de ser mi amigo.

DUMOURIEZ. Con eso haceis su panegírico y el vuestro. Yo tambien me considero digno de haber sido su amigo, y vengo á acreditarlo.

MALESHERBES. ¿Vos?

DUMOURIEZ. Aunque esa admiracion es una injusticia, solo responderé á ella probando que no la merez-

co. Hablemos francamente: el rey será condenado!

MALESHERBES. Me estremeceis. ¿Pues por que razon? ...

DUMOURIEZ. Repito que será condenado si continua la causa, y es preciso cortarla á toda costa.

MALESHERBES. ¿Y que medios podrán oponerse á un poder tanto mas despótico quanto mas moderno é incierto, y que puede llegar á ser terrible por timidez?

DUMOURIEZ. Precisamente esa misma timidez llevará al cadalso al monarca. Los que han de votar están amenazados con el puñal, y ¡hay tan pocos que prefieran ser víctimas á ser verdugos!

MALESHERBES. ¿Y que podrá hacerse?

DUMOURIEZ. En vuestras manos está la suerte de Luis.

MALESHERBES. No os entiendo. (*Mi*

alteracion involuntaria alentó á Dumouriez.)

DUMOURIEZ. Todo se reduce á la siguiente cuestion: ¿Teme el rey la muerte?

MALESHERBES. El rey solo teme obrar mal.

DUMOURIEZ. En eso estamos conformes; pero aun no habeis respondido á mi pregunta.

MALESHERBES. Señor general, el rey es hombre.

DUMOURIEZ. Es decir, sensible. Ama á la reyna y á sus hijos: le corresponden, y por consiguiente debe tener apego á la vida.

MALESHERBES. Me habeis entendido mal. Si el rey fuese uno de los filósofos del dia, pudiera terminar sus calamidades dándose la muerte: pero es cristiano, esto es, tiene resignacion, y sabria recibir la muerte sin temerla.

DUMOURIEZ. ¿En un cadalso?

MALESHERBES. El cadalso se convierte en altar, quando sube á él un inocente.

DUMOURIEZ. Su sangre aumentará los resentimientos y venganzas, origen de infinitos males.

MALESHERBES. Por evitarlos el rey se ha humillado á defenderse, pues antes pediria verdugos que jueces, si no pendiese de su suerte la de tantos franceses, y acaso la de toda la generacion presente.

DUMOURIEZ. Entre sus acusadores no conozco verdugos; pero sí jueces.

MALESHERBES. Como quiera que seas, ya os he dicho, que está resignado.

DUMOURIEZ. Permitidme os diga, que no puede disponer de su vida, sino que debe defenderla y salvarla.

MALESHERBES. Ya os he insinuado que procurará libertarse del puñal, si es posible.

DUMOURIEZ. Pues yo vengo á ofrecer el medio.

MALESHERBES. ¿Podeis confiarme?

DUMOURIEZ. Escuchad. Es indudable que la debilidad del rey, á mas de ocasionar su prision y el peligro de una causa criminal, le ha acarreado un envilecimiento incompatible con el trono, aun suponiendo que le quisiese sostener algun partido. Tambien es cierto, que la anarquía hace diariamente tales progresos, que en ménos de medio año habrá acabado con la patria, si una mano tan diestra como firme, no le opone la prudencia de la ley y la firmeza en la execucion. Para conseguir este objeto en que consiste la salvacion de la patria, basta una palabra de Luis. Pronunciada esta, la anarquía cesará, la convencion nacional depondrá su espíritu sanguinario y se hará digna de representar el primer pueblo de la tierra: la nacion, feliz con una libertad nacional, gozará de sus derechos sin olvidar sus deberes: los reyes confederados pedirán la paz:

se establecerá un gobierno vigoroso, se arraigará en este suelo ensangrentado con las disensiones, y el primer acto de su poder será la libertad del rey y de su amable familia.

MALESHERBES. He aquí una perspectiva muy alhagüeña. Veamos ahora qual, es esa palabra que se exige al monarca.

DUMOURIEZ. Solo se pretende legalmente lo que está ya conseguido con la fuerza: que abdique.

MALESHERBES. ¡Que abdique! (*un ligero intervalo de meditacion*) Escuchad pues. Si Luis abdica en manos de la nacion, es un acto ilusorio, puesto que ella misma le he desposeido, y un soberano dexa de serlo, quando su pueblo no quiere reconocerle como tal; si al contrario se pretende que renuncie en favor de un particular, ¿quien osará proponerselo? ¿De quando acá se ha convertido la corona en hacienda propia, para disponer de ella

á su antojo? Pasó ya, señor general, aquel tiempo de ignorancia y despotismo en que los tiranos se escudaban con estos errores, propagados por los aduladores viles, y consagrados por la credulidad de los pueblos. Pero Luis XVI. jamas los ha adoptado, y en el dia que está amenazado de la segur, no faltará á los deberes de su conciencia y de la justicia, comprando una vida ignominiosa á costa de la probidad y del honor.

DUMOURIEZ. (*despues de un largo silencio*) ¿ Por ventura tendréis la sinrazon de creer, que hablo en favor del duque de Orleans?

MALESHERBES. Francamente; así lo he creído.

DUMOURIEZ. Tal vez no seria tan grande vuestra repugnancia, si oyeseis nombrar al que....

MALESHERBES. No lo podré oír sin rubor, y sea quien quiera, ¿ podrá ménos de intentar que Luis XVI. fal-

te á sus deberes? Señor general, el rey sabrá morir; pero no deshonorarse.

DUMOURIEZ. Reflexionad, que le preparan el cadalso.

MALESHERBES. (*con vehemencia y enojo*) Puesto que poneis la cabeza del rey en pública subasta, fixad el precio, de modo que solo perjudique á los intereses, sin ofender la conciencia y el pundonor.

DUMOURIEZ. (*sonrojado continua con afectada dignidad.*) Disculpo, y aun respeto vuestro zelo, y solo siento que ha de ser poco útil al rey.

MALESHERBES. El rey es el juez único de esta contienda, y cree que le soy útil siguiendo sus intenciones y los principios de mi conciencia.

En esto me dexó Dumouriez, y á pesar de su urbanidad cortesana, conocí que iba enfadado. Despues ha procurado varias veces picar mi curiosidad acerca del sugeto por quien se interesaba; y aunque interiormente de-

seaba yo saber su nombre, no he pres-
tado oídos. Voy ahora al Temple, re-
celoso de haber perjudicado al rey con
un zelo indiscreto.

DIA XVI.

Con arreglo á la promesa de Cam-
bacerés, ha logrado el rey plumas, pa-
pel y tintero, con lo que está suma-
mente contento, y segun me ha dicho,
se ocupará en apuntar varias notas re-
lativas á su causa, que conserva en la
memoria. Me ha dado á leer un plan
de su testamento que habia confiado
al abate de Fermont, y se le he de-
vuelto de parte de este digno eclesiás-
tico. Leyendo este papel no he podi-
do ménos de conmovérme, y hablan-
do filosóficamente no dexa de parecer
algo supersticioso; ¿pero quien ignora
que las almas débiles y sensibles sue-
len dar en ilusiones quiméricas?

Tambien se le permitió al rey ha-

blar con sus hijos, baxo la condicion de que estos no volviesen á ver á su madre ni á su tia hasta la conclusion del proceso. En esta cruel alternativa, ó de no verlos, ó de privar á la reyna de su presencia, Luis ha preferido padecer solo, diciéndome: este sacrificio me prepara para otro. Así lo temo yo tambien, aunque generalmente horro- riza la idea de ver morir en un cadal- so á un inocente. Se habla de una me- diacion de las potencias extrangeras y de deportacion á España. Entretanto el rey se ocupa ménos en estos asun- tos de que pende su suerte, que en idear medios para corresponderse con su familia. Clery le ha proporcionado ya algunos, y en verdad es digno de lástima un monarca empleado en estas intrigas domésticas, para conseguir la libertad de recibir ó escribir una carta. ¡Que ruin es este rigor de la municipalidad! tratando de envilecer al rey se envilece á sí misma, y al

paso que todos le compadecen, detestan á aquella.

Quando me ocupaba en registrar un legajo de papeles, vino á interrumpirme el rey, y sollozando me enseñó un naípe, en que madama Isabel habia señalado algunas palabras con un alfiler. Despues de besar la carta, y estrecharla en su pecho, dixo el desventurado monarca suspirando: ¡Infeliz hermana! ... ¡que ternura! El mayor sentimiento que tengo es verla padecer.

Clery ha ideado el medio de entablar entre los presos una correspondencia frecuente y segura. Desde la ventana de madama Isabel, perpendicular á la del rey, se descuelgan fácilmente hasta el quarto del criado las cartas atadas con un bramante: con este mismo ardid le ha enviado un tinterillo y algunos pliegos de papel. Luis se interesa mucho mas en esto que en el proceso, cuyo éxito confia á mi cuidado.

Freedman acaba de entregarme el mensaje siguiente, que han traído á casa estando yo fuera.

DELIBERACION
DEL CUERPO DIPLOMATICO,
RESIDENTE EN PARIS

EL MES DE DICIEMBRE DE 1792.

(Documentos justificativos, núm. 15.)

„Considerando los embaxadores extranjeros residentes en Paris, que interesa al decoro de las potencias que representan, igualmente que á su propia reputacion, no mostrarse indiferentes en la causa entablada contra Luis XVI, antes rey de los franceses, han resuelto acceder á la solicitud del ciudadano Dumouriez, general de los exércitos franceses, reducida á que se convoque un congreso

especial, compuesto de los susodichos, á fin de tratar de los medios mas oportunos para terminar el negocio de que se trata, de un modo honroso á la nacion, ventajoso á Luis XVI. y satisfactorio para los mismos embaxadores.

En consecuencia se ha convocado dicho congreso, y se juntará en una sala de la posada del señor embaxador de España, encargado de enviar á las personas que hayan de asistir á dicho congreso un extracto de la presente deliberacion.

Paris 15 de diciembre de 1792.

Firmado, *El caballero Ocariz, encargado de negocios de España.*„

DIA XVII.

El espíritu de partido se manifiesta mas y mas en la asamblea. Los amigos del duque de Orleans, que in

tentan sacrificar al rey, son contradichos y rechazados por los republicanos, que piden el destierro de los Borbones. Los partidarios de una y otra faccion disfrazan su ambicion y venganza, baxo el pretexto del bien general. Nunca ha estado la patria mas abandonada ni mas ofendida, y jamas se ha pronunciado tanto su nombre como ahora. Los que se titulan libertadores de ella son parecidos á los sacerdotes de Teutates, que pedian á gritos la sangre de las víctimas humanas, para inmolarlas á su infernal deidad.

Luis lee con serenidad todas las sátiras que se publican contra él, y sobre todo le interesan el *Monitor* y el *Journal du Soir*, que envia por la noche á las princesas, valiéndose del ardid de Clery, y á las mismas escribe dos veces al dia, cuyas respuestas tiene gran cuidado de quemar.

El exámen de las piezas del proceso continua con tanta exáctitud co-

no ligereza. El gran talento y luces de M. Tronchet, y el zelo de M. Deseze suplen mi incapacidad y la lentitud propia de mis años.

DIA XVIII.

Aunque era mi dictámen no participar al rey la conferencia que tuve con Dumouriez, ni la deliberacion de los embaxadores, M. de Fermont convidado tambien por estos, ha opinado que el rey debia saberlo todo, para que nos comunicase sus intenciones sobre el particular. En consecuencia habiéndoselo hecho todo presente á Luis, me ha respondido en estos términos: No me hableis de Dumouriez; es un malvado, un traidor, de cuyos artificios desconfiaría tanto si fuese republicano, como desconfié siendo rey. No lo dudeis; ése sacrificará al duque de Chartres con la misma facilidad que ha abandonado al duque de

Orleans y á mí. Le veréis adular á todos los partidos y abrazarlos para aniquilarlos despues , hasta que él mismo perezca víctima de su falsedad. Por lo que hace al congreso de los embajadores , debéis asistir á él , aunque las deliberaciones diplomáticas no me sacarán de este sitio. Ahora conozco una verdad que me repetia varias veces mi padre : á saber , que los reyes no tienen parientes ni amigos. El rey de España , mi primo , y el emperador , mi coñado , me verán subir al cadalso , y el dia siguiente harán alianza con la nueva república.

Ultimamente he recibido de M. Bertrand , ex-ministro de marina , y ahora emigrado en Londres , varios documentos interesantes en favor de Luis XVI. La defensa de este monarca , hecha con la mayor solidez por M. Malouet , el discurso de M. de Lally — Tolendal , escrito con la elocuencia vigorosa que caracteriza á este célebre orador , y la

proclama dirigida á los franceses por el caballero de Graves, me han convenido plenamente de la inocencia del rey. Si á esto se añade el folleto de M. Necker, el elocuente discurso de Vergniaud y las sensatas observaciones de Rabaut de Saint-Etienne, quedan completamente refutadas las relaciones de Mailhe y de Valazé, é ilustrado hasta la evidencia este negocio tan importante y desgraciado.

DIA XIX.

Asistiendo al congreso de los embajadores con el abate de Fermont, supe que se habia diferido para otra sesion la discusion sobre el destierro de la familia real. Este triunfo de *la montaña*, que solo ha tratado de favorecer á Orleans, me hace temblar. ¡Eterna Providencia! protege al infeliz monarca.

Acabo de salir del congreso, es-

pantado de lo que en él he visto y oído. No hay remedio; mi desgraciado soberano está perdido: las potencias extranjeras parece que van de acuerdo con los diputados para llevarle al cadalso: los proyectos de Dumouriez tienen partidarios, y los crímenes de Orleans defensores. A excepción del caballero Ocariz, que es imparcial, sensible y juicioso, todos los demas diplomáticos no tratan mas, que de especular sobre los desórdenes de mi patria, para aumentar el poder y las riquezas de la suya. De aquí infero que los auxilios prometidos á los príncipes emigrados son quiméricos; que las amenazas del emperador se encaminan mas á enriquecerse que á salvar al rey; que las esperanzas del partido de Toulan, como me ha referido M. de Fermont, eran vanas é ilusorias; y que el objeto de la confederacion al parecer existente, no es restablecer el orden en Francia, y vol-

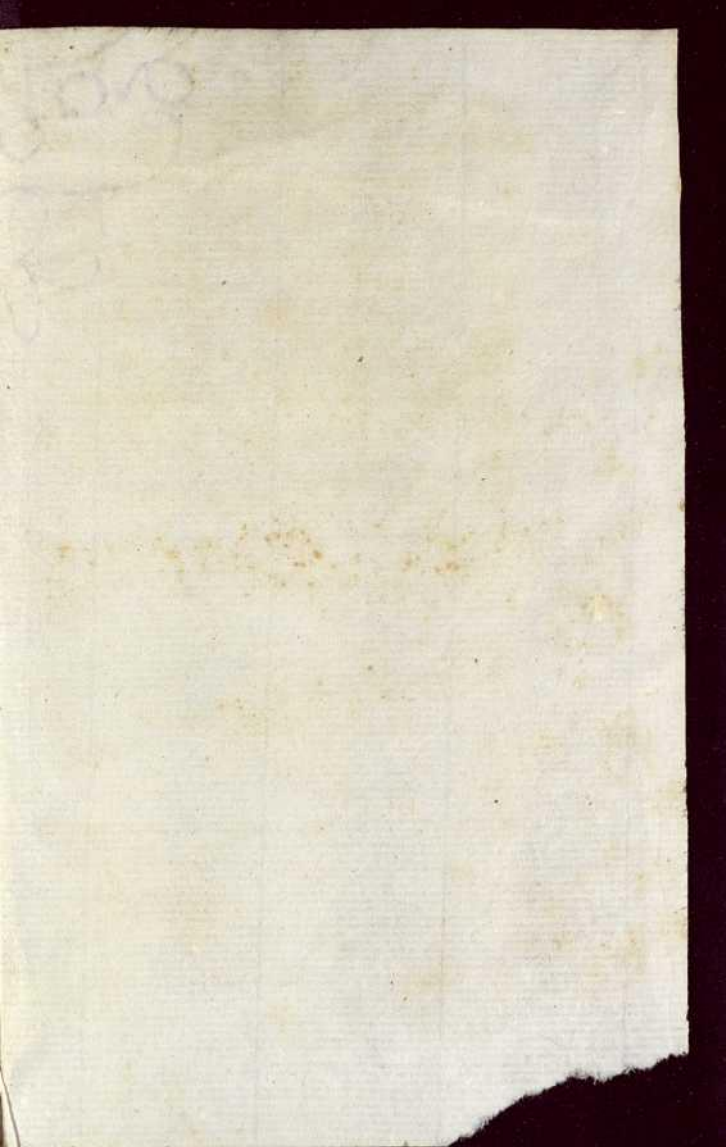
ver á Luis la corona, sino repartirse
este suelo infeliz y ensangrentado.

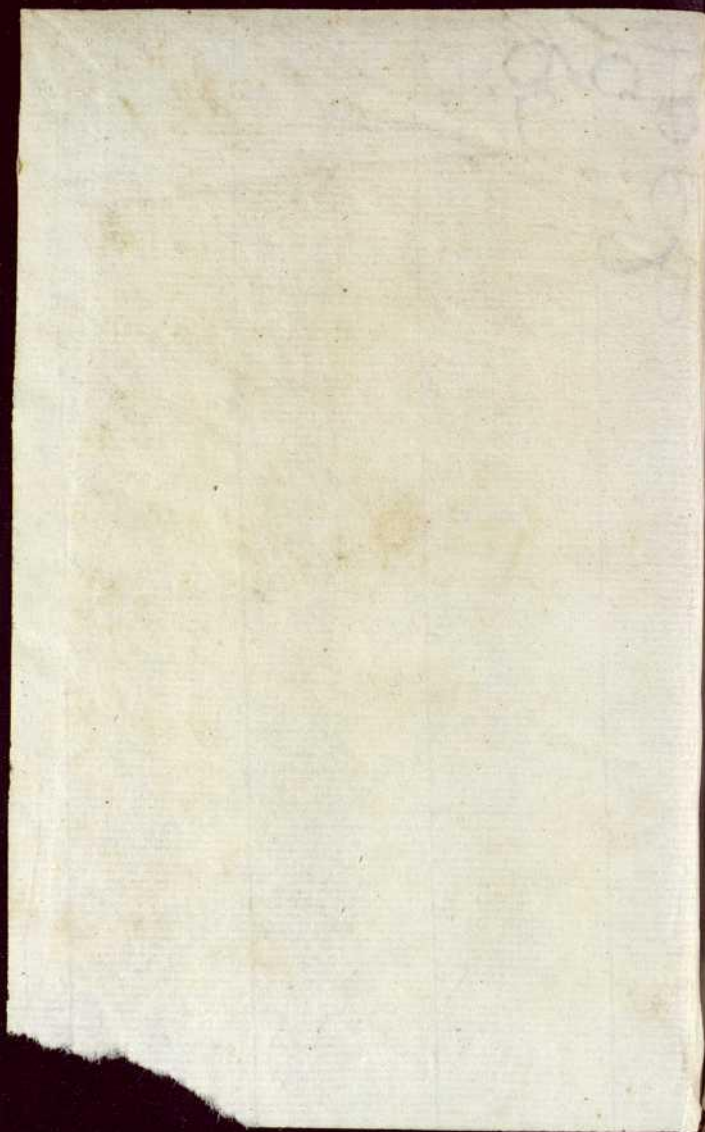
FIN DEL TOMO II.

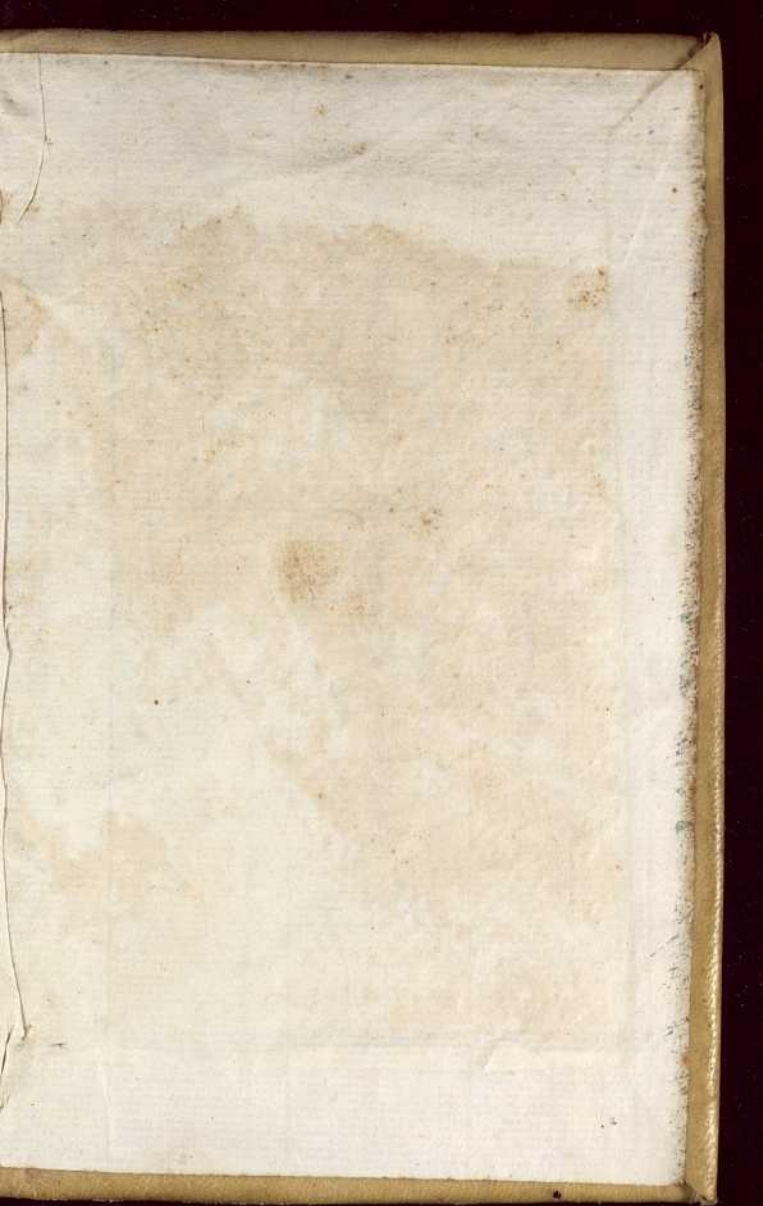
ERRATAS

DEL TOMO II.

<i>Pag.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Léase.</i>
71	24 Peor	Pero
74	2 tardarán	tardará
86	15 dos	las
134	23 quando	quanto
137 13 y	14 monñas	montañas
141	25 } Gensomé	Gensonné
142	2 }	
172	5 señor,	Sena,







CH
J
M
T

Univers
Bibli

EL
CENTEN
DE LA
Magda
Tom. 2

Universitat de València
Biblioteca Històrica

4

3012